

Sophie Saint Rose

AS

SUS

ordenes

A sus órdenes

Sophie Saint Rose

Azahara es teniente del ejército del aire y lucha por conseguir su sueño. Y está a punto de alcanzarlo cuando su Coronel se jubila, dando paso a un héroe de guerra con malas pulgas que la tiene entre ceja y ceja. El Coronel Parker le hace saber continuamente que es una desgracia para el ejército y solo está en su mano demostrarle que se equivoca y que ella siempre consigue lo que quiere. Y le quiere a él en su cama.

Azahara es teniente del ejército del aire y lucha por conseguir su sueño. Y está a punto de alcanzarlo cuando su Coronel se jubila, dando paso a un héroe de guerra con malas pulgas que la tiene entre ceja y ceja. El Coronel Parker le hace saber continuamente que es una desgracia para el ejército y solo está en su mano demostrarle que se equivoca y que ella siempre consigue lo que quiere. Y le quiere a él en su cama.

INDICE

[INDICE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Azahara miró por la ventanilla. El pelotón de cadetes desfilaba por el puerto bajo las órdenes de su sargento. Sonrió sin poder evitarlo al pensar en su época de instrucción y el Sargento Willis. Había sido un auténtico tirano, pero le debía lo que era ahora porque le enseñó lo que es el verdadero ejército.

—Hemos llegado, teniente Seligman —dijo su chófer deteniendo el jeep ante el club de oficiales.

—Gracias, cabo.

—Estaré aquí para cuando salga, teniente.

—No tardaré.

Salió del coche y se estiró disimuladamente su camisa blanca, asegurándose de que estuviera perfecta. Se puso la gorra y comprobó que no se le hubiera escapado ningún mechón de pelo del moño que tenía en la nuca. Miró al frente con sus preciosos ojos azules y se puso seria para subir con la espalda muy recta los tres escalones que llevaban al club de oficiales. Se miró en la puerta de cristal y gruñó al ver que un rizo moreno se le veía delante de la oreja izquierda. Disimuladamente se lo pasó hacia atrás y tiró de la puerta entrando en el local. Tuvo que acostumbrarse a la falta de luz, pero no le costó encontrar a su coronel, que estaba sentado en uno de los sofás tomándose un whisky y hablando con alguien del que solo veía su cabello castaño. —Vamos allá.

Caminó hacia él con paso firme. El coronel Salgado levantó la vista hacia ella y sonrió. — Ah, ya ha llegado esa persona de la que te estaba hablando, Roy.

—Coronel. —Ella se cuadró llevando la mano a su frente.

—Descanse, teniente. —El hombre rió por lo bajo. —Como puedes ver, le gusta seguir el protocolo a rajatabla.

—Eso no está nada mal, Albert.

Ella se volvió ligeramente y su corazón se detuvo en seco cuando el mismísimo Coronel Parker se levantó sacándole la cabeza y mostrando un cuerpo lleno de músculos. No pudo disimular el asombro y más cuando le tendió su mano y le dijo mirándole con esos ojos grises fríos como el hielo —Mucho gusto.

Azahara reaccionó, aunque esa voz casi provoca que se le aflojaran las piernas y tendió su mano sonrojándose sin querer. —Es un honor, coronel.

—Veo que mi fama me precede. Debo estar volviéndome viejo.

El coronel Salgado se echó a reír. —Si tienes treinta y ocho años. Siéntate, Azahara. Tenemos que hablar.

—Sí, señor. —Avergonzada por haber quedado como una grupi, se volvió sentándose entre los dos en una butaca. Con la espalda recta cruzó los tobillos mirándole de reojo y forzó una sonrisa.

—Te preguntará para qué te he mandado llamar. Me voy a jubilar y Roy me sustituirá.

Dios, iba a trabajar con él directamente. Sonrió sin poder evitarlo y Albert se echó a reír.
—Veo que estás muy afectada.

—Oh, no. Lo siento muchísimo, claro. Estoy algo confundida, porque pensaba que me había mandado llamar por otra razón.

—Sí, tu solicitud de cambio de compañero.

Azahara asintió mirando de reojo a Roy, que parecía aburrido tomando su whisky.

—El tema lo resolverá tu nuevo Coronel. De eso te quería hablar. No voy a cambiar el escuadrón cuando él lo dirigirá.

Mierda. Volvió la cabeza hacia Roy. —Señor...

—Hablaremos de eso mañana en el despacho. Buenas tardes, teniente.

Su tono no admitía discusión y se levantó en el acto saludando a sus mandos antes de volverse y abandonar el club de oficiales.

Roy levantó una ceja. —Cuando comentaste sus virtudes, omitiste que era mujer.

Albert se echó a reír. —Que no te engañe esa cara de muñeca y esos bonitos ojos azules. La teniente Seligman es la hija de George Seligman. —Roy levantó una de sus cejas castañas. —Y si su padre se dejó la vida por este país después de un expediente brillante, su hija le superará con creces.

—Veo que tiene un admirador, pero yo soy mucho más duro que tú con mis hombres.

—Eso lo sé. Pero Azahara no te defraudará.

—Un nombre interesante.

—Su abuela es de Sevilla.

—¿Su compañero se ha enamorado de ella?

—En realidad no ha entrado en detalles en su informe. Yo tenía entendido que Fred tenía novia, pero nunca se sabe. Pasan muchas horas juntos. Ella simplemente dice que no se compenetran y que eso compromete sus resultados.

Roy sonrió. —Y ella quiere ganar.

—Quiere ser la mejor. Y lo es. Trabaja catorce horas al día para superarse. Tiene más horas en el simulador que nadie y entrena para ejercitar su cuerpo tres horas al día.

—¿Cuál es su objetivo?

El Coronel sonrió. —¿Tú qué crees?

—No me jodas. ¿Una futura astronauta?

—La admitirán.

—Eso ya lo veremos —dijo Roy entrecerrando los ojos—. No pienso perder un buen piloto por un programa espacial, cuando ella puede salvar las vidas de nuestros hombres que están luchando en tierra.

—Pues entonces chocareis, porque te pedirá una hoja de recomendación. —Se echó a reír a carcajadas. —Si conociera al Presidente de los Estados Unidos, se la pediría. Es tozuda.

—Como si se la pide al Papa. Si yo digo que no, es que no.

Azahara estaba sobre el ala de su F-15 y se agachó para gritar —¡Jim! ¡Este alerón me ha dado problemas!

—¡Te lo reviso ahora! —gritó desde el caza de Harrison.

Gruñó yendo hasta la escalerilla y bajó con agilidad. Se volvió para ver a su nuevo coronel tras ella. Llevó la mano a la frente. —Coronel Parker.

Él miraba su avión y Azahara reprimió morderse el labio inferior. Esa mañana les habían formado para el cambio de mando y el coronel Salgado les había presentado. Estaba guapísimo con su traje blanco y ella había suspirado sin darse cuenta, haciendo lo mismo en ese momento sin poder evitarlo. —¿Dónde está su compañero?

Mierda. —Creo que ha ido a cambiarse ya, coronel. Hemos llegado ya hace una hora del entrenamiento.

—¿Y qué hace usted aquí todavía?

—Quería revisar ciertos datos.

Con las manos en la espalda Roy se volvió mirando el avión de Harrison que era mucho más nuevo que el suyo. Pero ella solo pudo fijarse en el trasero endurecido que marcaba el mono verde de aviación que llevaba en ese momento. Suspiró sin poder evitarlo.

—Al parecer su F-15 es el que mejores tiempos ha logrado.

Ella sintió una satisfacción enorme de que supiera ese dato. —Sí, señor.

Se volvió a mirarla. —¿Está lista para embarcar?

—Por supuesto.

—Salimos mañana a las siete de la mañana.

—Lo sé, señor. Ya he leído la circular.

La miró fijamente. —Al parecer usted siempre va un paso por delante, ¿verdad?

—Lo intento, señor.

—Tenga cuidado no la vayan a pisar.

Azahara se quedó de piedra viendo cómo se volvía dándole la espalda y se alejaba deteniéndose para hablar con Jim. Le daba la sensación de que a su nuevo coronel no le caía nada bien. Y estaba segura de que había sido por su encuentro en el club de oficiales. Seguramente que Albert la llamara allí, en lugar de a su despacho, Roy lo había entendido como que era su favorita y él quería dejarle claro que era como los demás. Apretó los puños molesta. Joder, a empezar de nuevo para ganarse su aprobación con todo lo que había trabajado. Pues si tenía que demostrarle que era la mejor, lo haría. Vaya si lo haría.

Se volvió para recorrer la pista y entró en el barracón de mujeres donde estaban los vestuarios femeninos. Sonrió a Stayce que salía de la ducha con una toalla rodeando su cuerpo. —¡Estás aquí! Estupendo. ¿Nos vamos de copas?

—Mañana embarcamos.

—Venga, si no vienes tú, estaré rodeada de testosterona. Estoy harta de tanto hombre. Y solo Dios sabe cuando regresamos. Si regresamos. Hay que divertirse un poco.

Se sentó en el banco y se desató una bota. Stayce estaba cogiendo la camisa beige de la taquilla y la miró sobre su hombro al darse cuenta de que no contestaba. —Azi, ¿te ocurre algo?

—Me he encontrado con Parker cuando revisaba el F-15.

—¡Mierda de cita en el médico! Me hubiera encantado verle. ¿Es tan guapo como en las fotos de la academia?

—Más.

Su amiga silbó. —Menos mal que tengo marido. —Se echó a reír. —Porque por las fotos era para enviarlo todo al diablo y rogarle que me hiciera mujer.

—Serás bestia. —Se levantó bajándose la cremallera del mono.

—¿Qué? ¿Te ha dicho que puedes pilotar el Raptor? Así te librarías de Fred al ser monoplaça.

—No. Me ha dicho que tenga cuidado.

Stayce se volvió y levantó el brazo para pasarse el desodorante por la axila. —¡No fastidies!

Haciendo una mueca se quitó el mono y la camiseta blanca quedándose en ropa interior.

—Uy, uy, uy...

—Lo sé. No le he caído bien. Porque por mis informes no puede ser. Tengo el mejor expediente de su escuadrón. —Stayce se puso el sujetador mirándola de reojo. —¿Qué?

—Le has pedido una carta de recomendación, ¿verdad?

—¡No! ¡Cómo voy a hacer eso si no me conoce!

—¡Has sido agresiva con él!

—¿Estás loca? ¡Es mi coronel!

—Entonces no lo entiendo. Algo has tenido que hacer.

—No he hecho nada. —Frustrada cogió la toalla de su taquilla y fue hasta la ducha. —Da igual. Conseguiré que cambie de opinión y que me dé el Raptor. ¡Y la carta de recomendación!

Stayce se echó a reír. —Eso seguro. Este coronel no sabe con quién trata.

Alguien carraspeó en el vestuario y Azahara juró por lo bajo escuchando los tacones sobre el suelo del vestuario. Solo alguien podía llevar tacones allí. La bruja de Mary Anne.

—Stayce... pensaba que irías a la despedida en el Harry's.

—Sí, paso por casa a cambiarme y voy para allá. ¿Y tú qué haces aquí, Mary Anne? Pensaba que habías hecho las prácticas por la mañana.

—He venido a hablar con el nuevo coronel para invitarle a la fiesta —dijo con voz sensual. Azahara molesta empezó a enjabonarse su largo cabello—. Los chicos quieren conocerle mejor después de lo de esta mañana. Están algo impresionados.

—¿Y tú no? Es un héroe de este país. Su avión se perdió en Afganistán y consiguió llegar a la base en una semana después de cruzar territorio enemigo.

—A mí me impresionan otras cosas. Y tiene pinta de ser una fiera en la cama.

—Tú sabrás. Ya que te has tirado a media base.

Azahara reprimió la risa.

—Muy graciosa.

Cerró el grifo de la ducha y se secó lo más rápido que pudo. Se cubrió con la toalla y allí estaba su pesadilla. Mary Anne llevaba provocándola desde que habían entrado en la academia juntas. Se odiaban mutuamente desde el primer momento. En lugar de unirse al ser las únicas mujeres de su grupo en ese momento, el rencor y la competencia había empeorado a pasos agigantados. Ahora se dedicaban a intentar evitarse, pero estaba claro que Mary Anne buscaba guerra y por eso la estaba esperando. Sonrió falsamente observándola de arriba abajo. Estaba preciosa con su camisa blanca a juego con la falda. Era obvio que ya estaba preparada para la fiesta en el Harry's porque se había dejado su melena pelirroja cortada por la barbilla sin sujetar con las horquillas que llevaba siempre para apartar los rizos de la cara. Además, iba ligeramente maquillada. Había sacado la artillería pesada.

—¡Si estás aquí!

—Ya sabías que estaba aquí.

Sin hacerle caso Azahara fue hasta la taquilla mientras Stayce se cepillaba su cabello rubio cortado por los hombros. Se miraron a los ojos mientras Azahara se quitaba la toalla y empezaba a vestirse rápidamente.

—Me han dicho que han visto al coronel hablando contigo en el club de oficiales. —Azahara se tensó. —Supongo que no intentarás puentearnos a todos para conseguir el Raptor. Sería jugar sucio y puede que a los chicos no les guste enterarse de eso.

Se volvió molesta. —¿Pero qué coño dices? ¡Me llamó Salgado!

—Claro, como eres su favorita porque tu padre fue uno de sus hombres, ha querido que Parker te favorezca porque se siente culpable de su muerte. —Dio un paso hacia ella. —Está claro que no quieres jugar limpio.

Stayce la cogió del brazo cuando la vio dar un paso hacia Mary Anne de manera amenazante. —Esto se resuelve en el aire, señoras. Allí es donde se demuestra quién es la mejor.

Mary Anne sonrió. —Han llegado aires nuevos a la base. Será interesante ver el resultado. Me da la sensación de que la princesita va a ser destronada.

—Más quisieras —dijo mirándola con odio—. Seguirás mirando mi cola el resto de tu vida.

Mary Anne sonrió divertida. —Eso ya lo veremos. —Se volvió para largarse, pero tuvo que soltar su pulla final. —Por cierto, el que me dijo que te había visto en el club de oficiales, también le escuchó decir a Parker que no te daría esa carta de recomendación para el programa espacial. —Azahara palideció y Mary Anne se echó a reír. —Buena suerte, perdedora.

—¡De momento la única perdedora eres tú! —exclamó Stayce.

Estupendo. Se sentó en el banco y su amiga se sentó a su lado. —No la creas. Seguro que solo quiere fastidiarte por tus últimas puntuaciones. Tiene muy mala leche.

—Mary Anne nunca miente. Puede tener mala baba, pero nunca la he pillado en una mentira.

—Te envidia porque eres la candidata perfecta para el programa espacial.

—Solo porque mi padre murió en combate. —Desmoralizada se pasó la mano por sus ojos agotada. —Tengo que conseguirlo.

—Te estás obsesionando.

Se miraron a los ojos y Stayce vio la decisión en sus ojos azules. —Era su sueño. Nuestro sueño. Tengo que conseguirlo y ningún coronel me lo va a impedir.

Capítulo 2

En el Harry's la fiesta estaba en su pleno apogeo. Allí había un montón de uniformes blancos relajándose antes de embarcarse. Pasó entre las mesas saludando a sus compañeros y se sentó al lado de Stayce que le tendió una cerveza. Bebió de la boca de la botella y al levantar la mirada vio a su nuevo coronel en una de las mesas del fondo hablando con su ayudante y el capitán Stuart. Joder, el capitán Stuart no podía ni verla. Siempre le echaba la bronca. Al parecer ya tenía dos enemigos.

Bebió de su botellín otra vez y observó como relajado apoyaba los codos sobre la mesa hablando con Stuart muy seriamente. Igual tenía suerte y tampoco le caía bien a él.

Roy miró hacia ella sin dejar de hablar y Azahara se atragantó cuando sus miradas coincidieron porque durante una milésima de segundo parecía que le gustaba lo que veía. Eso no podía ser. ¿Verdad? Él era un coronel. Un héroe y estaba buenísimo. Debía tener mujeres a porrillo. Su corazón saltó en su pecho por la remota posibilidad de que se sintiera atraído hacia ella. Madre mía, sería un sueño. Tímidamente miró hacia allí, pero él seguía hablando con Stuart.

Un piloto de otro escuadrón, que debía estar en la base de maniobras, se acercó a ella y se agachó para susurrarle al oído si quería bailar. Ella negó con la cabeza forzando una sonrisa y el tipo que debía creerse un Adonis, sonrió con jactancia antes de alejarse. Le dijo algo a sus compañeros y estos se echaron a reír.

Stayce le dio un codazo y le indicó con la cabeza hacia la barra. Miró hacia allí para ver a Fred sentado en un taburete, bebiendo solo con los codos apoyados en la barra como si llevara allí muchas horas. —Mierda.

—Parece que necesita un amigo.

Gruñó levantándose y caminó hasta el que era su compañero desde que salió de la academia. Sonrió y se sentó a su lado en la barra. Él la miró con desconfianza. —¿Qué?

—Nada. ¿Cómo te va? —Bebió de su cerveza y le sonrió. —Mañana embarcamos.

—Me importa poco. —Bebió lo que parecía bourbon de golpe y gritó —¡Harry! ¡Otra!

Harry la miró desde el otro extremo de la barra y a regañadientes se acercó con la botella y echó un chorrito en el vaso con el dosificador. —Llévatelo, Seligman. Va a crear problemas.

—Mi compañero no crea problemas. ¿Alguna vez has tenido que echarle?

—El nuevo jefe está allí y va a meter la pata.

Fred sonrió sin ganas. —El nuevo jefe. Menuda mierda.

—Shusss, ¿estás loco? —Le arrebató el vaso cuando estaba a punto de beber. —¿Qué coño te pasa? ¡Te ha dejado la novia, pues que le den! ¡Joder, si su trabajo le importa más que tú, es

que no te quiere lo suficiente! ¡Mira a tu alrededor! ¡Puedes tener a la mujer que quieras!

Él la miró medio borracho con sus ojos verdes y sonrió irónico. —¿Y a ti? ¿Puedo tenerte a ti? —Azahara se sonrojó porque aquello era nuevo. —Porque me gustaría meterte en el baño y arrancarte las bragas para hacerte gritar de placer y que se te quite esa mala leche.

—Serás gilipollas.

Fred se echó a reír. —¿Ves? Yo te digo que quiero acostarme contigo y tú me llamas gilipollas.

—Señores...

Se volvieron para ver a Roy, y Azahara se iba a bajar del taburete, pero él la cogió por el hombro sentándola de nuevo. —Descanse, teniente —dijo mirando fijamente a Fred que ni se había movido. Ella miró a su compañero de reajo. —No recuerdo haberle visto esta mañana en la instrucción y esta tarde tampoco ha estado en las prácticas de vuelo.

—He estado enfermo —dijo con cachondeo bebiendo de su vaso de nuevo—. Discúlpeme, coronel.

Roy se acercó a él amenazante. —¿Quieres tirar tu carrera por la borda, imbécil? Vuelve a hablarme así y te retuerzo las pelotas de tal manera que jamás podrás decir nada más. —Fred se tensó y dejó el vaso en la barra. —Mañana te quiero en mi despacho a las seis de la mañana. Llega tarde y serás suspendido. —Miró a Azahara a los ojos. —Teniente, venga conmigo.

Ella se bajó del taburete viendo que Fred parecía derrotado. Hasta el derecho al pataleo le habían quitado.

Tras el coronel salieron del local y nerviosa vio que dos de sus compañeros les miraban ir hacia el aparcamiento. Él se volvió furioso. —¿Estás loca?

Palideció al ver su cabreo. —Señor, yo...

—¿Has encubierto a ese imbécil? —Enderezó la espalda. —Si tiene problemas psicológicos debe ser enviado a evaluación.

—Está pasando una mala racha. Le puede pasar a cualquiera, pero es bueno en su trabajo.

—¡Por eso pides un nuevo compañero! ¿Por qué consideras que es una mala racha? ¿Cuánto le dura? —Azahara apretó los labios. —¿Cuánto le dura? —le gritó a la cara.

—Seis meses.

—¡Me cago en la puta! ¿Has puesto tu vida en riesgo con ese cabrón seis meses? ¡La que necesitas un psiquiatra eres tú!

Se sonrojó intensamente porque varios les observaban desde la entrada del local. Genial, tenían público.

—Es mi compañero.

—Claro y como es tu compañero tienes que jugarte el cuello.

—¡He pedido el traslado!

—Pero no has informado de la verdadera razón.

—No quiero ser la responsable de joderle la vida a nadie —siseó furiosa porque al parecer ella tenía la culpa de todo.

Roy entrecerró los ojos. —Esto solo me acaba de demostrar que no puedo confiar en ti para el buen funcionamiento del escuadrón. Desaparece de mi vista.

Ella llevó la mano a la frente en señal de saludo y se volvió caminando hacia la puerta. —¿No tenéis nada que hacer? —preguntó rabiosa mientras sus compañeros la miraban a punto de reírse.

—Al parecer el nuevo coronel te tiene entre ceja y ceja. Mete la pata Fred y te echa la bronca a ti —dijo Bill divertido.

Tiró de la puerta con ganas de matar a alguien y cuando llegó a la barra vio que Fred había desaparecido. Furiosa fue hasta la mesa sentándose al lado de Stayce, cogió su cerveza que aún estaba llena y le pegó un buen trago. —Por tu cara está claro que no ha ido bien.

—Esta fiesta es una mierda. Hablamos mañana. Me largo a la cama

Stayce se echó a reír. —Venga, quédate. No dejes que te fastidie la diversión.

—No, de verdad. Estoy agotada y sabes que en el portaaviones no duermo bien. Voy a descansar hoy que puedo.

—Bueno. Descansa —dijo su amiga preocupada—. Te veo mañana.

—Hasta mañana.

Tumbada en la cama una hora después miraba el techo realmente preocupada. Todos tenían la sensación de que ella le caía mal a Roy y no todo el mundo podía estar equivocado. Pero esa mirada... Esa mirada no la dejaba dormir.

A la mañana siguiente estaba sacando la ropa de su petate para meterla en la taquilla que le correspondía mientras Stacey se ponía el mono de trabajo, cuando llamaron a la puerta.

Stayce tiró de la cremallera y ella fue a abrir para ver a un cabo que la saludó. —Teniente, el coronel Parker la espera en su despacho de inmediato.

—Gracias, cabo —dijo saludándole antes de cerrar la puerta y volverse hacia su amiga—. ¿No tenemos una reunión en media hora?

—Querrá hablarte de Fred a solas. —Le guiñó un ojo. —El Raptor está cada vez más cerca.

—Lo dudo. —Cogió su gorra y se la puso mirándose al pequeño espejito que tenían sobre el lavabo.

—¡Ánimo! ¡Hay que ser positiva!

Sonrió divertida saliendo de su camarote y caminó por el pasillo. Subió la escalerilla de metal hacia el piso superior y entró en el pasillo de los despachos que se les habían asignado a los mandos. Vio la placa en la puerta y tomó aire enderezándose antes de llamar intentando evitar los nervios que recorrían su estómago.

Golpeó la puerta dos veces y esperó. —Adelante, teniente.

Abrió la puerta y entró quitándose la gorra. Miró al frente aunque él estaba sentado en su mesa. —¿Coronel? —le saludó llevando la mano a la frente.

—Siéntese, teniente —dijo como si fuera una molestia.

Intentando ignorar su tono, se sentó en la silla que había ante su escritorio. Le miró esperando instrucciones y él simplemente se la quedó observando sentado muy relajado en su sillón. Incómoda por el escrutinio, se sonrojó ligeramente. —¿Señor?

—Tiene una mancha en su uniforme. —Le señaló el pecho.

Asombrada se miró para ver debajo de sus galones una mancha de lo que parecía grasa sobre su camisa beige. Ay, mierda. Se pasó la mano como si eso fuera a hacer que desapareciera. —Lo siento señor, no me he dado cuenta.

Él suspiró levantándose. —Eso no me vale. Después de las maniobras de esta tarde deberá lavar su F-15. —Le miró asombrada. —Así aprenderá lo que es la limpieza y la pulcritud que nunca hay que perder, porque así empieza el caos.

Tenía que ser una broma. ¡Era teniente del ejército de los Estados Unidos, no una cadete que tuviera que aprender la normativa! —¿Tiene algo que decir?

—No, señor —dijo mordiéndose la lengua. Estaba claro que no la tragaba.

—Bien. Si la he mandado llamar, es para hablar de su situación con Fred Stone.

—¿Mi situación? Yo no tengo ninguna situación.

—¿Son compañeros o no? ¡Quizás debería empezar a pensar que un escuadrón tiene que ser un grupo compenetrado que sea uno en el aire, y por lo que he visto desde que he llegado, de compenetrados no tienen nada! ¡Usted solo se dedica a ascender con un objetivo en mente y le da igual lo que tiene a su alrededor! ¡En lugar de ocultar lo que le ocurría a su compañero, debería haber informado a su superior, por el bien de su unidad! En lugar de eso, solo ha pedido un traslado. —Puso las manos sobre el escritorio mirándola como si fuera la escoria del portaaviones. —¡En este momento, si pudiera la trasladaría a Canadá! ¡No quiero gente como usted bajo mi mando! ¡Qué me garantiza a mí que en una situación crítica no abandonará a un compañero por salvar ese cuello!

—No fue así. Yo...

—¡No me interrumpa! Puede que con el Coronel Salgado pudiera hacer lo que le diera la gana, pero eso se acabó. ¡No voy a trasladar a Stone! He hablado con él esta mañana y solo necesita apoyo. Apoyo que usted como compañera debería haberle dado desde el principio, en lugar de pedir tantas cartas de recomendación.

La acusación era tan injusta que pálida ni sabía qué decir. ¿Qué ella no había apoyado a Fred? ¡Fue él quien no se dejó ayudar! ¿Pero qué coño le había contado al coronel? Estaba claro que se había dado cuenta de que se había pasado y había decidido ponerla a ella en la picota.

—Ahora vaya a cambiarse. ¡Ya debería tener puesta la ropa de vuelo!

—Sí, señor. —Se levantó esquivando su mirada. Joder, estaba furioso. Saludó lo más rápido que pudo y salió de allí a toda pastilla. Cuando cerró la puerta, respiró del alivio sintiendo unas ganas de llorar de la rabia increíbles. Un sargento pasó por el pasillo y ella se enderezó evitando su mirada.

Cuando llegó a su camarote Stayce ya no estaba. Se quitó la camisa con tanta rabia que la rompió por el hombro. Al ver el descosido se paralizó incrédula porque ella no perdía los nervios. Era una de las mejores pilotos del ejército. ¿Qué le estaba pasando? Lo que le ocurría

era que había trabajado tanto que esas acusaciones injustas podían con ella.

—Vamos Azi, tienes la piel mucho más dura. Recuerda al sargento Willis.

Pensando en lo exigente que fue su instrucción, se dijo que podía con esas cosas y con más. Le demostraría que no era como creía.

En cuanto se ató las botas, corrió fuera de su habitación subiendo a la cubierta lo más rápido que pudo.

—¿Qué pasa? ¿Hay fuego? —preguntó Mary Anne mirándola con burla con su casco bajo el brazo.

—¡Déjame en paz!

Bajó las escaleras para llegar a la pista y caminó a paso ligero hacia el hangar donde se suponía que les darían instrucciones. Al llegar se sentó al lado de Fred, que la miró de reojo. Ella le miró con odio. —Ya hablaremos tú y yo.

Él sonrió malicioso. —¿Te han echado la bronca?

—Eres un cabrón y un cobarde. Quizás si hubieras asumido tus acciones, tu novia no te hubiera dejado.

Fred apretó los puños. —Si dejas que me explique...

Todos se quedaron en silencio y al volver la cabeza se levantó al ver que llegaba el coronel con el capitán Stuart. Se acercaron a la mesa y el coronel no se sentó, sino que les miró atentamente. —Buenos días. Siéntense.

Muy seria se sentó al lado de aquel imbécil y miró a Stuart que sentado tras la mesa le dirigió una mirada irónica. Estupendo. Ese le había calentado la cabeza respecto a ella. Miró al coronel que pulsó el botón del mando que tenía en la mano. —Caballeros y señoras... acabamos de zarpar y no volveremos a casa en dos meses.

Miró asombrada a Stayce, que seguramente pensaría que había dejado a su marido en casa y no estaría muy contento cuando se enterara.

Un mapamundi apareció en la pantalla. —No tengo que recordarles que esta travesía es alto secreto y que no deben hablar de todo lo que les voy a contar a continuación. —Se volvió hacia la pantalla. —Nuestra travesía se dividirá en dos partes. Atravesaremos el océano Atlántico y durante el primer mes haremos labores de adiestramiento en combate. —Miró a sus hombres. —Se dividirán en dos grupos y cada día les daré una misión. El que la lleve a cabo en menos tiempo, puntuará con veinte puntos. Si un avión es abatido se le restarán puntos, si tardan más de lo acordado para cumplir la misión se les restarán puntos a los dos grupos, si uno de ustedes no cumple con lo que se le ordena se les quitarán puntos a todo el grupo. —Los pilotos se miraron los unos a los otros y ella apretó los puños porque era obvio que ahora tenían que hacer de grupito feliz cuando la mitad no se tragaban. —Si hay una pelea se penalizará al que la provoca y por lo tanto a su escuadrón. Deberán hacer tácticas de combate para conseguir sus objetivos y la recompensa será una semana de permiso en nuestra siguiente escala. La base naval de Rota en Cádiz.

Ella separó los labios sorprendida y miró a Stayce que sonrió levantando los pulgares. El

coronel la miró de reojo. —Estaremos en nuestra base naval en España una semana para revisiones y suministros, así que está en su mano conseguir esos días fuera del portaaviones, porque los perdedores no saldrán de aquí y limpiarán los aviones de cabo a rabo.

Azahara perdió la sonrisa porque sus ojos le decían que ella no iba a salir de allí si era por él. Se mordió el labio inferior. Tenía que conseguir ese permiso. Su madre vivía en San Fernando y hacía dos años que no la veía. Dios, iba a volver a casa. Emocionada miró a Stayce. Su amiga se alegraba por ella y George se acercó por detrás para susurrarle —Tranquila, lo conseguiremos.

—Decidiré los grupos y mañana os lo comunicaré. —Azahara perdió la sonrisa porque era obvio que ya no ganaría. La pondría con los peores. Stayce también perdió la sonrisa entendiendo lo mismo. —Intentaré equilibrar los grupos con las puntuaciones de vuestros ejercicios anteriores, aunque no creo que eso sirva de mucho porque en combate puede tocarte cualquier compañero.

Hala, otra pullita. Mary Anne se cruzó de brazos satisfecha. Si creía que la iba a ganar, lo llevaba claro.

—La segunda parte de nuestra travesía será realmente nuestra misión. Atracaremos en el mar Árabe y haremos misiones de reconocimiento en ciertas regiones que todos sabemos que están bajo el punto de mira de nuestro gobierno. —Era obvio que se iban a Afganistán o a Irak. —Nos dividiremos en varios grupos para intentar abarcar la mayor extensión de terreno posible. No tengo que decirles que en determinados territorios seremos perseguidos y entraremos en combate real. Entraré en más detalles más adelante. Ahora centrémonos en nuestra batalla privada. —Sonrió irónico. —Y puede que de vez en cuando les ponga la zancadilla. Nunca se sabe. —Pulsó el botón de nuevo para mostrar una estrategia de vuelo que ella ya había practicado mil veces. Básicamente se trataba de alcanzar al enemigo, tratando de adelantarse aprovechando su fuerza impulsora acercándose lo máximo posible a su estela, antes de pasarle por debajo. —Éste será el ejercicio de esta tarde. Quien no consiga hacerlo al menos dos veces a un contrincante, esta noche no irá a cenar. —Sonrió divertido. —Y tengo entendido que hay pollo asado.

Varios se echaron a reír. —En marcha.

Se levantó como todos los demás y salió en silencio al lado de Fred. —Azi, sobre lo de esta mañana... No fue a propósito. A veces soy un bocazas, pero me preguntó si tú me habías apoyado en mi pequeña depresión. Le dije que no mucho. ¡Y es la verdad!

Se detuvo asombrada. —¡Te he escuchado mil veces! ¡Estoy de esa Sondra hasta los ovarios! Mira, has salvado tu culo exponiendo el mío. Muy bien. Ni tú ni él me vais a hundir, así que dediquémonos a nuestro trabajo, si es que eres capaz de hacerlo de una puñetera vez.

Fred se enderezó. —Entendido teniente.

Caminó furiosa hacia su avión y Jim sonrió dándole su casco. —Uy, uy, cabreo a la vista. Que se aten los machos ahí arriba. —Se puso el casco sin comentar nada. —Chicos, tener cuidado. Hay viento racheado y se avecina tormenta.

Azi sonrió sin poder evitarlo. —Gracias, Jim.

—Volver enteros. —Esperó a que subieran por la escalerilla y la retiró en cuanto se sentaron en sus puestos.

Ella delante de Fred se ajustó el micro. —¿Listo?

—Vamos a machacarles.

Fueron los primeros en despegar y esperaron instrucciones. —Águila uno, manténgase a la cola del grupo.

La voz del coronel la tensó. Así que tenía que empezar la última. Le daba igual. Ella lo veía como una ventaja, pues ya estaría en posición para cargarse a alguien.

—Bien, Fred. Al parecer estamos castigados.

—Eso no es problema, Azi. Vamos a machacarles.

Se echó a reír sin poder evitarlo. —No sé lo que te ha dicho Parker, pero al parecer funciona.

—Es un tío duro, pero me gusta. Águila dos costado izquierdo. —Miró a su izquierda y vio a Stayce poniéndose a su altura. Levantó el pulgar sonriendo.

Apenas seis minutos después todos estaban en el aire. Doce aviones listos para empezar. Como le había dicho su coronel, ella se retrasó quedándose a la cola de Stayce y Fred se echó a reír. —Serás malvada. ¿Vas a machacarla a ella primero?

—No hago distinciones —dijo divertida.

—Águilas... empiecen el ejercicio.

Stayce salió disparada, pero ella que ya se lo esperaba, aumentó la fuerza de sus motores sin perder su estela. Como tenía menos resistencia de viento, no se separó de su cola y Stayce intentando quitársela de encima, giró en picado a la derecha para que ella pasara de largo. Se echó a reír siguiéndola cayendo en picado y de paso se encontró con Águila seis que intentaba sobrepasar a Mary Anne. Aprovechando pasó por debajo de los dos haciendo reír a Fred que giró la cabeza mirando a la bruja. —Le ha sentado fatal.

—¿Esos cuentan como dos? —Se echó a reír sin perder de vista a Stayce, que como no se la quitaba de encima, subió hacia arriba girando sobre sí misma intentando ponerse a su cola.

—¿No deberíamos buscar a otro pringado? Estamos perdiendo tiempo —dijo Fred mientras ella se volvía a colocar tras Stayce.

—Venga, nos estamos divirtiendo. Vio su oportunidad cuando Águila siete y diez se cruzaron con Stayce, que tuvo que tirar del timón elevando el morro. Azi adelantó a los tres aviones pasando por debajo de Águila siete de tal manera que si estiraba la mano le tocaba la barriga.

Fred silbó. —Ha estado cerca.

—¡Qué va! —Miró a su alrededor y vio a Harrison acosando a Águila cuatro. Ni la vieron llegar y pasó por debajo tan aprisa que tuvieron que girar cada uno por un lado simplemente por instinto de supervivencia, pues al elevarse les cortó el paso.

—¡Se los has puesto por corbata! —Fred se echó a reír. —Seguro que Harrison se ha meado en el mono. ¡Joder, tengo a tope la adrenalina!

Por el rabillo del ojo vio a Águila tres. Iba a darle otro repaso a Mary Anne. —Uy, uy, pelea de gatas.

—Esta se va a enterar. —Hizo un giro poniéndose a su cola y Mary Anne cayó en picado de morro. Ella le siguió descendiendo a toda velocidad.

—¡Joder, Azi! Dos mil pies, mil setecientos. ¡Descendemos muy deprisa!

—Esa zorra —siseó sintiendo como vibraba su aparato.

—¡Mil cien!

Veían claramente el mar ahí abajo y Azahara tragó saliva. —¡Quinientos pies! ¡Aborta, Azi! ¡Joder se va a estrellar!

Mary Anne enderezó el aparato en el último momento y casi al ras del mar aumentó la velocidad. —¡Lo hace para que no la pases por debajo!

—Mierda. —A no ser que pusiera en riesgo los dos aparatos, no podría realizar el ejercicio. Se elevó a toda velocidad.

—Águila tres a la cola.

—Será... —Apretó las mandíbulas haciendo un tirabuzón antes de elevarse de nuevo.

—Lo tenemos pegado, Azi.

—¡No me la quito de encima! —Siguió subiendo y al pasar unas nubes Fred chilló porque uno de los aviones pasaba por encima. Cerró los ojos con alivio cuando lo esquivaron sin importarle que Mary Anne la sobrepasara. Había estado cerca.

—Acabo de envejecer diez años.

—Lo siento, ha sido un error imperdonable.

—Regresen a la base. Se ha acabado el ejercicio —dijo una de las operadoras a través de la radio.

—Estupendo. Ahora sí que me he cubierto de gloria.

—Es un ejercicio. Se trata de esto precisamente. Y también es culpa mía por no advertirte.

Preocupada porque aquello iba a tener consecuencias, llevó su avión hasta el hangar como le indicaron con las señales. —¿Al hangar? —preguntó Fred sorprendido.

—Me han castigado con lavarlos, así que debe ser por eso. —Cuando iba a apagar los motores vio una luz roja en el panel de control. —Joder Fred, el alerón no ha bajado del todo.

—Haré que Jim lo revise.

—¿Te encargas tú? Me da la sensación de que a mí me van a doler los oídos después de la bronca.

Fred se echó a reír mientras se abría la escotilla. —Tranquila, yo me encargo.

Estaba bajando por la escalerilla cuando escuchó —¡Seligman!

Se dejó caer al suelo de cemento y se volvió quitándose el casco para ver a su coronel acercándose con grandes zancadas y cara de mala leche. —¿Sí, coronel? —Al quitarse el casco su moño se deshizo dejando caer sus rizos negros sobre su hombro izquierdo.

—¿Es que estás loca? ¡Casi matas a los componentes del Águila seis! ¡Eso por no hablar de tu pellejo y del de tu compañero!

Al menos no le hablaba de lo que costaban los aviones como el coronel Salgado. —¡Y ese caza cuesta lo que tú no ganarás en la vida! —le gritó a la cara. Vaya, pues sí que se lo recordaba. —¡Eres la piloto más irresponsable que me he echado a la cara!

—Coronel... —dijo Fred en un alarde de valentía.

—¿Estoy hablando contigo? No, ¿verdad? ¡Pues fuera de mi vista! —Furioso cogió a Azahara del brazo y la llevó aparte. Sonrojada vio que los mecánicos la miraban sin ningún disimulo. —A partir de ahora dejarás de comportarte como si llevaras una avioneta de exhibición y te dedicarás a hacer tu trabajo. ¡Cuanto antes y con eficiencia! ¡Éste no es tu patio de recreo y ese avión es del ejército! ¡No es tuyo para hacer lo que te dé la gana con él!

—Pero era un ejercicio de...

Él se tensó. —¿Te atreves a replicarme? —lo preguntó tan suavemente que a ella se le erizaron los pelos de la nuca.

—No, claro que no. Pero...

—¡Estás arrestada! ¡Después de que laves tu avión de arriba abajo, quiero que vayas a tu habitación y no salgas excepto para las prácticas! ¿Me has entendido? No pienso tolerar tu insubordinación.

Asombrada asintió. —Pero...

Él dio un paso amenazante hacia ella. —¡Fuera de mi vista!

Se alejó a toda prisa sin saludarle siquiera. ¿Cuándo se había insubordinado? Si no le había llevado la contraria en ningún momento. Solo quería explicarse. Sabía que había hecho mal, pero era un ejercicio y como decía Fred esas cosas pasaban. Me cago en la leche. Ese hombre no le pasaba ni una. Parpadeó asombrada. ¡La había arrestado! A ella que no tenía una mancha en su expediente. Estaba claro que no era el momento de pedirle la carta de recomendación.

Capítulo 3

Como se suponía que tenía que encerrarse en su habitación después de fregar. Se hizo la remolona mientras Jim le arreglaba el alerón. Sentada en la cola a horcajadas, frotaba de manera imaginaria un trapo mientras Jim hacía su trabajo sin que ella perdiera ojo. —¿Ves? Se ha enganchado algo. —Sacó lo que parecía el resto de una bolsa de plástico. Ella frunció el ceño y Jim se pasó la mano por la barbilla. —Qué extraño.

—Sí, es bastante raro. ¿Y el resto de la bolsa?

—Habrá salido despedida con el impulso.

—¿Y Fred no iba a ver una bolsa que se engancha en el alerón delantero?

—Sí que es raro. —Se encogió de hombros. —¿No viste el piloto encendido al despegar?

—No.

—Entonces es que estaba enganchado y al abrirse se colocó impidiendo que se cerrara.

Sí, eso se temía. Era suficiente para que frenara su velocidad en vuelo. Entrecerró los ojos sin dejar de frotar a lo tonto.

Jim miró hacia la puerta del hangar y susurró —Frota, frota.

Empezó a frotar con vigor mirando la superficie como si estuviera concentrada sacando un brillo, que no saldría nunca porque la pintura era precisamente sin brillo. Escuchó los pasos acercándose a ellos y vio por el rabillo del ojo que el coronel ponía los brazos en jarras. —El suelo no está mojado.

Le miró sorprendida. —¿Perdón?

—¿Cómo vas a limpiar sin agua? ¿Ese paño está seco? ¿Dónde está el cubo?

Jim bajó por la escalera y el coronel miró a su alrededor. —Vamos a ver si podemos ayudarte. —Cogió la manguera y abrió el grifo del agua. Salía a toda presión y el coronel sonrió satisfecho. —Perfecto.

—¿Coronel?

—Te llamas Jim, ¿verdad? —dijo acercándose con la manguera.

—Sí, coronel.

—¿Has arreglado el alerón? —preguntó demostrando que se enteraba de todo.

—Sí, coronel.

—Pues ahora vamos a limpiar. —Enchufó a Azahara directamente y ella chilló porque el agua estaba helada. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que la fuerza del agua hizo que se

desestabilizara hacia la izquierda, así que se tumbó sobre la cola abrazándose al fuselaje.

—¿Pero qué hace, teniente? ¡Frote!

El agua le salpicaba en la cara y soltó una mano para estirarla y frotar ante ella. —Lo hace muy bien, ¿verdad, Jim?

Jim intentaba retener la risa. —Sí, coronel. A nuestra chica se le da bien todo.

—No creas. —Ajustó la boquilla y el agua salió con más presión, girándose hacia la izquierda de golpe antes de caer al suelo sobre su trasero. Mierda, se había roto el culo.

El agua dejó de correr y unas botas impecables aparecieron ante ella sobre el charco de agua. Levantó la vista apartando sus rizos morenos y le vio ante ella con las manos a la espalda observándola. —Cuando doy una orden, quiero que se cumpla. Vuelve a intentar engañarme y ya puedes hacer el petate. Ahora vete a tu habitación a cumplir con tu arresto. Con este juego tuyo, acabas de alargar tu situación una semana más. Ya son dos semanas.

—Ah, que el primer arresto era de una semana. —Se levantó con esfuerzo. Mierda, le dolía todo.

—Exacto. A tu habitación.

—Sí, coronel. —Sin saludarle pasó ante él gruñendo al caminar. ¡Estaba coja! Sin darse cuenta se pasó la mano por el trasero.

Jim se quitó la gorra para rascarse la calva. Levantó una ceja mirando al coronel que la observaba pensativo. —¿Esto va a durar mucho, jefe?

Miró al mecánico sorprendido. —¿El qué?

—Es su mejor piloto. He visto esta táctica antes, ¿sabe? Se supone que es para sacar lo mejor de los pilotos, pero nuestra chica ya lo es.

—Nuestra chica tiene que aprender que el escuadrón es lo primero.

—Ya, claro. Entonces su teoría hace aguas por todas partes, porque ella se deja la piel por el escuadrón. Igual debería saber que la chica salvó a su compañero de que le echaran, cubriéndole en muchas ocasiones. Como ayer por la mañana. Eso por no hablar de que su amiga Stayce aprobó aerodinámica por ella. Se quedaba las noches en vela para estudiar algo que ella se sabía de sobra.

—Está claro que es tu favorita.

—Sí que lo es. Conocí a su padre, ¿sabe? Un hombre magnífico y estaría realmente orgulloso de su hija. Yo soy de la vieja escuela y no veo mal lo que acaba de hacer. Su padre también estaría encantado de que usted fuera su mando. Pero no se deje llevar por lo que le dice Stuart.

Roy entrecerró los ojos. —¿Qué crees que me ha dicho?

—¿Sabe que rechazaron a Stuart seis veces en el programa espacial? Yo me entero de todo. Cuando no escucho a un piloto, escucho a otro. Stuart no puede ver a nuestra niña porque siempre destaca en lo que hace. Y tener el padre que ha tenido le da muchos puntos para llegar hasta Cabo Cañaveral. La envidia es muy mala, sí señor. Que se lo digan a esa Mary Anne. La provoca cada vez que puede. —Levantó el plástico de la bolsa. —He encontrado esto en el alerón del avión de la niña. —Roy se tensó cogiéndolo en sus dedos. —Me parece interesante que la única que tenía el casco en su poder antes de la charla fuera ella, ¿no cree? Ninguno pasó

por aquí antes de la reunión. Solo ella.

—Es una acusación muy grave.

Le miró a los ojos. —Yo no he acusado a nadie. Solo hago una observación. Pero esto no se puso allí solo. Tengo el culo pelado de ver averías y esto ha sido a propósito.

—¿Se lo has dicho a Azahara?

—No es tonta. He intentado no darle importancia, pero se ha quedado con la mosca detrás de la oreja. Apuesto un mes de sueldo a que mañana revisa el avión antes de salir. —Se echó a reír. —A ella no se la puede parar. ¿Sabe por qué estaba ahí sentada? —Señaló la cola del avión. —Para verme trabajar. Lo hace mucho. Dice que así aprende por si un día cae en un desierto y tiene que arreglar el avión. —Roy levantó ambas cejas. —Pero en realidad lo hace para escuchar historias de su padre. De cómo era en su trabajo. A cada uno que le conocía, le interroga sobre él hambrienta de historias.

—Es lógico. Murió cuando ella tenía doce años.

—Es interesante que sepa eso. ¿Y sabe que su padre fue candidato al programa espacial?

Roy apretó los puños. —No, no lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabe de la niña. Igual debería tomarse un descanso y observarla, antes de castigarla por la opinión que ya se ha formado de ella por lo que dicen los demás. Se va a llevar una sorpresa.

—No lo creo. De momento me ha demostrado que no es de fiar en vuelo. —Jim apretó los labios molesto. —Ha puesto en peligro a tres personas ahí arriba y ha intentado deshacerse de su compañero.

Jim se echó a reír. —¿No se da cuenta? Si hubiera querido deshacerse de él le hubiera delatado mil veces. Lo hizo por el Raptor.

Eso sí que lo dejó de piedra. —No va a pilotar el Raptor.

—Así que lo va a pilotar usted.

Roy sonrió cruzándose de brazos. —¿Piensan que alguno va a pilotar el Raptor?

—En cuanto llegó, ella corrió a pedir cambio de compañero. Una los puntos. Todos se pegarán de bofetadas por conseguir volar en él. Es otro premio más. Y lo hizo de una manera elegante, porque no dijo las razones para deshacerse de Fred y eso que ha sido bastante pesado con el tema de su novia.

El coronel se tensó dejando caer los brazos. —¿Perdón?

—Su novia. Le dejó la novia porque no quiso trasladarse a Hawái. Al parecer tenía un trabajo muy bueno en una universidad y le dio la patada.

—¿Me dijo que se le había muerto su madre!

—Sí, tengo entendido que murió hace cinco años. Muerta, está muerta. Vaya que si lo está.

—Será... —Apretó los puños saliendo del hangar como si fuera a cargarse a alguien.

—¿No vaya en caliente, que luego se arrepiente! ¡Piénselo esta noche!

Después de quitarse el mono y la camiseta empapada, se estaba desabrochando el sujetador y giró la cabeza para ver el libro que Stayce tenía sobre la litera. La puerta se abrió de golpe y ella se volvió sonriendo para gritar cubriéndose los pechos con los brazos al ver allí a su Coronel.

—Tranquila, he visto muchos —dijo cerrando la puerta tras él.

Se puso como un tomate. —¿Perdón?

Él chasqueó la lengua. —Al parecer ha habido un malentendido.

—¿De verdad?

—Sí, sobre tu compañero.

Azahara no entendía nada y cubriéndose los pechos alargó la mano intentando coger la sábana, pero estaba demasiado metida. Casi se le ve el pezón al tirar, así que se cubrió de nuevo. —¿No podemos hablar de esto mañana, coronel?

Él puso las manos a la espalda. —Pues no. He venido para que te quede claro que ya sé la verdadera razón por la que tu compañero ha tenido esa actitud y me parece intolerable.

Ella forzó una sonrisa. —No pasa nada.

—Pero que te quede claro que el arresto sigue en pie, porque esa no fue la razón del castigo.

—Sí, señor. —Incómoda por estar en braguitas ante él se dio la vuelta. —Me ha quedado muy claro. —Abrió la taquilla y cogió lo primero que pilló, que fue su chaqueta del traje de gala. Se la puso a toda prisa y al volverse, vio que él le estaba mirando el trasero. Se sonrojó con fuerza.

Él carraspeó enderezándose y en ese momento se abrió la puerta chocando con él. Stayce se quedó blanca. —Coronel, vuelvo luego.

—No, pasa. Hemos terminado.

Salió de allí a toda prisa y Stayce sacó la cabeza mirando de un lado a otro antes de cerrar. —¿Te lo has tirado, pillina? ¿A qué estabas jugando? ¿A oficial y caballero?

—¡No me lo he tirado! Ha entrado sin llamar.

Stayce entrecerró los ojos. —¿Quería pillarte en bolas?

—Que no. —¿Para qué había ido? —No sé, creo que quería disculparse, pero no lo ha hecho.

Stayce se acercó interesada. —¿Disculparse? ¿Por qué?

—Por lo de Fred, creo. Por ponerse de su lado. —Se quitó la chaqueta. —No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Como se enteren los demás...

—No pasa nada. —Vio de reojo el libro que había dejado a la vista y lo cogió de inmediato, poniéndolo a la espalda mientras ella colgaba la chaqueta de nuevo. —¿Has cenado algo?

—No. Pero no tengo hambre. Me voy a la cama.

—Puedo ir...

Ella se puso una camiseta verde negando con la cabeza. —No, gracias. —Se puso unos pantalones cortos y se tiró sobre la cama con el cabello húmedo. Hizo una mueca porque no se había duchado. Ya se ducharía por la mañana.

Su amiga fue a su taquilla guardando el libro antes de empezar a quitarse la camisa. —¿Estás bien?

—¿Y tú?

—Claro.

Azahara giró la cabeza. —¿Por qué no me has dicho que estás embarazada?

—Mierda.

—¿No deberías decirlo? ¿De cuánto estás?

—De dos meses.

Se sentó de golpe. —¿Estás loca? ¡Tienes que decirlo!

—Lo diré después del permiso de Cádiz.

La miró incrédula. —¿Por qué has venido? Podías haberte quedado en casa en labores tácticas o en otra cosa.

Su amiga se apartó su cabello de la cara y se sentó a su lado. —Porque esta será la última vez que pilote seguramente.

—¿Qué?

—Quiere que lo deje.

—¿Tu marido?

Asintió preocupada. —Y realmente es lo mejor. En cualquier aerolínea me pagarían cuatro veces más y tendría mis días libres. Tengo que pensar en mi familia. En cuanto acabe la baja por maternidad, pediré la baja del servicio. —Como Azahara no decía nada gimió. —Lo siento, yo no soy como tú. No tengo aspiraciones tan altas. Yo solo sueño con que mi marido y mi hijo sean felices y llevar una vida tranquila. Esto estaba bien al principio, pero la emoción se está convirtiendo en terror a perderlo todo. Por eso en cuanto lleguemos a Cádiz, pediré la baja por maternidad o que me trasladen a otro puesto.

—¿Por qué has venido?

Ella sonrió y le cogió la mano. —Es nuestra última aventura juntas. No quería irme sin que pudiéramos disfrutar de esto una vez más.

Miró emocionada a su amiga. —No tenías que haberlo hecho. Lo hubiera entendido.

—Lo sé. Pero en este mes lo pasaremos genial. Ya verás. Y si veo que me encuentro mal, lo dejaré al instante.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. A cualquier síntoma extraño, iré a hablar con el coronel.

Azahara sonrió emocionada. —Vas a tener un bebé. Es increíble.

—Sí. —Se acarició su vientre aun plano. —Ha sido una sorpresa, pero ahora me alegro.

—Claro que sí. Es una alegría. ¡Voy a ser tía!
—Shusss. —Stacey se echó a reír. —No se lo digas a nadie.
—Palabra. Mis labios están sellados.

Corrieron hasta la tabla de grupos y gruñó al ver que le tocaba en el grupo de Mary Anne. Stayce estaba en el grupo contrario con Harrison. Al menos el resto de sus compañeros no eran malos del todo. Stayce salía más perjudicada bajo su punto de vista y su cara lo reflejó al ver la tabla. —¿Qué más te da?

—Me da. Quería irme cubierta de gloria.

Se echaron a reír y al volverse allí estaba su pesadilla. Joder, parecía que estaba en todas partes. —¿Te he visto en el comedor en el desayuno?

—¡Sí, coronel!

—¿Qué parte de que estás arrestada no has entendido?

—¡Era para no molestar a nadie para que me trajera la comida, señor!

El coronel gruñó alejándose como si no pudiera con ella y Stayce soltó una risita. —Lo tienes en el bote.

—¿Tú crees? —Observó su espalda y como gritaba a un mecánico para que quitara una cuerda de en medio de la pista. Suspiró. —No, qué va.

—Estás loca por él.

El asombro de su amiga la sonrojó. —¡No!

—Claro que sí. Tus ojos hacen chiribitas mirándole el trasero.

—Shusss. Que no. Deja ya el tema, que te va a oír alguien.

Stayce la señaló con el dedo. —A mí no me la pegas.

Caminaron hacia el hangar, donde debían reunirse los grupos, discutiendo sobre el tema. Stayce hizo una mueca al tener que sentarse en el otro lado del pasillo con los suyos y ella se sentó junto a Fred, que estaba muy serio cruzado de brazos.

—¿Qué ha ocurrido con el coronel?

—Que alguien se ha chivado de que mi madre no ha muerto.

—Tu madre sí ha muerto.

—En realidad estamos hablando de cuándo sucedió ese hecho. —Se sonrojó con fuerza y ella abrió los ojos como platos al entender. —No me eches la charla tú también. Estoy arrestado.

Sonrió encantada. —¿No me digas? ¡Yo también!

—No creas que eso me consuela.

—Puedes aprovechar para descansar y meditar sobre tu situación.

—¿Eso es lo que haces tú?

—Pienso aprovechar el tiempo, eso te lo aseguro.

—Buenos días. —El coronel apareció ante ellos, con Stuart por supuesto. Parecía su sombra. Azahara miró atentamente al coronel que en ese momento decía señalando a su derecha —Equipo rojo y equipo azul. Las estrategias las decidiréis en grupo, pero solo el capitán dirigirá la misión. En el equipo rojo el capitán será Harrison.

—¡Seré capitán! —exclamó haciéndoles reír a todos.

—Disfruta de tu gloria mientras dure. Puede que nunca llegues a esa graduación.

Eso le quitó la sonrisa de golpe y Azahara reprimió la risa. —En el equipo azul la capitán será Mary Anne.

Todos la miraron asombrados porque esperaban que ella dirigiera el grupo. Se lo había ganado por puntuación. Miró fijamente al coronel que parecía muy satisfecho sentándose en la esquina de la mesa. Mary Anne se acercó a su oído. —De momento voy ganando yo. Serán los nuevos aires.

Su compañero se echó a reír y chocaron las manos. El coronel dejó la hoja que tenía sobre la mesa y les miró mientras Azahara hervía de furia. Fred la miró de reojo mientras Roy decía — El ejercicio de hoy es un ejercicio básico de combate. Quiero ver como os desenvolvéis en una situación de ataque real. No habrá munición real pero aun así tendrán que abatir a su rival. Haremos cinco combates. Y cada avión que consigan abatir les dará cinco puntos. En cuanto un avión reciba un impacto, se retirará de inmediato. Y cuando el grupo que quede victorioso, se quede solo, empezaremos de nuevo.

Fred le dio un codazo y sonrió malicioso. Ella miró a su coronel como una niña buena y levantó la mano. —¿Sí, teniente?

—¿Si me los cargo a todos, nos retirará el arresto?

Todos se echaron a reír y a Roy parecía hacerle gracia. —¿He dicho algo de eso?

—No. Pero sería un premio por mi esfuerzo y dedicación.

—En realidad es su trabajo y ya le pagan por ello, ¿recuerda? —Se miraron a los ojos. — ¿Pero sabe qué? Tiene razón. Deberíamos recompensar al mejor piloto del día. —Se volvió hacia Stuart. —¿Qué dice, capitán?

—Si usted lo considera oportuno...

—Aparte de la clasificación general, el mejor piloto del día recibirá una estrella. El que más estrellas tenga cuando terminen las maniobras, recibirá de recompensa... —La miró a los ojos. —Pilotar un Raptor en las misiones que llevaremos a cabo más adelante. O al menos en algunas misiones para que el piloto ganador se haga con el aparato.

A Azahara se le cortó el aliento y sonrió encantada. —Pero uno de los copilotos quedará descolgado porque el Raptor es monoplaza —protestó uno de los chicos.

—Pilotaré yo su F-15.

Eso animó a sus copilotos porque era un mes con el mejor piloto de la armada. Fred le dio un codazo. —Tienes que ganar. Quiero pilotar con él.

Y ella, pero necesitaba pilotar el Raptor. —Voy a hacer lo que pueda, ¿vale? Mi intención es pilotar ese avión.

—Tenéis diez minutos para tramar la estrategia. En quince minutos os quiero en el aire. Estaré en la cabina de control y desde ahora ya no quiero preguntas. Preguntar a vuestro capitán.

—La miró fijamente. —Y nada de hacer tonterías ahí arriba. Rápido y efectivo.

Ella asintió antes de que el caminara por el pasillo saliendo del hangar. Stuart se acercó a ella y satisfecho puso los brazos en jarras. —Te aconsejo que no te hagas la superpiloto ahí arriba. No acabarás bien con él si vas por ese camino.

—Gracias por sus inútiles consejos, capitán Stuart —dijo con ironía.

Él se agachó acercando su rostro al suyo. —No me provoques, estúpida. Sigues bajo mi mando y puedo hacer que no vuelvas a subir a un caza en tu vida.

—Entonces tendrá que explicarle la razón al Coronel y puede que yo exponga parte de nuestros desacuerdos. Desacuerdos que no creo que quiera que se sepan. Como que era un puto envidioso de mi padre porque siempre estuvo un par de pasos detrás de él. ¿Cómo le dejaría eso ante el jefe, Stuart? Como cuando Salgado tuvo que pararle los pies en aquella ocasión que se pasó de la raya pegándome aquel tortazo ante toda la clase. Cuidado, capitán. Puede que esta vez sea expulsado. Ya tiene un aviso en su expediente. —Sonrió provocándole. Nada le daría más satisfacción que echaran a aquel vago. Un par de golpes merecerían la pena.

Stuart entrecerró los ojos enderezándose. —Algún día alguien te va a parar los pies.

—Pero no será usted —dijo en voz baja con desprecio—. Ahora si me disculpa, tengo trabajo. —Se volvió dándole la espalda donde su grupo ya estaba discutiendo la táctica.

Mary Anne no era tonta. —Uno de nosotros tiene que estar cubierto siempre. A ese no le pueden tocar, porque así no terminará la partida mientras que tres de los nuestros se dedican a machacar al contrario.

—Pero perderemos una baza de ataque. Serán cinco contra cuatro porque ese avión no estará operativo si huye del combate —dijo Claude mirando a su compañera.

—En realidad serán tres contra cinco y en cuanto machaquen a esos tres los dos que quedan no tendrán nada que hacer. Ese plan es una mierda —dijo Fred.

—Seamos realistas —dijo Azahara—. Todos queremos la recompensa y en cuanto subamos ahí arriba, debemos ir por Harrison y Stayce que son los más eficientes del grupo.

—Ellos irán a por ti.

Azahara sonrió. —No lo dudo, pero ya que lo sabemos, tenemos ventaja. Por eso lo mejor es que Mary Anne y yo vayamos de avanzadilla.

—Protegiéndonos a nosotros.

—Eso pensarán, pero en realidad es al revés. En cuanto nos crucemos, seremos cebos de Harrison y Stacey. Y a tirar del hilo.

Mary Anne sonrió. —Perfecto. —Miró a los demás. —¿Estáis de acuerdo?

Fred frunció el ceño. —Pero vosotras sois las que menos puntuareis si hacemos eso.

—Esto es un equipo —protestó Edward.

Claro, eso lo decía el que sabía que no ganaría, pero aun así ella sonrió. —Tenéis razón. Es un juego de equipo.

Mary Anne la miró con desconfianza, pero no podía cambiar el plan porque quedaría fatal.

—Muy bien. Vamos allá.

Su grupo se levantó y en cuanto lo hicieron los del grupo rojo se levantaron también. Corrieron hasta sus aviones y Jim le guiñó un ojo dándole el casco. —No me decepciones.

—Jamás.

El hombre se echó a reír mientras se cerraba el casco.

Subió la escalerilla antes que Fred y en cuanto se sentó, revisó la luz del alerón. — Perfecto, vamos allá.

—Espero que tengas otra estrategia, porque sino perderás un montón de estrellas para pilotar el Raptor.

—Ten fe, Fred —dijo levantando las clavijas.

Despegaron detrás de Stayce y en cuanto estuvieron en el aire su escuadrón se unió en V para dirigirse hacia el grupo del Harrison. —Muy bien escuadrón azul. Ahí los tenemos.

Azahara giró la cabeza poniéndose a la altura de Mary Anne mientras los demás se colocaban tras ellas. Levantó un pulgar y Mary Anne asintió.

—¿Preparada? Cien metros.

Ella miró al frente. Para ver que los cinco iban en formación. —Chicos, van a por los que pueden. Pero no dejéis el plan. Si no lo tenían preparado, lo harán por competitividad.

—Empieza el primer combate —dijo el coronel haciendo que tomara aire.

Asombrada vio que Harrison y Stayce se juntaban peligrosamente para obligarla a pasar por arriba o por abajo. Giró el avión de costado pasando entre ellos y Fred chilló de la alegría al conseguir separarlos porque tuvieron que ir cada uno para un lado.

—¡Ed está en la cola de Stayce! ¡Nos sigue Harrison!

El chivato empezó a pitar. —¡Nos tiene en su mira!

Intentando evitarle hizo un giro vertical y gritó de la alegría al ver su cola. Con la palanca centró, aunque él intentó salir de su ángulo de tiro y pulsó el botón quitándole del medio. —¡Uno menos! —gritó Fred emocionado.

Al volver al combate vio que quedaban dos aviones del equipo contrario. Stayce y Luke. Decidió ir a por el más fácil porque estaba acosando a Ed. Se puso tras él sin que se diera cuenta y pulsó el botón tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar. Stayce no se libraba de Mary Anne y fue a por ella—Uy, uy, ¿qué pretendes?

—Justicia.

Se dirigió hacia ellas que venían de frente y Stayce subió el morro hacia arriba para evitarla mientras que Mary Anne no le quedó más remedio que ir hacia abajo. Rió sin poder evitarlo siguiendo a Stayce y como decía el coronel no perdió el tiempo. En cuanto la tuvo a tiro disparó, pero Stayce giró el avión de costado evitando su disparo. —Joder, es buenísima—dijo Fred impresionado.

—Está casada, guapo —dijo apuntando de nuevo.

—Sí, una pena.

Puso los ojos en blanco antes de mirar la pantalla de tiro y en cuanto el pitido se hizo continuo, pulsó el botón rojo de los mandos. —¡Sí! —gritó Fred levantando los brazos—. ¡Eres la mejor!

—Prepárense para el segundo combate.

Ella frunció el ceño porque no parecía nada contento. Sino todo lo contrario.

—Tengo la sensación de que has hecho algo mal —dijo Fred divertido.

—¿No me digas?

Capítulo 4

En cuanto pisó el suelo del portaaviones, Fred la cogió por la cintura girándola y besándola en las mejillas, haciéndola reír. —¡Catorce estrellas! ¡Y hemos ganado cuatro combates!

Su grupo se reunió con ella, pero Mary Anne se acercó furiosa con el casco en la mano. — ¡Se supone que somos un equipo! ¡Me has quitado a cuatro objetivos!

—Cuando no había peligro. El combate ya estaba asegurado. Llegados a ese punto era otro juego, Mary Anne. Tú hubieras hecho lo mismo. De hecho, le quitaste un objetivo a Luke y él no te ha dicho nada.

—Está claro que tú vas por libre.

—¡Venga, hemos ganado! No te enfades —dijo Luke sonriendo divertido.

—Cállate. —Molesta se alejó y cuando vio que Jim se reía le gritó —¿De qué te ríes, viejo?

Eso sí que no lo iba a tolerar. Le pasó el casco a Fred que lo cogió por los pelos y vio asombrado como furiosa corrió hacia Mary Anne, cogiéndola del brazo para volverla. — ¡Discúlpate ahora mismo con Jim!

Mary Anne se soltó. —¿Con un mecánico? Estás de broma.

Eso sí que la sacó de sus casillas y la agarró por la coleta tirando de ella hacia Jim mientras Mary Anne chillaba.

—¡Niña suéltala, te vas a meter en un lío!

—¡Le estoy enseñando modales!

—¿Qué ocurre aquí?

Mierda, pensó volviéndose hacia el coronel soltando a Mary Anne, que le arreó una patada por detrás de las rodillas, haciéndola caer al suelo antes de recibir un golpe con el casco que la dejó sin sentido.

Gimió llevándose la mano a la nuca. —¿Estás bien? —la voz de Stayce le hizo abrir los ojos y sonrió al ver a su amiga.

Al recordar lo que había pasado preguntó sin perder la sonrisa —¿Me ha dejado k.o.?

—Pues sí. —Parecía encantada de la vida de que la hubiera noqueado y Azahara frunció el ceño. —Y gracias a vuestra pequeña pelea hemos ganado.

Se apoyó en los codos de golpe. —¿Es coña?

—No. Os han quitado las victorias y todas vuestras estrellas del día por vuestro comportamiento. Adivina quién va ganando al mejor piloto.

—¿Harrison?

—Muy graciosa.

Se dejó caer en la cama y suspiró. —Mierda.

—¿Cómo se te ocurre?

—Habló mal a Jim. Lo vi todo rojo.

—Si tú nunca te metes en líos. Siempre piensas en el expediente y nunca te habían arrestado. ¿Estás bien?

Miró a su alrededor y vio que estaba en la enfermería. Se sentó y miró a su amiga con los ojos como platos. —Es ese coronel que me tiene manía.

—Pareces una chiflada.

—¿No me crees? Me tiene entre ceja y ceja desde que llegó.

Stayce asintió. —Claro, te tiene tanta manía que quiere echarme un polvo.

Jadeó indignada. —¡No quiere echarme un polvo! ¡Quiere arruinar mi carrera! Lo sé.

—Interesante teoría —dijo el coronel desde el final de la enfermería.

Gimió dejándose caer en el colchón. Stayce se levantó saludando y farfullando porque les habían pillado cotilleando sobre él —Coronel Parker.

—Descanse. —Puso las manos en jarras mirándola fijamente. —Eres la soldado más descerebrada que me he encontrado en toda mi carrera. ¿Estás la primera en la lista, traicionando a tu propio grupo debo decir, y se te ocurre pelearte?

—¡No he traicionado a nadie! ¡Es un juego y gané!

Stayce la miró asombrada al ver que le había gritado al coronel. —¡No! ¡No ganaste, porque dejé muy claro que no toleraría peleas entre mis hombres!

Stayce carraspeó. —Señor...

—¿No tienes que ir a cenar? ¡Largo de aquí!

Su amiga salió como si la persiguiera el diablo y ella gruñó girando la cabeza hacia él, mirándole con odio sin poder evitarlo. —Sé lo que intenta, ¿sabe?

—¿Sí? ¿Y qué intento según tú?

—¡Me está puteando! ¡Presentaré una queja!

—¿Y crees que te harán caso? ¡Deja de lloriquear y haz tu trabajo! ¡Y yo que tú cuidaba mis palabras! ¡Recuerda con quién estás hablando!

—¡Sí, con el coronel! —Sacó las piernas de la cama furiosa. —¡Está intentando hundirme! ¡Desde que ha llegado todo lo hago mal!

—Ayer pusiste a Fred en peligro y hoy has traicionado a tu propio grupo. ¡Te lo advierto, sigue por ese camino y no volverás a subirte a un avión en el ejército!

Azahara palideció. —Está de broma. Soy la mejor piloto del escuadrón.

Él se acercó y la cogió por la nuca levantándole la cabeza. —Escúchame bien. Aquí mando yo. Y si digo que a partir de ahora mirarás por tu grupo, lo vas a hacer porque sino vas a sufrir. ¡Eres teniente del ejército de los Estados Unidos! —le gritó a la cara—. ¡Deja de pensar en subirte a un cohete y piensa en las vidas que te rodean!

—Era un juego. No era combate real.

Eso le cabreó aún más. —En combate real ninguno hubiera protegido tu trasero, Azahara. ¿Y sabes por qué? Porque no confían en ti para que salves el suyo.

Los ojos azules de Azahara se llenaron de lágrimas. —Eso es mentira. Sí que lo hubieran hecho.

—No apuestes por ello.

—¡A mi padre no le salvó nadie! —gritó sin darse cuenta de que lloraba—. ¡Ahí arriba estamos solos!

Roy apretó los labios y a Azahara se le cortó el aliento al ver que miraba sus labios antes de mirarla a los ojos de nuevo. —Dentro de un mes entrarás en una misión real con fuego real. Si veo que no estás preparada, te quedarás en tierra.

—¡No puedes hacer eso! ¡Me he ganado estar aquí! —dijo sin darse cuenta de que le tuteaba.

—No voy a discutirlo contigo. Sigue mis instrucciones. Te lo digo por tu bien.

—¡No tienes ni idea de lo que es por mi bien!

La besó entrando en su boca y Azahara sorprendida abrió los ojos como platos, mientras él acariciaba su lengua con una pasión, que el deseo la recorrió de arriba abajo. Protestó en su boca y cerró los ojos sin darse cuenta disfrutando de sus caricias. Levantó la mano tocando su mejilla y él se apartó con la respiración agitada mirando su rostro, que sonreía con los ojos cerrados como si aún estuviera disfrutando de sus besos. Roy carraspeó enderezándose y ella abrió los ojos mirándole fascinada. Parecía que estaba cabreado, pero ella se sentía tan bien que le daba igual y sonrió como una tonta.

—Esto no tenía que haber pasado.

—¿No? —preguntó decepcionada.

—¡Soy tu superior, joder! ¡Deja de mirarme así!

—¡Oye, que has empezado tú! ¡Pero claro como tengo la culpa de todo, también voy a tener culpa de esto cuando me has metido la lengua hasta la campanilla!

—¡Sigues arrestada!

—¡Pues muy bien! —Se tumbó y le dio la espalda hasta que se dio cuenta que no era su habitación, así que se levantó y con la espalda muy recta pasó ante él.

—¡Se te olvida una cosa!

Se volvió y llevó la mano a la frente. —¿Contento?

—¡Me pones de los nervios!

—Sí, de eso ya me había dado cuenta... señor.

Salió de allí con la cabeza muy alta, aunque le temblaban las piernas. Y en cuanto bajó las escaleras, apoyó la espalda en la pared suspirando. Madre mía, le había aflojado hasta los cordones de las botas. ¡Qué beso! ¡Si un beso provocaba eso en su cuerpo, ni quería imaginarse lo que le provocaría que la besara entera! Gimió girándose y Stayce levantó una ceja ante ella. — ¿Qué haces aquí, cotilla?

—¿Tú qué crees? Enterarme. —Se echó a reír. —Parecía que quería matarte, pero al parecer quiere matarte de placer. Vaya cara que has puesto.

—Cierra el pico. —Caminó hacia el comedor y su amiga la siguió riendo. —Shuss, no tiene gracia.

—Al parecer no me había equivocado nada, ¿eh? Voy a hacerme pitonisa.

—¿Y qué va a pasar ahora, pitonisa de tres al cuarto?

—Tendréis soldaditos que harán la cama con tres años de manera impecable y sacarán unas notas buenísimas, mientras él ordena y tú haces que le haces caso.

—Muy graciosa. Eso no está en mis planes. Además, es un mando. No puedo tener un lío con un mando.

—Como si fuera la primera vez que ocurriera. Mientras seáis discretos...

—Eso no va a pasar. Dejemos el tema.

Su amiga asintió al entrar en el comedor y cogieron sus bandejas de acero inoxidable. Les sirvieron puré de patata y miró de reojo a su mesa. Su equipo tenía una cara de funeral que no podía con ella. —Estupendo. Otra bronca.

Stayce soltó una risita. —No, si por mí puedes seguir así. No moveré ni un dedo.

Se sentaron a la mesa y Mary Anne la miró como si quisiera matarla.

—Come y calla.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? —preguntó Fred ante ella.

—Mira, el que hasta que llegó el coronel le importaba su carrera una mierda y yo le tuve que salvar el culo varias veces. —Fred se sonrojó. —Nadie está más fastidiada que yo en este momento, así que no me toquéis las narices.

Vio como pasaba el coronel hasta la mesa de oficiales y vio que le decía algo a Stuart con un cabreo de primera. Stuart se levantó de inmediato y fue hasta ella. —Seligman, al calabozo.

Se quedó con el tenedor a la mitad. —¿Perdón?

—Al parecer no sabes respetar el arresto en tu cabina, así que irás al calabozo. Es una orden.

Asombrada miró a Stayce con el tenedor en alto. —La hostia.

Su amiga hizo una mueca. —Que duermas bien.

—¡Levántate! —gritó Stuart haciendo que el inmenso comedor la mirara.

Tomó aire mirando al frente dejando el tenedor sobre la bandeja. Roy sentado en su sitio, lo observaba todo como si aquello no fuera con él. Sería cabrito.

Stuart la cogió del brazo de mala manera y tiró de ella fuera del comedor. Él sonrió con satisfacción en cuanto salieron al pasillo y señaló a dos hombres que charlaban en la puerta. —

Lleven a la teniente al calabozo.

Ella caminó hacia ellos divertida. —¿Sabéis dónde está?

—No, teniente.

—Pues tendremos que averiguarlo.

Hambrienta se levantó llevándose la mano al chichón que tenía en la cabeza. —Mierda.

Esperaba que alguien le llevara el desayuno. Se bajó el mono para usar el retrete y cuando terminó, en camiseta se acercó al lavabo para asearse con el jabón de fregar que había allí. Estupendo para la piel. Se arregló el cabello como pudo y se puso el mono de nuevo subiéndose la cremallera. —Bueno, a esperar.

Cuatro horas después empezó a caminar de un lado a otro nerviosa y se acercó a los cuatro barrotes de la puerta de metal. —¿Hola? ¿Alguien se acuerda de que estoy aquí?

No contestó nadie. Mierda. Volvió a su cama intentando descubrir qué hora era por el sol que se filtraba por el ojo de buey. Se estaba perdiendo las actividades de la mañana. La mitad estaría en el gimnasio o revisando sus aviones para los juegos de la tarde.

Bebió del grifo del lavabo y cuando su estómago gruñó de nuevo, miró la ventana pasándose el dorso de la mano por los labios. Era más de mediodía. Estarían comiendo.

Después de dos horas más tuvo claro que nadie iría a buscarla, perdiendo otro día de puntuaciones. Fred iba a echarle la bronca.

Estaba sentada en la cama cuando escuchó pasos en el pasillo y la puerta se abrió. Se levantó de un salto y cuando vio al coronel al otro lado, se cuadró saludándole.

—Coronel...

—¡Salga! —gritó molesto.

En silencio salió de la celda y él cerró la puerta de un portazo, dándose la vuelta y caminando en silencio hacia el exterior. Ella le siguió sin decir ni pío, no fuera a ser que la metiera en aquel sitio de nuevo. Asombrada vio que subían hasta la pista de aterrizaje y su grupo esperaba al lado de los aviones. —¡A trabajar! —le ordenó antes de empezar a subir las escaleras de la torre de control.

¿A trabajar? Si no sabía lo que tenía que hacer. Corrió hasta sus compañeros y Fred con cara de alivio la vio llegar. —Menos mal. —Le entregó su casco.

—Informadme.

—Te informaré de la que subimos —dijo él a apresuradamente yendo hacia la escalerilla mientras Stayce despegaba.

—¡Vamos, vamos! —gritó Fred poniéndose el cinturón de seguridad.

—¡Qué ocurre!

—¡Tenemos que llegar antes que ellos! ¡Es una carrera!

—¡Mierda!

Había dormido fatal en aquella cama de metal y encima empezaba a dolerle la cabeza, como para que ahora Fred le pegara gritos. Además tenía hambre. Evidentemente salieron los últimos y tuvo que oír las protestas de Fred hasta que estuvieron a altura. Él le cantó las coordenadas mientras seguía al que iba ante ella.

—¿Es carrera solo de ida o de ida y vuelta?

—¡Ida y vuelta! Podemos hacerlo.

Azahara se empleó a fondo. Era cuestión de aprovechar el rebufo del que tenía delante para ganar la velocidad en su avión y adelantarle. Los seis primeros no le costaron demasiado, pero no sabía la ventaja que le llevaba Stayce. Ni siquiera la veía. Se acercaba una fuerte tormenta y Fred dijo —Mierda, tenemos que desviarnos.

—Sí, claro. Ni de broma. —Se metió en la tormenta de lleno y tuvieron que soportar las turbulencias.

No tardaron en atravesarla, pero ambos tenían el estómago del revés cuando llegaron al otro extremo. —Joder, tú quieres matarme.

—Se me ha pasado por la cabeza un par de veces. ¿Esa es Stayce?

Fred evitó su casco para mirar al frente. —¡La leche! ¡No la pierdas!

—¿Quieres dejar de gritarme? ¡Eres un cansino! —Empujó la palanca cogiendo velocidad y cuando Stayce estaba dando la vuelta, ésta le hizo un dedo pasando a su lado. —Muy graciosa.

Fred se echó a reír. —Quiere guerra, jefa.

—Pues acepto el reto.

—Sabía que lo aceptarías.

Al ver que Stayce también atravesaba la tormenta, apretó los labios siseando —Está loca.

—Mira, como nosotros.

No entendía qué quería demostrar Stayce, cuando iba a dejar el servicio en unas semanas. Que se estuviera batiendo de esa manera, no podía ser bueno para el bebé.

No debió aguantarlo, porque bajó de altura y Fred les miró de la que pasaban de largo.

—¿Estarán bien? —preguntó preocupada.

—Claro que sí. No hay señal de socorro.

Abrió el micro. —¿Stayce? ¿Estás bien?

Las interferencias de la tormenta provocaron que no obtuviera respuesta.

—Está bien, Azi. —Preocupada dio la vuelta. —Joder, ¿qué coño haces?

—¡Comprobar cómo está! ¡Cállate de una vez! —Descendió lo más rápido que pudo y cuando se dispararon las nubes, gritó al ver su aparato estrellado en el mar.

—¡Mayday! ¡Mayday! —gritó Fred a la base—. ¡Águila dos ha caído! ¡Águila dos ha caído!

—Entendido Águila uno. Ya va para allá el helicóptero de rescate.

Desesperada miraba a un lado y al otro buscando su paracaídas. —¿Dónde estás?

—¡Allí! —gritó Fred al ver algo rojo en el horizonte.

Dirigió el caza hacia allí y vio los asientos del caza. Su amiga estaba sentada en el asiento delantero sin sentido, mientras su compañero les hacía señas moviendo los brazos de un lado a otro.

—¡Están bien! Gracias a Dios —dijo Fred muy alterado.

Dio vueltas a su alrededor porque no quería dejarles solos. Fue un alivio ver llegar al helicóptero de rescate y el piloto levantó el pulgar colocándose sobre ellos.

—Vuelva a la base, Águila uno.

Asustada siguió dando vueltas viendo como uno de los hombres se descolgaba por un cable.

—Tenemos que volver a la base. —Como ella no le respondía, gritó —¡Cumple las órdenes del coronel!

—¡Teniente, vuelva a la base ya!

Apretó los puños sobre los mandos y salió disparada hacia el portaaviones. En cuanto aterrizó sus compañeros se acercaron corriendo y empezaron a preguntar qué ocurría, pero ella se quitó el casco y corrió hasta la torre de control. Subió los escalones de metal a toda prisa y abrió la puerta hacia afuera para entrar en su interior. Roy se volvió con los cascos puestos. —Vuelve abajo.

—Señor, ¿están bien?

—La están atendiendo en el helicóptero. Está sin sentido.

—Está embarazada. —Se apretó las manos angustiada.

Roy se tensó volviéndose para mirarla fríamente a los ojos. —Vuelva abajo, teniente. Ahora.

Pálida le saludó antes de salir de allí. También iba a pagar por eso. Estaba segura. Por la mirada que le había echado, iba a estar arrestada el resto de su existencia. Pero lo único que le preocupaba en ese momento era el estado de Stayce.

Al lado de los sanitarios esperó impaciente a que llegara el helicóptero de rescate. En cuanto aterrizaron casi se echa a llorar al ver que Stayce estaba despierta. Levantó un pulgar indicando que estaba bien. No pudo acercarse porque la rodearon los médicos haciéndole preguntas y a su compañero igual. Corrieron con sus camillas por la pista e impaciente ella les siguió al igual que sus compañeros hasta la puerta de la enfermería.

El Coronel llegó con Stuart detrás. —Se os informará de sus estados en cuanto se sepa algo. A la sala de descanso. No os quiero aquí. —Todos empezaron a salir y el Coronel se acercó a ella furioso. —¿Qué coño ocurrió allí arriba? ¡Os perdimos en la tormenta!

—Estábamos atravesándola y de repente ella descendió de golpe. Temí que ocurriera algo, así que bajé yo también y me la encontré... —Angustiada miró hacia la puerta. —No sé lo que les ocurrió.

—Igual les fallaron los mandos por la tormenta. No es la primera vez que ocurre —dijo Stuart muy serio.

—¿Cómo se os ocurre hacer algo así? —le gritó el coronel a la cara—. ¡Lo más lógico era rodear la tormenta!

—Pero ella quería ganar, ¿no es cierto, teniente?

Se sonrojó porque Stuart había dado en el clavo. Hubiera sido más seguro que rodeara la tormenta, pero hubiera perdido la carrera. Y Stayce en lugar de rodearla, la había atravesado para que ella no ganara.

—Al calabozo —dijo Roy fríamente.

—Pero señor... —Miró hacia la puerta de la enfermería. —Tengo que saber cómo está.

—¡Si te hubiera importado su estado, habrías comunicado su embarazo como era tu obligación! —Perdió todo el color de la cara. —¡Ahora desaparece de mi vista! ¡Hasta nueva orden, no estás de servicio!

No se lo podía creer. Su mano tembló llevándosela entre los ojos y masajeando el tabique.
—No puede suspenderme. No he hecho nada.

Él la cogió por el brazo y la empujó hacia la salida. La puerta abatible se abrió del impulso tirándola al suelo. Su pierna impidió que la puerta se cerrara de nuevo y vio la sonrisa de Stuart. Roy apretó los puños dando un paso hacia ella y Azahara se levantó intentando controlar las lágrimas antes de salir corriendo.

Capítulo 5

La puerta de su celda estaba abierta. Durante lo que quedó de día nadie pasó por allí. Llevaba más de treinta horas sin comer. Sentada en su catre abrazando las piernas, intentó evitar las lágrimas pensando que no servían de nada. Eso es lo que le dijo su padre con seis años cuando se cayó de la bici. Y cuando un niño le había tirado de la trenza en el patio, le había dicho que si volvía a ocurrir sonriera antes de pegarle un corte de manga. Sonrió recordándole. Cómo le echaba de menos. Hacía quince años que le había perdido y no había un solo día en que no deseara más que nada verle otra vez. Se limpió las lágrimas mirando la puerta y respiró hondo un par de veces para controlarse.

Lo más difícil fue no saber cómo estaba Stayce ni el bebé. Dios, esperaba que todo fuera bien porque si no su amiga se moriría de los remordimientos. Se apretó las sienes porque le estallaba la cabeza de la tensión. Se tumbó mirando la pared y esperó por si alguien se acordaba que estaba allí y le llevaba algo de cenar. Pero eso no pasó.

Estaba bebiendo agua del grifo cuando escuchó pasos en el pasillo. Se limpió los labios incorporándose para ver a un marinero que la miró sorprendido. —¿Teniente? ¿Qué hace aquí?

—Estoy arrestada por el Coronel Parker.

—Pero a mí no se me ha comunicado nada. ¿Acaba de llegar?

Ahora entendía porque nadie atendía sus necesidades básicas. —Llegué antes de ayer.

El marinero se sonrojó. —Esto es totalmente irregular, teniente. No hay orden de arresto ni... —El pobre no entendía nada. —Discúlpeme. Enseguida vuelvo.

—¿Puedes traerme una aspirina si no es molestia? Me mata la cabeza.

—Sí, por supuesto. ¿Necesita ir a la enfermería?

Así se enteraría del estado de Stayce. —¡Sí! ¡Sí! Eso es lo mejor. Que me vea un médico.

—Acompañeme.

Le siguió por los pasillos del portaaviones hasta llegar a la puerta de la enfermería. En cuanto entró miró a su alrededor, pero no vio a su amiga. Solo había un marinero de las cocinas con un corte muy feo en la mano.

Una enfermera se acercó al marinero y al verles se sorprendió. —¿Otra vez aquí?

—Me duele la cabeza.

El marinero dijo —Esperaré fuera.

—Gracias. —Se acercó a la camilla y se sentó agotada. Cerró los ojos pasándose la mano por la frente repetidas veces.

—¿Le duele mucho? —preguntó la enfermera acercándose a ella—. El otro día recibió un buen golpe. Le palpó la cabeza e hizo una mueca—. Menudo chichón.

—¿Puede darme una aspirina?

—Antes tiene que verla el doctor. —Cerró la cortina. —Desnúdese y póngase esa bata. El doctor viene enseguida.

Se bajó de la camilla para desatarse las botas y se mareó, intentó incorporarse agarrándose a la camilla, pero la volcó desmayándose.

—No la han alimentado en dos días y tiene la tensión muy baja.

—¿Y la cabeza? —preguntó Roy mirando a Azahara.

—Las pruebas dicen que está bien, pero la dejaría en tierra una semana. Es un milagro que no se desmayara como su compañera. Aunque ella fue por razones distintas, por supuesto.

—¿Deberíamos trasladarla para hacerle más pruebas? Es mi mejor piloto.

—Pues si es su mejor piloto, debería haberla cuidado mejor, coronel.

Roy apretó los labios asintiendo antes de volverse hacia la cama. Se acercó a ella y al ver la palidez de su cara, se llevó la mano a la nuca preocupado. Ese cabrón de Stuart no había informado de su arresto y no la habían alimentado. Pero ella no le dijo nada cuando fue a buscarla a la celda porque ni le había dado la oportunidad. Encima el accidente de su amiga que les había alterado a todos, pero para ella tuvo que ser desquiciante. Y él le había echado la culpa de todo lo que había ocurrido cuando había sido culpa de Stayce. De hecho si ella no hubiera ido a ver lo que le había ocurrido a su amiga, no hubieran descubierto el accidente hasta darse cuenta que no había regresado al portaaviones y hubieran buscado su baliza porque ninguno de los dos habían dicho a la base que estaban en problemas. Hubieran perdido un tiempo muy valioso para la seguridad de sus hombres en el mar.

Stayce entró en la enfermería y se detuvo en seco al verle. —¿Coronel? Venía a ver cómo estaba. Me han dicho que estaba aquí.

—Sí, claro. Pasa.

Se acercó tímidamente. —¿Cómo está? ¿Qué ha dicho el médico?

—Se pondrá bien. Ahora está sedada para que descanse y le han puesto suero.

Stayce suspiró aliviada. —Menos mal. —Le cogió la mano a su amiga y la miró con cariño. —Volvió a por mí. Supo que algo iba mal y fue a por mí.

—Sí. Aunque eso no debería haber pasado nunca, porque si hubierais rodeado la tormenta, todo hubiera sido muy distinto y no tendría un avión menos.

Stayce le miró y sonrió. —¿Acaso los pilotos no estamos algo locos?

Roy sonrió sin poder evitarlo. —Seguro que a los contribuyentes no les parecerá tan gracioso.

—Y yo estoy segura de que les da igual mientras todo el mundo esté bien. Mi marido es contribuyente también, ¿sabe?

—¿Y qué dice tu marido de tu trabajo? Y embarazada.

—¿Qué le diría usted a su mujer?

—Que no se subiría a un avión de combate. Eso seguro.

—Fíjese, lo mismo que mi marido. Por eso esto que acaba de pasar será un secretillo de estado, ¿verdad?

Roy no pudo evitar reír asintiendo y Stayce miró a su amiga. —Ella es distinta a mí, ¿sabe? —Le miró de reojo. El coronel no abrió la boca. —Y tiene un sueño. ¿Tiene usted sueños, coronel?

—Cada vez menos. —Se cruzó de brazos mostrando sus fuertes músculos. —¿A qué viene eso?

—¿Puedo hablar con libertad? —Él asintió. —¿Sin riesgo a un arresto domiciliario?

—Suéltalo ya.

Stayce se cruzó de brazos al igual que él y le retó con la mirada. —Si quiere una aventura, búsquese a otra y no me la distraiga. Y si busca otra cosa, no corte sus alas. Tiene que apoyarla.

—Soy su coronel. Solo eso.

—Venga ya. Por eso le metió la lengua hasta el esófago. —Roy se tensó. —Y no piense que me lo ha contado ella, porque lo vi con estos ojitos. —Sonrió maliciosa. —Y como no se aleje de mi chica y la deje en paz... puede que me chive. Quedaría fatal que un coronel abusara de su poder para tirarse a una de sus pilotos, por muy buena que sea. También sería desastroso que alguien se enterara de que por tocar los huevos a una candidata al programa espacial, le hiciera la vida imposible a la hija de un héroe americano. ¿Qué me dice, jefe? ¿Cómo se le ha quedado el cuerpo?

Roy muy serio y totalmente tenso dijo —No he abusado de mi poder.

—Tengo testigos de un arresto en el que no se ha alimentado a la arrestada. Arresto por cierto, provocado por algo que no llegó a ocurrir. Algunos lo considerarían tortura. Y según tengo entendido, porque Stuart no deja de hablar de ello partiéndose de la risa, usted pegó un empujón a la piloto en cuestión. Un empujón que la tiró al suelo.

—No pretendía eso.

—No le conozco de nada, así que no sé si me dice la verdad. Lo que sí sé, es que desde que llegó a la base no hace más que tomarla con mi amiga y ya me empieza a tocar los ovarios. El colmo ha sido que la culpaba de mi accidente, cuando ella no tuvo ninguna culpa. Y no informó de mi embarazo porque yo se lo pedí y le prometí que si me encontraba mal, lo dejaría de inmediato. No fue responsabilidad suya, sino mía.

—Regresarás a casa de inmediato. En ese estado no me sirves de nada.

—Sí, claro. —La miró con asombro. —Al parecer sigue sin entenderlo. Me quedo aquí hasta llegar a Cádiz y espero un cambio de actitud. Como hay un avión menos, me quedaré en el barco mientras se hacen las prácticas. Me da igual, pero así controlaré que las cosas no se salgan de madre de nuevo. Vuelva a pasarse con ella y le corto los huevos. —Sonrió dulcemente. —Coronel.

Roy miró a Azahara y apretó los labios. Entonces Stayce se echó a reír. —Está colado por ella.

—Eso no es cierto.

—Ya me extrañaba a mí tanto grito por nada. Le fastidia que quiera irse a Cabo cañaveral y le fastidia perderla de vista, ¿verdad?

—No digas tonterías. Intento hacer de ella una piloto aún mejor.

—Sí, claro. —Rodeó la cama mirándole fijamente. —¡No quiere que se arriesgue y esta profesión es de riesgo! ¡Le dice que no puede hacer las cosas así o así, cuando sin usted ha llegado hasta aquí! Y llegará hasta donde ella quiera. ¡Por querer protegerla para que se reprimiera en el aire, ha conseguido que esté en esa cama por su propia dejadez! ¡Tenía que haberse asegurado de que la estaban alimentando! ¡Era su responsabilidad! ¡Aclárese, coronel! ¿Qué quiere de ella? ¡Porque ya tiene a la mejor y la han formado los mejores! ¡No necesita que venga usted a decirle como hacer su trabajo, porque lo sabe de sobra!

—Siempre puede mejorar.

—Ilumíneme. ¿En qué puede mejorar?

—Nadie le cubriría la espalda en ataque. —Le miró asombrada y él molesto se pasó una mano por el cabello. —¿Qué?

—Está aterrado a que le pase algo. Es eso.

—Solo dices estupideces. —Se volvió para largarse de allí.

—Estupideces, ¿eh? ¡Pues tiene la misma mirada que tiene mi marido cada vez que le digo que me voy!

Roy se volvió en la puerta y la miró a los ojos señalándola con el dedo. —¡No sabes una mierda! A partir de ahora cierra la boca y métete en tus asuntos. ¡Jamás tendría nada con alguien como ella que solo piensa en sí misma y en lo que ella desea! ¡Quiere ser astronauta, pues estupendo! ¡Podría ser un piloto de primera, pero prefiere el mono azul y la insignia de la NASA en el brazo para ir a visitar colegios! ¡Muy bien! No voy a negar que me jode que un buen piloto que puede salvar vidas, se dedique a hacer el imbécil en una cápsula para ver el espacio en misiones sin sentido. ¡Pero mientras esté a mis órdenes, es mi piloto y hará lo que yo le diga! No tengo que darte explicaciones de como dirijo mi unidad y no pienso dártelas. Tengo que hacer lo mejor para todos y cumplir con las misiones que tengo encomendadas y es lo que voy a hacer. ¡De momento, por vuestra culpa he perdido un avión y tengo una piloto tirada en la cama una semana! ¡Por vuestra culpa, por no informar sobre tu estado y por atravesar una maldita tormenta! Así que me importa una mierda que quieras gritarle al mundo que la he besado, que me la he tirado o que he atropellado a su perro. ¡Me la suda! —le gritó a la cara—. ¡Mientras yo dirija, se hará lo que yo diga! ¡Y yo digo que cuando se vuelva a subir a un avión, hará específicamente lo que le he dicho! Y cada vez que se desvíe un milímetro de mis instrucciones, le pegaré los gritos que me dé la gana y la encerraré en la celda hasta que aprenda la lección, ¿entendido? —La volvió a señalar con el dedo. —Tú te largas en el próximo avión del correo. Así que esta conversación se ha terminado. Para siempre.

Salió de allí dejándola con la boca abierta. —Qué hombre... —Se volvió a mirar a su amiga que abrió un ojo y Stayce se echó a reír. —¿Lo has oído?

—Ha debido oírlo hasta el almirante en su cabina de control y eso que está siete pisos más

arriba.

—¿Cuánto has oído?

—Desde que ese médico que no me exploró la primera vez, le ha dicho que tengo que quedarme en la cama una semana. Seguramente me ha despertado el susto.

Stayce se echó a reír. —Es porque no te conocen. —La miró maliciosa. —¿Y nuestra conversación qué te ha parecido?

—Que eres una entrometida —siseó sonrojada.

—Ya, claro.

—Lo que ha quedado claro es que me tiene entre ceja y ceja.

—Sí, eso también.

—No quiere que me llamen del programa y sin su colaboración, será imposible que me cojan. —Miró al techo decepcionada.

—Lo siento, cielo. Sé que has trabajado muchísimo. —La miró como si fuera boba. —Ah, que no te vas a rendir.

—¡Por supuesto que no! ¿Estás loca? —Sonrió radiante. —Ya sé lo que tengo que hacer gracias a ti.

—¿No me digas?

—Seré la piloto más lameculos que existe.

—Buena táctica.

—Y al final de las maniobras, no podrá negarse.

—Así que si dice tira por aquí, tú allá vas.

—Por supuesto.

—¿Y si dice métete en mi cama?

Azahara parpadeó. —Bueno... si es una orden...

Stayce se echó a reír a carcajadas. —Este tío está perdido.

—Por supuesto. Llevo años detrás de esto y lo estoy rozando con las puntas de los dedos. Ni de broma voy a dejar que ese entrometido me arruine mis planes. —Hizo una mueca. —¿Estás bien? Te veo bien, pero quiero que me lo digas tú.

Stayce le cogió la mano. —Todo está perfecto.

—Vale, pues súbete a ese avión de suministros, que tu marido se va a volver loco de la alegría cuando te vea.

—No quería irme así.

—Es lo mejor. Y lo sabes. Debes seguir tu vida. Yo estoy bien y seguiremos siendo amigas.

Stayce la miró emocionada y la abrazó. —Eres la mejor amiga que se puede tener.

—Esa eres tú. —La besó en la mejilla. —Ahora lárgate.

—¿Me llamarás?

—¿Te vale un e-mail? —Stayce se echó a reír asintiendo. —Hecho.

—Espero que ganes para que disfrutes de esa semana con tu madre. —La besó de nuevo.
—Te esperaré en casa.

—Cuida de mi sobrino.

Stayce levantó el pulgar antes de salir y Azahara se mordió el labio inferior. Desde que había salido de la academia habían sido inseparables, pero como acababa de decirle era hora de que cada una siguiera su camino. Y el suyo se dirigía hacia Cabo Cañaveral por mucho que ese coronel se empeñara de lo contrario.

Dos horas después vestida con el uniforme beige impecablemente planchado entraba en el comedor. El coronel que estaba a punto de meterse la cuchara en la boca la miró atónito ir hacia su mesa, donde Fred se levantó para abrazarla. Unos cuantos se echaron a reír y se sentó a la mesa. —Te traigo la cena —dijo Fred feliz.

—Como cambian las tornas —dijo Mary Anne sentada a su lado—. Al parecer mi golpe te ha afectado más de lo creíamos.

—Pegas como una chica.

Varios rieron y ella sonrió cogiéndole de la bandeja el bollo. Su enemiga puso los ojos en blanco y ella se metió el pedazo de pan en la boca. —¿Una tregua?

La miró sorprendida. —¿Hablas en serio?

—Solo hasta el permiso. Necesito unas vacaciones.

—¿Y el Raptor?

—Teniente...

Se levantó en el acto llevando la mano a la frente. —¡Señor!

—¿Qué hace aquí? —preguntó suavemente, pero fue evidente para todos que se estaba conteniendo.

Azahara sonrió de oreja a oreja. —¡Me han dado el alta, señor!

—¡Eso es imposible, teniente! —Al darse cuenta de que había levantado la voz y que todos sus compañeros la miraban carraspeó intentando relajarse. —Debía estar una semana en la cama.

—Sí, pero en cuanto me desperté, le expliqué al doctor que mi labor es muy importante para salvar vidas y que mi instrucción es muy necesaria. —Amplió la sonrisa. —¡Y lo entendió! ¿A que es maravilloso? Me ha dicho que si me alimento en condiciones, soy toda suya. ¿No se alegra, coronel? Así no tendrá que prescindir de otro avión. —Roy entrecerró los ojos. —Y podremos seguir con esas instrucciones que tiene de arriba y que seguro que son prioritarias. ¡Aquí me tiene para lo que necesite, señor!

Era obvio que se quedó mosqueado con su explicación y todos esperaron su réplica. Fred le puso delante una bandeja con el doble de ración y él miró la bandeja antes de decir con voz grave —Pues aliméntese, teniente. Lo va a necesitar.

A Azahara se le cortó el aliento y cada vello de su piel se erizó. ¿Era con segundas? Madre mía, esperaba que sí. Saludó mientras todos los demás se levantaban para hacerlo, cuando no lo

habían hecho en el momento que él había llegado como era su obligación. Él les miró hastiado. —¡Descansen!

Emocionada se sentó de nuevo y Mary Anne la miró con desconfianza. —¿Qué te han dado en la enfermería? Sonríes mucho. Pareces una loca.

—¿Sonríes mucho?

Los que tenía alrededor asintieron. —¡Oh, es que estoy a tope! —Empezó a comer con ganas y con la boca llena de guisantes preguntó —¿Cómo vamos ahora?

—Mañana nos informarán de cómo nos vamos a repartir de ahora en adelante —dijo Harrison fastidiado—. Menuda faena lo de Stayce.

—¿Oh, pobrecito? ¿Te sientes perdedor, Harrison? Tranquilo, que me paso a tu grupo.

—¿De verdad?

—¡No! —gritaron todos los del equipo azul.

—¿Y por individuales?

—Se han anulado las puntuaciones —la informó Fred—. ¡Volvemos al juego!

Ella alargó la mano por encima de la mesa y Fred se la chocó. Miró sin querer hasta la mesa de los jefes y su coronel la miraba fijamente sin cenar. Vaya, ahora le había quitado el apetito.

Cuando terminó de cenar, decidió volver a la carga y fue hasta el despacho del coronel con paso ligero. Llamó a la puerta con tres golpes y no escuchó respuesta. Vaya, no estaba. Entrecerró los ojos. ¿Dónde dormiría? Él había ido a su camarote y aquello era muy urgente. Mucho. Era una molestia justificada. Eso si encontraba el camarote, claro.

Afortunadamente pasó un marinero con una bandeja, lo que indicaba que servía a los oficiales. —Perdona, ¿dónde está el camarote del coronel Parker? Me han ordenado que le busque con urgencia, pero no está en su despacho.

—Está en la sala de oficiales —dijo malicioso.

Ella se tensó. —¿Está en la sala de oficiales, teniente!

Eso le hizo perder la sonrisa y se cuadró. —¿Está en la sala de oficiales, teniente!

—¿Y eso dónde está?

—¡Segunda cubierta, teniente! Suba por las escaleras y a la derecha. ¡Verá el cartel al final del pasillo, teniente!

—Gracias, soldado. —Se volvió muy tiesa y dijo por lo bajo —Mierda. Bueno, allá vamos. No puedes hacer lo que quieras, te lo ha dicho él. No puedes dar un paso sin su consentimiento. Está justificado que le molestes mientras se toma una copa con los jefazos. Seguro que están hablando de chorradas. Sí, necesitas hablar con él de inmediato.

Llegó al pasillo hablando para el cuello de la camisa y sonrió al soldado que estaba ante la puerta. —Necesito hablar cuanto antes con el coronel Parker. De parte de la teniente Seligman.

—Sí, teniente.

Entró en la sala y ella se pasó la mano por el vientre enderezándose, sonriendo en cuanto le vio salir y como siempre estaba cabreado. —¿Ocurre algo, teniente?

Ella le saludó haciendo que él gruñera y cuando sonrió radiante frunció el ceño. Ese hombre tenía un carácter... —Verá, señor... Me preguntaba...

—¿Y no puede preguntárselo mañana?

—Podría, pero es que tengo que dormir y quiero saber dónde tengo que hacerlo, señor.

El marinero ponía la oreja descaradamente y eso molestó muchísimo a Roy. —¡Pues en su camarote! ¿Dónde va a dormir sino?

—¿Entonces sigo arrestada... o...? —Levantó sus cejas negras.

—¿O qué? —le ladró a la cara.

—¿Sigo arrestada en mi camarote?

—¡Sí!

—Pero puedo ir al comedor, ¿verdad?

—¿Acaso no lo has hecho ya?

—Solo quería estar segura de que estoy haciendo las cosas correctamente. Para no meter la pata. —Sonrió de oreja a oreja.

—Perfecto, teniente.

—Buenas noches, coronel.

—Buenas noches.

Se iba a volver, pero ella carraspeó. Resignado se dio la vuelta y ella sonrió radiante antes de llevar la mano a la frente. Él la saludó de mala manera antes de entrar de nuevo en donde seguramente esperaban sus amigos.

Encantada fue hasta su camarote y cuando cerró la puerta suspiró. Al ver la litera de arriba vacía, apretó los labios. No pasaba nada. Podría hacerlo sola.

Capítulo 6

Durante los siguientes días casi no le vio. Le daba la sensación de que estaba poniendo distancia. Las órdenes las daba Stuart y ella era lo más eficiente que podía en los juegos. De hecho estaba la primera y Fred estaba pletórico cuando terminaron el entrenamiento del día.

A veces observaba a su compañero en la cena y no entendía muy bien su comportamiento. En ocasiones estaba exultante y a veces estaba callado y en silencio. Esa misma noche su comportamiento fue taciturno y empezó a sospechar que estaba tomando algo que afectaba a su comportamiento.

Preocupada y sin saber muy bien qué hacer, fue a la enfermería. La enfermera estaba enderezándole la nariz a un marinero y le quedó claro que había perdido la pelea. La enfermera la miró de reojo. —Teniente, se está haciendo cliente vip.

—Tengo una duda. —Miró a su alrededor. —¿Puedo hablar con el doctor?

—En este momento no está. ¿Puedo ayudarla yo?

Miró de reojo al marinero y la enfermera dijo —Entiendo. Enseguida estoy con usted.

Le puso un apósito en la nariz y algo para el dolor antes de despachar al marinero. La mujer colocó unas cosas mientras se iba y en cuanto las puertas se cerraron, se volvió a mirarla con los brazos en jarras. —¿Problemas femeninos?

—No. Estoy bien. —La enfermera levantó las cejas y ella la miró incómoda. —Podría mirarlo en internet, pero con tantos bulos y esas cosas, quería asegurarme.

—¿Y...? ¿De qué se trata?

—Si alguien tomara algo para los nervios, ustedes lo sabrían, ¿verdad?

La enfermera se tensó. —Los pilotos tienen que comunicar cualquier medicación que tomen y siempre debe ser bajo prescripción médica. Y según tengo entendido porque yo misma leí los informes, nadie de su unidad toma ningún tipo de medicación en este momento y por supuesto el doctor no la ha recetado porque yo lo sabía. ¿Contesta esto a su pregunta?

Azahara se mordió el labio inferior. —Más o menos.

—Le aconsejo que si tiene conocimiento de que alguien está abusando de sustancias, deberá comunicarlo de inmediato a su mando.

—¡Joder! ¿Por qué me pasan estas cosas a mí?

La enfermera se encogió de hombros. —¿Eso es que sí? Nombre. Un análisis y asunto resuelto.

—Primero hablaré con mi coronel porque no estoy segura. —Se volvió hacia la puerta. —

¡Mierda, mierda! ¡Joder, con lo bien que iba todo! —Empujó las puertas con rabia y una de ellas golpeó a alguien en la cara, pero ella no se detuvo porque no se dio ni cuenta.

Subió hasta el despacho del coronel y miró la hora. Esperaba que aún no hubiera ido al comedor para la cena. Tomó aire y llamó a la puerta. —Adelante.

Entró en el despacho y se puso ante la mesa del coronel después de cerrar la puerta. Mirando hacia la ventana con la espalda recta le saludó.

—Descanse teniente. ¿Qué ocurre?

Bajó la vista lentamente para verle mirar unos papeles. —Mmm... —No podía hacerle eso a Fred. Hundiría su carrera. Antes debería darle una oportunidad a su compañero, ¿no? Hablar con él y apoyarle. Roy le había dicho que tenía que apoyar a su compañero y estar con él. La necesitaba. Sí, mejor hablaba con él.

—¿Azahara? —El coronel se levantó al ver su cara de preocupación. —¿Qué ocurre?

Ella forzó una sonrisa. —¡Oh, nada!

Él rodeó la mesa colocándose ante Azahara y se sentó en el escritorio. Ella pudo oler su after shave y pensó que olía de miedo. Céntrate Azahara, tienes que salir de esta porque pensaré que eres idiota. Más aún.

Forzó una sonrisa y dio un paso atrás evitando su mirada. —Me he dado cuenta de que lo mejor es que... —Sus ojos cayeron en una carpeta que llevaba su nombre. Señaló la carpeta. —¿Ese es mi expediente?

—Tengo que hacer una evaluación.

Ella levantó una ceja. —¿No me diga? ¿Y eso?

—Órdenes de arriba. —Se cruzó de brazos. —No voy a decirte que voy a poner de ti.

—¿Por qué?

—Entiendo. Te has enterado de la evaluación y no puedes soportar la intriga. Pues te vas a quedar con la duda.

Ella forzó una sonrisa. —Muy bien.

Se volvió y él la cogió por la muñeca deteniéndola. Se miraron a los ojos durante varios segundos en los que Roy no la soltó. Al contrario acarició con su pulgar el interior de su muñeca estremeciéndola. Sin poder evitarlo pasó la lengua por el labio inferior sin dejar de mirar esos ojos grises que en ese momento la miraban como si la deseaba. Él al ver su gesto se tensó con fuerza apretando su muñeca. —¿Señor?

Roy la liberó a toda prisa, volviéndose para rodear el escritorio. —Puede irse.

—Pero...

—¡Puede irse! —gritó sobresaltándola—. ¡Y olvídense de la evaluación! ¡No le interesa lo que voy a poner de usted!

¿La evaluación? Le miró incrédula, pero él se puso a trabajar ignorándola. Azahara salió de allí sin entender nada. La deseaba, sabía que la deseaba, pero era obvio que no quería nada con ella. ¡Pero si se iba a ir! No tenían por qué reprimirse cuando ella se iría en unos meses y nadie se enteraría de que se habían liado. No perjudicaría sus carreras.

Ante la puerta miró su nombre y entrecerró los ojos. Ni de coña se iba a subir a un cohete

sin catarlo. Entró de nuevo cerrando la puerta de golpe y Roy la miró sorprendido. —¿Se puede saber qué hace?

—He pensado una cosa —dijo nerviosa porque no parecía muy receptivo en ese momento.

—¿No me diga?

—¡Sí! He pensado que... —Miró sus labios sin poder evitarlo y él se tensó. —¿Qué le parece si...?

Él se levantó lentamente. —¿Si qué?

Azahara volvió a mirar sus ojos y se decidió. —Que si quiere, señor... No tendría inconveniente en que nos... relacionemos.

La miró con desconfianza. —¿Nos relacionemos?

—Vamos, que si quiere sexo, por mí perfecto.

La miró atónito. ¿Qué pasa? ¿No se lo esperaba? Pues con las miradas que le echaba, no era para hacerse el sorprendido.

—Si quiere sexo, estoy seguro de que hay muchos hombres que estarían encantados en... —carraspeó incómodo.

—Ah... —Eso sí que la dejó planchada. —Que usted no...

—No.

—¿Es gay? —preguntó sin pensar.

—¡No! ¡Pero lo que sí soy es tu superior!

—¿Y?

—¿Qué transgrediría las reglas!

—Ah, las reglas. —Se mordió el labio inferior y miró el suelo. —Claro y las reglas son importantes.

—¡Estamos en el ejército! ¡Las reglas son esenciales!

—Ya. —Chasqueó la lengua antes de volver a mirarle ansiosa. —¿Y si nos las saltamos qué puede ocurrir?

—¿Aparte de que nos sancionen?

—Eso no va a ocurrir.

—¿No?

—No, porque yo no voy a decir nada. —Se acercó un paso. —¿Y usted? ¿Se chivaría?

Al ver que daba otro paso hacia él, Roy volvió a carraspear. —No. Soy un caballero y...

—Tiene pinta de ser todo un caballero. Algo estirado, pero de los de la vieja escuela. —Sonrió dando otro paso hacia él y tiró la gorra sobre la mesa. —Señor...

—¿Si? —Su voz estaba ronca y sintiéndose valiente llevó las manos a los botones de su camisa. Él siguió el movimiento de sus dedos.

—¿Puedo llamarle Roy?

—No, no puedes.

Parpadeó asombrada dejando caer las manos. —¿Tengo que hacer el amor con usted llamándole coronel?

Exasperado se acercó y le abrochó el botón del cuello de la camisa antes de coger su gorra, ponérsela en la cabeza y sacarla del despacho tan rápidamente que a ella no le dio tiempo a reaccionar. —Pero...

El portazo ante ella le dio la pista que necesitaba para darse cuenta de que no quería sexo con ella. Sí, lo había dejado bien claro. Al ser consciente de lo que había hecho, se puso como un tomate. Se colocó bien la gorra y al volverse vio allí a Fred con algo en la nariz. —¿Qué te ha pasado?

—¿Qué me ha pasado? ¡Qué me has estrellado la puerta de la enfermería en la cara! —le gritó con una mala leche que no podía con ella.

—¿Yo?

Furioso fue hasta la puerta y golpeó tres veces. —¡Estoy fuera de servicio!

—¡No!

—En este momento te mataría.

La puerta se abrió de golpe. —¿Qué? —gritó el coronel sobresaltando a Fred—. ¿Qué coño te ha pasado?

—Me he golpeado con una puerta. —La miró de reojo. —Mas bien la puerta se golpeó conmigo.

Rob se dio cuenta que aún estaba allí. —¿A qué espera, teniente?

Le miró como si fuera idiota. —Es mi compañero.

—Pues es obvio que se van a quedar en tierra, ¿no cree?

¡No, no, no! Dio un paso hacia él y la miró como si fuera el diablo antes de cerrar la puerta de nuevo. Fred se apartó por un pelo.

Se quedaron en silencio mirando esa puerta y Fred gruñó antes de girarse hacia ella. — Parece que no está de buen humor.

—¡No puede dejarme en tierra! —Alargó la mano para llamar de nuevo, pero Fred le sujetó el brazo tirando de ella hacia el pasillo. —¡Fred!

—¿Quieres que te arreste otra vez? Vamos a cenar.

Se detuvo de repente. —Le pediré el Raptor.

—Sí, y te lo va a dar por tu cara bonita. Es su avión.

Le miró asombrada. —¿Es su avión? ¿Pero él sigue volando?

—Claro que sí. Sale con sus hombres y dirige las misiones. Si hubieras tenido menos arrestos, te habrías enterado.

—¡No me lo recuerdes, que parte de ese tiempo lo pringué por tu culpa! —Fred hizo una mueca y gimió de dolor llevándose la mano a la nariz. —Pobrecito, ¿te duele?

—¡Sí, joder!

—¿Te han dado calmantes?

—Sí, ya me he tomado uno.

Miró a su alrededor para comprobar si había alguien. —¿Y qué más tomas?

Fred la miró confundido y ella levantó una de sus cejas. Lo pilló en el acto. —¿Hablas de drogas?

—¿Las tomas o no? Últimamente estás muy raro.

—¿Lo dices tú? ¿Que sonríes como una loca y hasta te llevas bien con Mary Anne? —Dio un paso hacia ella. —¿Qué tomas tú?

—¡Nada!

—¡Yo tampoco!

—¡Vale!

Fueron hasta la puerta del comedor como si fueran a la batalla, pero él se detuvo antes de llegar. —¿No te habrás chivado?

Le miró inocente. —¿Yo? ¿Cómo se te ocurre?

Su compañero se sonrojó. —Lo siento, es que como estabas...

—Fui a preguntarle algo de...

—¡Te lo has tirado!

—¡No!

Su amigo levantó las manos en son de paz. —Oye, a mí tu vida sexual... —Se encogió de hombros. —Me da igual.

—¡Pues si te da igual, no preguntes!

—Así que es cierto, zorrón. ¡Te lo has tirado!

Se miraron a los ojos asombrados y Fred carraspeó disimulando. —¿Cenamos?

Le cogió por el brazo furiosa y tiró de él hasta las escaleras. Varios les miraron de la que subían, pero ella les ignoró llevándolo a la fuerza hasta su camarote. Le metió dentro y cerró de un portazo. Su amigo estaba como un tomate.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gritó furiosa.

—¿El qué?

—¡Qué eres gay!

—¿Estás loca?

—No, me da que la loca eres tú.

—¡Azahara!

—¡Me has hablado como un amigo! ¡Un amigo gay!

—Te digo que no.

—Oye, a mí me da igual. Es tu vida y te puede gustar lo que quieras. —Se echó a reír irónica. —¡Si hasta me tiraste los tejos!

Fred se sonrojó. —No sé de qué me hablas.

—Por Dios, Fred. Estamos en el siglo veintiuno.

—¡Esto es el ejército!

—Serás gilipollas. Deberías confiar en tus amigos.

—¿Y tú eres mi amiga?

—¡Sí!

—¡Pues no tengo nada que decir!

—Da igual que me lo digas o no. Ya lo sé.

Él gruñó yendo hacia la puerta. —Me voy a cenar. ¡Vaya noche que me estás dando! Primero que si me rompes la nariz, después que si tomo drogas y ahora me acusas de ser gay.

Sí, esa noche al parecer no estaba muy acertada. Sobre todo con Roy. Pensando en el coronel y viendo la espalda de su amigo ante ella, entrecerró los ojos. ¿Por qué se había comido ella el marrón cuando era su compañero quien estaba deprimido y metiendo la pata? ¿Porque el coronel pensaba que no le había apoyado con la muerte de su madre? No, el coronel estaba cabreado.

—¡Serás cabrón! —Fred se volvió sorprendido. —Él lo sabe ¿verdad? ¡Te pilló y le dijiste que yo te hacía la vida imposible! ¡Por eso se cabreó conmigo y me recriminó que no te apoyara! Porque creía que yo sabía que eras... —Fred le tapó la boca tirándose sobre ella. Cayeron al suelo.

—Shusss, ¿estás loca? ¡Se va a enterar todo el mundo!

Se miraron a los ojos y los de Azahara decían que le mataría. Fred gimió. —Entiéndelo, no podía decir nada. Yo fui el primer sorprendido cuando me llamó a su despacho y me preguntó si aparte de la muerte de mi madre los problemas venían por mi condición sexual. ¿Qué querías que dijera? Tuve que reconocerlo y cuando él me preguntó si tenía problemas con mis compañeros, dije que sí para salvar el culo. Pero no hablé de ti en ningún momento. ¡Él dedujo que eras tú porque eres mi compañera y te vio acercarte a mí en la barra! ¡Yo no se lo confirmé!

—Mmma.

—No, que si quito la mano, eres capaz de dejarme sordo con tus gritos. O de matarme con el cuchillo de la carne en el comedor.

Azahara entrecerró los ojos y alguien carraspeó. Abrió los ojos como platos mirando a Fred que hizo lo mismo antes de que ellos levantaran la vista para ver al coronel con los brazos cruzados mirándoles como si estuviera a punto de expulsarles del ejército o del planeta. —¡En pie! —gritó furioso.

Se levantaron a toda prisa y ambos se miraron a los ojos sonrojándose. El coronel les miró fijamente primero a uno y después al otro. —Al parecer siempre hay un garbanzo negro en el grupo. Pero en éste tengo dos.

Les rodeó lentamente y poniéndoles muy nerviosos, se puso ante ella mirándola a los ojos. —Solo me dais problemas.

¿Y por qué se lo decía solo a ella? —Señor, yo...

—¿Te he dicho yo que hables? No, ¿verdad? ¡Hablas demasiado! Mantén la boca cerrada por una vez.

—Sí, señor. —La miró como si fuera estúpida y se sonrojó aún más. —Lo siento... señor.

—¡Este comportamiento es intolerable en el ejército! ¡Qué alguien de vuestro rango, se revuelque por el suelo, es inaudito! ¡Si queréis sexo, hacerlo en el camarote como todo el mundo sin que se entere nadie!

Ella jadeó asombrada. ¡Pensaba que era un pendón!

—Señor, yo no... —Negó con la cabeza y miró a su compañero. —¡Di algo! —Como no abrió la boca, le pegó una colleja. —¡Serás idiota! —Se volvió hacia Roy que seguía muy tenso. —Coronel... —Señaló a Fred. —Jamás me acostaría con él.

—¡Lo mismo digo! —Miró a Roy y sonrió. —No me acostaría con ella. Era una discusión para arreglar ciertos temillas. Pero todo resuelto. —La cogió por los hombros apretándola a él. —Ya sabe coronel, que yo tengo otros gustos. —Le guiñó un ojo de manera cómplice a su coronel y ella dejó caer la mandíbula asombrada.

Fred sonrió de oreja a oreja y Roy dejó caer los brazos lentamente mirándola. —Azahara no...

—Uy, perdón. —Se puso muy nerviosa y se apartó de Fred. —No sabía que... Mejor me voy a cenar. —Se volvió chocándose con la pared. —Uy... vaya.

Entró en el comedor a toda pastilla y cogió la bandeja de la comida. De lo nerviosa que estaba, dejó caer los cubiertos al suelo y se agachó a recogerlos. ¡Cómo podía haber sido tan estúpida! ¿Cómo iba a acostarse con ella si estaba con Fred? La impresión era tal, que estaba al borde del infarto. Se sentó mirando fijamente la cena y cuando Fred lo hizo ante ella le dijo —Azi, no creas que...

—¿Quién se ha muerto? Hostia Fred, ¿qué te ha pasado en la cara? —preguntó Harrison desde el otro lado de la mesa.

Mientras Fred intentaba explicar lo que había pasado sin mencionar que había sido ella, Azahara revolvía su comida. Sin poder evitarlo levantó la vista hasta la mesa del coronel y vio que la observaba fijamente. Bajó la vista de inmediato. ¡Estúpida, estúpida! ¡Había hecho el más espantoso de los ridículos ante su superior! ¡No le extrañaba nada que la hubiera echado del despacho!

Fred carraspeó y se acercó a ella sobre la mesa. —Azi, sobre lo de antes...

—Me voy a la cama. Estoy cansada.

Se levantó saliendo del comedor a toda prisa y cuando llegó a su habitación se sentó en su cama. Cómo echaba de menos a Stayce. Se hubiera quedado de piedra con la noticia, eso seguro. Pero esas miradas de deseo... ¡Dios, estaba loca! ¡Todo había sido producto de su imaginación!

La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y se levantó golpeándose la cabeza con la cama de arriba. —¡Mierda! —siseó llevándose la mano a la coronilla. Al recordar que el coronel estaba en la habitación, apartó la mano y se enderezó poniéndose recta como un palo—. Señor...

—¿Estás bien? —preguntó muy serio.

—¡Totalmente, señor! —Sin mirarle se quedó en la misma posición.

Él apretó los labios llevando las manos a la espalda. —Tengo la sensación de que has entendido mal lo que ocurrió hace unos minutos.

—No debe preocuparse por mí, señor. ¡No diría nada! Lo que hagan los demás con sus

vidas no es problema mío, señor.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué no soy gay!

Parpadeó mirándolo sorprendida. —Pues cuando Fred... —Volvió a mirar al frente. —Da igual, señor. —Le llevaría la corriente para no hacer más el ridículo. —Si quiere no ser gay, por mí perfecto.

Exasperado puso las manos en jarras. —Al parecer te vale todo cuando hace menos de una hora querías que me metiera en tus bragas.

—¡Eso fue hace una hora, señor!

Se puso ante ella y acercó su cara a la suya hasta quedar a unos centímetros. —Eres la mujer más exasperante que me echado a la cara.

Dios, qué bien olía. Era una lástima tremenda que fuera de la acera de enfrente. —Siento molestarle, señor.

Se miraron a los ojos y Azahara sintió que cada célula de su cuerpo se encendía. Separó los labios sin darse cuenta y él siguió el movimiento. —Espero que te haya quedado claro.

Sin entender nada sintió su aliento sobre sus labios y cerró los ojos mientras su estómago se volvía del revés de placer. —Dios...

—¡Teniente!

Ella abrió los ojos como platos. —¿Si?

—¡Joder! —Frustrado se pasó la mano por el cabello revolviéndolo y antes de darse cuenta la cogió por la cintura pegándola a la pared. Sentir su cuerpo pegado al suyo fue la mejor sensación del mundo. Era tan enorme y ella tan pequeña entre sus brazos, que se sintió protegida. Cuando apretó su pelvis contra su sexo, ella gimió de placer apoyándose en sus hombros. —Esto es solo sexo —susurró antes de besar su labio inferior suavemente—. Repítelo Azahara.

—Es solo sexo. —Acarició su labio con la lengua y él gruñó moviendo las caderas de nuevo.

—Fuera de aquí soy tu superior. —Una de las manos de su cintura bajó hasta su trasero haciéndola gemir de necesidad. —Repítelo.

—Eres mi superior.

—Jamás habrá más que esto. Y nunca seremos más que amantes. ¿Te queda claro?

—¡Sí! —Se aferró a su nuca para atrapar sus labios. Él entró en su boca y se sintió tan embriagada que quería más. Enlazaron sus lenguas y todo lo demás le dio igual. Nada era más importante que lo que le estaba dando. Deseando no perderle, clavó las uñas en su cuello y él se apartó de golpe con la respiración agitada. —Nena, ¿te gusta duro? Porque es lo que te voy a dar.

Sin aliento la llevó hasta los pies de la litera y la giró pegándose a su espalda. —Procura no gritar —susurró en su oído cogiendo sus muñecas y colocándolas en la barra de arriba—. Separa las piernas. —Ella lo hizo todo lo que la falda le dejaba y él se agachó acariciando sus muslos por el borde de la falda. Se la levantó lentamente haciéndola gemir de placer. Cuando llegó a sus glúteos, se los amasó por encima de las braguitas rosas de seda que llevaba. —Eres muy mala, nena. Estas no son las bragas reglamentarias.

Azahara apretó las manos en la barra y gritó de placer cuando se las arrancó. Roy besó el

lóbulo de su oreja. —Haré la vista gorda sobre esto. Abre más las piernas.

Hizo lo que le mandaba y cuando él pasó sus dedos por su sexo, gimió arqueando su cuello hacia atrás. —¡Dios!

—Pues si eso te ha gustado, esto te va a encantar. —Entró en ella de un solo empujón y abrazándola por la cintura la pegó a él. —Estás muy caliente y estrecha. —Besó el lóbulo de su oreja. —Perfecta. —Salió de ella lentamente antes de empujar de nuevo con fuerza. Azahara gritó sin poder evitarlo y él tapó su boca. —Shuss. —Entró de nuevo una y otra vez sin descanso. Azahara pensó que se moriría de placer y gritó bajo su mano mientras su vientre se tensaba con fuerza. Sentía su sexo endurecido y apretó su interior sin poder evitarlo, necesitando sentir esa sensación una y otra vez hasta que el susurró —Apriétame la polla, nena. Quiero sentirte. —Esas palabras la hicieron perder el control y cuando empujó de nuevo en ella con una fuerza abrasadora, Azahara gritó de placer estallando de tal manera que se estremeció entre sus brazos.

Él besó su cuello, pero Azahara ni se dio cuenta. Roy la abrazó a él y cuando su respiración se normalizó, la cogió en brazos tumbándola en la cama. —No ha estado mal, nena. —Besó suavemente su labio inferior y Azahara abrió los ojos con una sonrisa boba en la cara. Él levantó una ceja. —Te ha gustado, ¿eh?

—Coronel, al parecer hace más de una cosa bien.

—¿No me digas? ¿Y cuál es la otra?

—Gritar. Lo hace como nadie.

Roy se echó a reír y se enderezó subiéndose los pantalones. —Lo recordaré.

—¿Sabe que también he transgredido las reglas en otro sitio? —Se abrió el botón de la camisa mostrando la copa de su sujetador rosa.

—Es usted muy mala, teniente. Pero ahora debo irme. —Fue hasta la puerta y se volvió. —Mira a ver si viene alguien.

Le miró maliciosa. —¿Y si no lo hago, me castigará?

—Recuerdas lo que hablamos antes de este... ¿encuentro?

Suspiró levantándose de la litera y se bajó la falda. —Está bien.

Caminó hasta la puerta y escuchó, pero no se oía nada. Abrió una rendija y como no había movimiento, sacó la cabeza. —Despejado.

—Gracias, teniente.

Salió de allí rápidamente y ella parpadeó sorprendida. ¡Ni le había dado un beso de despedida! Increíble.

Cerró la puerta de golpe y gruñó yendo hacia la litera. Bueno, al menos no era gay y se había llevado un orgasmo de la leche. No había sido tan mal día.

Capítulo 7

—¡Teniente Seligman! ¡Es una vergüenza para el cuerpo!

Eso era lo más bonito que le decía desde que se habían acostado. Tres días después Azahara se subía por las paredes del portaaviones porque deseaba repetir, pero parecía que él no estaba nada interesado. De hecho, le echaba la bronca cada vez que podía. Afortunadamente para Azahara uno de los pilotos tuvo gastroenteritis, así que ella ocupó su puesto y pudo pilotar. Durante esos tres días fue la mejor de su grupo, pero siempre tenía algo que recriminarle. La última era que había forzado demasiado el aparato. A él sí que le iba a forzar en cuanto tuviera una oportunidad.

Estaba en el desayuno el cuarto día y Fred se sentó ante ella con la bandeja. —Malas noticias, James se incorpora hoy.

—Joder.

En ese momento James se sentó al final de la mesa con una bandeja llena de comida. —Al parecer tiene apetito.

Fred se echó a reír. —Bienvenida al aburrimiento.

—Gracias compi.

En la reunión esperó impaciente a que llegara el coronel. Roy muy serio se acercó a la mesa y se sentó en la esquina de siempre, dejando los papeles que tenía en la mano a su lado sobre la superficie de madera. —Bien, como al parecer hoy tengo un piloto sin compañero, realizaremos un ejercicio nuevo. —La miró a los ojos y sonrió malicioso. —Vamos a cazar al ratón.

Confundida entrecerró los ojos. —¿Perdón?

Sus compañeros se echaron a reír y Roy hizo un gesto con las manos para que se callaran. —La teniente Seligman pilotará el Raptor. —Jadeó de la sorpresa llevándose una mano al pecho. —Cuídemelo, teniente. Como no llegue en el mismo estado, le juro que no volverá a coger un avión en su vida.

Sonrió radiante. —Lo devolveré impecable, señor.

Mary Anne gruñó tras ella y miró a su compañero como si fuera el culpable.

—Eso espero —dijo el coronel—, porque va a tener que darle caña. El ejercicio de hoy es muy simple. Ella es el enemigo. Y como se jacta de ser la mejor va a tener que demostrar que lo es porque todos los F-15 irán a por ella. ¿El objetivo? El objetivo es que abatan al Raptor. En una hora el que lo haga más veces será el que más puntúe.

—¿Y yo? ¿Cómo puntuaré?

Levantó una ceja divertido. —Si quiere puntuar, debe evitar que la pillen. Buena suerte, teniente. Yo decidiré su puntuación después de ver el tanteo. Si la derriban muchas veces, no cuente con una buena puntuación. A los aviones.

Fred se levantó. —Ánimo. Van a machacarte. Es la primera vez que lo coges y no tienes experiencia.

Azahara entrecerró los ojos sabiendo que tenía razón. —Será capullo.

—Te veré en una hora, patito de feria.

—Ja, ja. Al menos se lo pondré difícil.

Mientras todos salían ella se acercó a Roy que miraba los papeles que había llevado. —¿Coronel Parker?

Él levantó la vista y vio que estaban solos. —Tu premio será pasarte por mi despacho a la hora de la cena, nena. ¿Crees que podrás hacerlo?

Azahara sonrió divertida. —¿Ese será mi premio o el suyo, coronel?

—Será un premio para los dos. Cuídame el Raptor. Lo necesito para la misión.

—No se preocupe, coronel. Cuidaré a su bebé.

Roy carraspeó poniéndose de pie y se puso ante ella. —Por cierto... ¿tomas algo?

—Un poco tarde para preguntarlo, ¿no cree? Está en mi historial médico.

—Nena...

—Todo perfecto, coronel. No hay problema ni lo habrá.

Suspiró del alivio y miró hacia la puerta. —Venga, empecemos. El juego no puede empezar sin ti.

—Regresaré a por mi premio. Espero que dure más que la última vez.

Roy se echó a reír. —¿Se está quejando, teniente?

—Sí.

Su risa la acompañó hasta la salida y se sintió renovada. Ahora sabía lo que intentaba hacer, que todos los demás pensaran que no la tragaba. Bueno, podía soportarlo. Se detuvo en seco al ver el Raptor ante ella. Le encantaba ese avión. Lo había usado en el simulador, pero era el primer vuelo real que llevaría a cabo y era emocionante. Jim se acercó a ella con el casco en la mano. —Felicidades, niña.

—¡Es mío! Al menos por una hora.

—Disfruta ahí arriba. —Levantó la vista. —Va a llover con fuerza.

—Tranquilo. —Se puso el casco y vio a Roy en la escalera a la torre de control. Levantó el pulgar y él asintió muy serio.

—El jefe está preocupado.

Empezó a subir la escalerilla. —Trataré bien a su pequeño.

—Igual es otra cosa la que le importa. —Sorprendida le miró desde lo alto de la escalera y Jim le guiñó un ojo. —Vuelve entera.

—Lo haré. —Se sentó en su asiento y se abrochó el cinturón mientras bajaba la escotilla.

Miró a Jim por el cristal y levantó el pulgar. Él cogió las cuñas que se ponían por seguridad y se alejó. Tomó aire mirando hacia la escalerilla y vio a Roy. No se había movido del sitio. Bueno, no era malo que se preocupara por ella. Eso era que le importaba, aunque solo fuera un poco. Sonrió pulsando los botones y dio al botón rojo iniciando un ascenso vertical. —¡Yujuuu! ¡Esto es la leche! ¡Quiero uno de estos para Navidad!

Al llegar arriba, giró sobre sí misma varias veces. Era una sensación increíble. Aquel juguete lo hacía todo. El radar le indicaba que no había nadie todavía en su radio de acción, así que supuso que Roy quería que se hiciera con los mandos antes de enviarle a la caballería. Disfrutó de diez minutos de soledad con aquella maravilla y se echó a reír cuando el primero de sus compañeros se acercó por detrás. Ella se alejó y se puso de costado cuando dispararon. Logró evitarlo y dio la vuelta haciendo un enorme círculo consiguiendo ponerse tras el último de los suyos. Se echó a reír al tenerlo a tiro y no desaprovechó la oportunidad. —Águila cuatro, descalificado —dijo Roy furioso—. ¿Qué coño estáis haciendo ahí arriba? ¡Sois ocho contra una!

—Jefe, no se lo tome en cuenta. —Se echó a reír y vio en la pantalla que alguien que no llegaba a ver iba de frente contra ella. No le fue difícil esquivarlo. Era Harrison. ¡A por él! Mientras intentaba derribarlo, Mary Anne se puso en su cola y giró hacia atrás sobre sí misma hasta colocarse tras ella y disparar con el proyectil que tenía preparado para Harrison. En cuanto la derribó, quitó del medio a Harrison que seguía allí creyéndose protegido por el avión de Mary Anne.

Los demás la atacaron en bloque. Ante su acoso solo podía intentar técnicas de evasión y escape. Su única ventaja era más velocidad y facilidad de maniobra, pero ellos eran cinco. Demasiados para cualquiera. Al menos retrasó lo inevitable durante casi diez minutos, poniendo a Roy de los nervios que pegaba gritos al micro diciendo que eran unos inútiles. —¿Así protegeréis a vuestro país si es atacado? ¡Podía haber volado medio estado de Nueva York en este tiempo!

Uy, uy, no sabía si estaría para fiestas cuando bajara. A ver si podía cabrearle más. Y lo hizo. Como ya sabía el alcance de su pájaro, lo forzó de tal manera que les fue realmente difícil derribarla. En su empeño por hacerlo, Mary Anne cometió un error y casi la derriba de verdad cuando sus alas por poco se chocan. —Joder, Mary Anne. ¡Tienes que derribarme con proyectiles, no a golpes! —dijo furiosa.

—¡El ejercicio ha terminado!

—No, señor. Todo va bien.

—¡Regresar a la base! ¡Ahora!

—¡Joder! —Miró a Mary Anne a través del cristal y ésta hizo una mueca molesta. Al parecer el juego le estaba gustando. Claro, como tenía que derribarla a ella y no había tenido la oportunidad hasta ese momento... Sería bruja.

Cuando aterrizó Jim estaba allí sonriendo de oreja a oreja. Se echó a reír cuando pisó el suelo y ella le abrazó. —¡Ha sido genial!

—Lo sé, niña. Se te nota que has disfrutado. ¿Lo has hecho bien?

—Los he machacado. Diez como yo con esta maravilla y nos hacemos con el mundo.

Jim se echó a reír. —Pues menos mal que solo te tenemos a ti.

—Me pueden clonar.

El viejo se echó a reír a carcajadas cogiendo su casco y Azahara le guiñó el ojo antes de ir hacia el hangar de nuevo, que era a donde se dirigían los demás seguramente para recibir la bronca. Ella sonriendo se sentó en su sitio. —¿Quién es la mejor?

Fred se echó a reír al ver sus miradas. —Si te descuidas, te matan.

—Eso es lo que les revienta, que no pueden conmigo.

—¡Silencio! —gritó el coronel tras ellos. Ella se volvió sonriendo—. ¿De qué se ríe, teniente? —le gritó a la cara.

Perdió la sonrisa poco a poco al ver la frialdad en sus ojos. —De nada, coronel.

—¡Es que no es para reírse! ¡Este escuadrón da pena! ¡Cómo les voy a enviar a una misión con fuego real, cuando no son capaces de derribar entre todos a uno solo!

—¡Si yo estuviera en ese F-15 sí que le habría derribado! —le gritó a la cara.

Todos se quedaron en silencio frente a lo que era un claro desafío. —Muy bien, teniente. Demuéstrelo. —Le miró asombrada porque hubiera aceptado. —A ver si puede derribarme antes que yo a usted.

Todos sonrieron encantados. Mary Anne se levantó de golpe. —Yo te acompañaré en el F-15.

—¡Mierda! ¡Porque siempre tengo que perderme lo mejor! —protestó Fred haciendo reír a todos.

—Muy bien, coronel. Pero si gano yo, quiero que todos tengamos el permiso en Cádiz.

—No va a ganar, teniente.

Ella miró a Mary Anne. —¿Lista?

—Por supuesto —dijo mirándola como si quisiera sangre.

Sonrió divertida. Puede que intentara traicionarla, pero tenía que confiar en su instinto y a Mary Anne le encantaba ganar. Y no había tenido muchas oportunidades de brillar con ella al lado.

El coronel salió ante los demás, que le siguieron animándole. Menudos compañeros. Ella y Mary Anne se miraron asombradas. —Hombres —dijo su amienemiga.

Se echó a reír y ella hizo lo mismo. —No tienen mucha confianza en nosotras, ¿verdad?

Mary Anne empezó a caminar a su lado. —Tiene más experiencia con ese aparato que tú y nuestro avión es más lento.

—Sí, pero solo tenemos que tener buena puntería.

—Muy graciosa.

Cuando Jim les vio acercarse bizqueó sorprendido. —¿Volvéis al aire?

Ella hizo una mueca porque estaba lloviendo y con fuerza. —¡Claro! ¿Pensabas que habíamos terminado? El coronel quiere derribarme.

Eso sí que no se lo esperaba y se echó a reír hasta que le saltaron las lágrimas. —¿Estás loca, niña? Te va a comer viva.

—Hombre de poca fe.

—Esta humillación no le vendrá bien a tu ego. Por algo es coronel del aire tan joven, niña.

—Ya, ya. Es una leyenda y todo eso. —Se puso el casco de nuevo y Jim la cogió del brazo deteniéndola mientras Mary Anne se subía a su Águila uno.

—Un consejo.

—Dime.

—Tiende a ir hacia la derecha cuando hace un giro. —Los ojos de Azahara brillaron. — Anticípate. Es tu única oportunidad de salir de ésta con el orgullo intacto.

—Gracias Jim.

—¡Volver enteros!

Ella vio cómo se elevaba el Raptor y cuando vio al piloto hablando por el micro se le cortó el aliento. Era la primera vez que le veía volar y se dijo que esa imagen no se le olvidaría nunca. —¿Quieres espabilar de una vez? —gritó Mary Anne desgañitada—. ¡Despierta!

—Vale... Te veo algo nerviosa.

—¡Quiero sangre! ¡Estoy hasta las narices de sus gritos!

Se echó a reír sentándose ante ella. —Bien, pues vamos allá.

Bajó la escalerilla agotada mentalmente. Había sido como tener una mosca zumbándole al oído una y otra vez. No se había librado de él y el consejo de Jim era una mierda. Se quitó el casco mientras que Jim se reía. —¿Un mal día?

—Muy gracioso. Sí, sí. He aprendido la lección y todo eso. Siempre hay alguien mejor que tú.

—Me alegra que la hayas aprendido. —La voz de Roy tras ella la sorprendió y se dio la vuelta de golpe.

—Buen ejercicio, señor.

—¿Buen ejercicio? Si fuera un ejercicio usted habría suspendido, teniente. —Mary Anne se puso a su lado y esa vez le miraba con admiración. ¡Eh! ¡Qué era suyo! —Mañana continuaremos con el aprendizaje. Al parecer aún les queda mucho por aprender. Pueden retirarse. —Se volvió con el casco bajo el brazo y ella sin querer le miró el trasero. Se volvió de golpe y ella se sonrojó porque la hubiera pillado. —Por cierto, teniente Seligman... Ya no hace falta que vaya a la reunión que teníamos antes de la cena. Ya he tomado una decisión.

Mierda. Y estaba claro que su decisión indicaba que no quería sexo salvaje en su despacho. Mary Anne la miró. —¿Y para qué os ibais a reunir?

—Oh... para el tema de la carta de recomendación.

—Tía, a ver si te aceptan de una vez y te pierdo de vista. —Empezó a caminar hacia los vestuarios.

—¡Eso no ha sido muy amable!

La risa de Mary Anne la hizo sonreír y Jim se puso a su lado. —¿Es tan bueno como dicen?

Los ojos de Azahara brillaron. —Nunca he visto nada igual. Es rápido en sus decisiones y letal.

—Ese es Parker. Te puede enseñar muchas cosas, niña. Pégate a él como una lapa.

—Eso intento, pero no me deja.

Jim se echó a reír a carcajadas mientras se alejaba. De la que se dirigía hacia el vestuario vio a Fred hablando con Harrison. Parecía que estaban discutiendo. Al verla forzó una sonrisa. —No ha podido ser —dijo su compañero—. Ya me veía tomando el sol en Cádiz.

—No pierdas la esperanza. —Miró de reojo a Harrison, que se alejaba a toda pastilla hacia los vestuarios. —¿Qué ocurre?

—Nada. Estábamos discutiendo unas tácticas.

—¿No me digas? —Le miró a los ojos y vio que estaba disgustado. —A mí no me la pegas más. Dime la verdad.

Fred suspiró pasándose la mano por su cabello. —No pasa nada, ¿vale? Déjalo estar.

Se volvió para largarse, pero ella le cogió por el brazo. —Si se mete contigo, me lo dirías, ¿verdad?

—Nadie sabe nada —dijo muy serio—. Excepto vosotros dos, nadie sabe nada. Así que si alguien se entera, será por vosotros porque yo no pienso decir una palabra de este asunto.

—No diría nada.

Él asintió alejándose, pero Azahara no se quedó tranquila. Harrison parecía furioso. —Deja de meterte en su vida. Vaya mala costumbre que te ha entrado —se recriminó entrando en su vestuario.

Mientras se duchaba, se autoconvenció de que Roy no había querido decir que no se pasara por su despacho. Se pasaría para preguntarle si podía enseñarle tácticas de vuelo porque quería aprender. Eso le gustaría. Si de paso le enseñaba otras tácticas, pues mucho mejor. El no ya lo tenía.

Con su uniforme impecable llamó a la puerta y al no recibir respuesta se mordió el labio inferior. Igual no se pasaba por allí porque como no habían quedado... Con curiosidad puso la mano en el pomo. Era un buen momento para ver su evaluación y no la iba a desaprovechar. Lo giró suavemente mirando sobre su hombro para que no la pillaran y entró a toda prisa. Cuando se volvió, se quedó helada al ver como Mary Anne besaba a Roy abrazándole por el cuello. Él empujó a su compañera y Mary Anne se volvió —¿No sabes llamar? —preguntó con voz sensual.

—Perdón. —Sintiendo su corazón a mil por hora, miró a Roy a los ojos que se enderezó. —Siento la interrupción.

—Tranquilo cariño, no dirá nada —dijo Mary Anne acariciándole el pecho.

Él la cogió de la muñeca con fuerza y siseó —¡Fuera de mi despacho!

Mary Anne se sonrojó y apartó la mano. —Sí, por supuesto. Tienes cosas que hacer.

Su compañera salió del despacho a toda prisa, pero Azahara se le quedó mirando

sintiéndose traicionada. —¿Estás liado con ella?

—¡Ese no es problema tuyo! ¿No te quedó claro que lo nuestro era solo sexo?

—Sí, señor. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sin darse cuenta. —Me quedó muy claro. Pero pensaba que habíamos conectado.

Roy apretó las mandíbulas como si se estuviera conteniendo de pegarle cuatro gritos. — ¿Tú crees? —preguntó con burla rompiéndole el corazón—. No tengo que darte explicaciones. Largo de mi despacho.

Asintió yendo hacia la puerta. —Por cierto, Azahara... Ni se te ocurra volver a entrar en mi despacho sin mi permiso.

—Sí, señor —susurró mecánicamente antes de salir de allí reprimiendo las lágrimas.

Cuando cerró la puerta tras ella, caminó sin rumbo por los pasillos sin darse cuenta ni a donde iba. No se podía hacer más el ridículo, eso estaba claro. Al mirar al frente vio el mar ante ella y se sentó en uno de los bolardos contemplándolo, intentando olvidar lo que había ocurrido. Él era su superior y aquello estaba destinado al fracaso desde el principio. Por Dios, si ni siquiera apreciaba su trabajo y tampoco la conocía. Ni ella a él. Y lo que había conocido no es que le gustara demasiado, porque siempre estaba criticándola. Cerró los ojos mientras una lágrima rodaba por su mejilla. No podía haberse enamorado de él. Aquello era impensable. Ni siquiera tenían una relación de amistad. Tenía que haber esperado que él se acostara con otras, ¿pero con Mary Anne? Era su rival en el grupo. Se pasó una mano limpiándose la mejilla rabiosa por sentirse así por ese capullo.

—Niña, ¿estás bien? —Jim se sentó a su lado mirando el mar. —Yo hago esto mucho, ¿sabes? Mirar el mar. Espero que cuando me jubile, me dé para comprar una casita frente al mar.

Ella sonrió. —Seguro que sí. Y será preciosa.

—Dorothy lo está deseando. —Suspiró pasándose la mano por el muslo. —Y ya va siendo hora.

—Todavía eres joven.

Negó con la cabeza y la miró a los ojos. —Hay que dejar que las nuevas generaciones se abran paso.

—No digas eso. Te echaría mucho de menos.

Él sonrió emocionado. —Ya veremos. —Le cogió la mano. —¿Qué ocurre?

Miró al frente. —Nada. Que me hago ilusiones a lo tonto y después me llevo decepciones. Como lo de entrar en el programa espacial. No lo conseguiré nunca.

—Eso no es cierto. No hay quien te pare.

—Sí, sí hay quien me pare —dijo con rencor por la actitud de Roy—. Él evitará que me seleccionen.

—El coronel quiere lo mejor para el escuadrón y entiendo que no quiera que te vayas. Pero los mejores van al programa espacial y tú tienes más oportunidades que cualquier otro. Te seleccionarán. Estoy seguro. —La miró divertido. —Pero tú no estás así por eso, ¿verdad?

Gruñó apretando su mano. —Ese idiota...

—Deduzco que seguimos hablando del coronel. ¿Se te resiste?

Se sonrojó. Nunca había hablado de hombres con Jim. En realidad solo hablaba de hombres con Stayce. Y ella no es que hablara mucho, porque desde que se conocían solo había salido con un hombre excusándose en su trabajo y en sus sueños. No es que hubiera tenido muchas relaciones, la verdad. Solo ese y otro en el instituto. Eso sí, ese le duró dos años enteros. Miró de reojo. —Ya te he dicho que sí. Y ahora todavía más.

—¿Qué has hecho, niña?

—¿Yo? ¡Le acabo de pillar besándose con Mary Anne! Será... ¡No, la culpa es de él! Ese gusano se besa con ella y... —Se puso como un tomate. —Bueno, da igual.

—No da igual. Te ha hecho daño.

—Me advirtió que solo era sexo.

Jim frunció el ceño. —El coronel no me parece una persona que se acueste con sus subordinadas. Nunca he oído ningún rumor al respecto sobre sus relaciones. De hecho, tuvo una novia mucho tiempo. La hija de un capitán. Rose creo que se llamaba.

—Pues ahora habrá cambiado. —Le miró con curiosidad. —¿Por qué no se casaron?

—Ella se los puso cuando estaba en Afganistán. —Abrió los ojos como platos. —Con un gilipollas de infantería que la dejó preñada. Cuando él regresó ya se habían casado. Pero él no le dio importancia. Creo que aquella relación ya estaba muerta cuando se embarcó. Desde entonces nada y eso ya fue hace cuatro años.

—Pues parece que ahora ya no se reprime —dijo molesta. Jim se echó a reír—. ¡No tiene gracia!

—Niña, ¿crees que un tipo como él con un expediente brillante y que tiene un aspecto como el suyo, necesita liarse con sus pilotos? ¿Que no puede irse de maniobras sin reprimir sus instintos? Tengo la sensación de que tu coronel ha mostrado un interés especial por ti desde el principio y Mary Anne se ha dado cuenta.

—¿Crees que ella lo ha hecho por fastidiarme?

—Eso es obvio, niña. Quiere sacarte de tus casillas como siempre.

—Le pregunté si estaba liado con ella y me dijo que no era mi problema. Si me hubiera dicho que no...

Jim apretó los labios. —Está claro que no quiere mostrarte ningún interés que pudiera tener por ti. Es lógico. Es coronel. Se juega mucho. Pero lo que no entiendo es que no quiera tenerte contenta. Si te chivaras, se le caería el pelo. —Sonrió divertido.

—¿Qué?

—Creo que sabe que no vas a decir nada. Confía en ti. —Le guiñó un ojo. —Que un hombre como él confíe en ti es muy bueno, niña.

Le dio un vuelco al corazón al escucharle. —¿Tú crees?

—Y sobre esa Mary Anne, no me preocuparía. Será el propio coronel quien te indique cuánto le importa.

—No te entiendo.

—Ya lo entenderás. Ahora vete a cenar que son órdenes del médico, niña. Y no te dejes provocar. Tengo la sensación de que esa solo quiere provocarte para que hagas lo que no has

hecho estos años y le partas su picuda nariz. Sé que el coronel no ha puesto en tus informes ese arresto tan poco ortodoxo, pero si te pelearas... Tienes que ser más lista que ellos. Céntrate en tus sueños y olvida lo demás de momento. El tiempo pondrá las cosas en su sitio.

Tomó aire levantándose. —¿Sabes? Tienes razón. Debo centrarme en mi carrera y olvidarme de lo demás. No sé en qué estaba pensando. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Sabes? Me siento mejor. Gracias por centrarme las ideas. Me estaba dejando llevar por sueños de niñata romántica. —Le besó en la frente. —Eres el mejor.

—Bueno, no quería decir que...

—¡No, si tienes razón! Voy a centrarme en lo realmente importante. Buenas noches, Jim.

—Buenas noches, niña.

La observó mientras se alejaba con paso ligero como si fuera a una misión y él se levantó mirándola preocupado. Al parecer el coronel no hacía más que meter la pata. Tendría que vigilarle de cerca.

Capítulo 8

Azahara entró en el comedor muy recta. Parecía que se había tragado un palo y en realidad es que se acababa de tragar un palo de la leche. Pero Jim tenía razón. Tenía que continuar con sus sueños. Mira que estar a punto de echarlo todo por la borda con lo que había trabajado. Sin mirar la mesa del coronel, se sentó frente a Fred que levantó una ceja al ver su bandeja a rebosar. —A ver si te va a sentar mal...

—Qué va. —Miró a su derecha y vio que Mary Anne no estaba. —¿Dónde está nuestra amienemiga favorita?

—No sé qué ha ocurrido, pero está arrestada.

Azahara se atragantó y Fred se levantó de inmediato para darle palmaditas en la espalda. Con los ojos llenos de lágrimas miró a su compañero levantando una mano para que la dejara. —¿La han arrestado?

Su compañero volvió a sentarse y se adelantó para hablar en susurros —Y arresto con policía militar y todo, no como el tuyo. —El corazón de Azahara se calentó en su pecho. —Algo de insubordinación. Me han dicho que lloraba como una descosida gritando que no lo haría más. ¿Qué crees que ha hecho?

—Ni idea. —Se sonrojó de gusto.

—Bueno, de todas maneras creo que harán la vista gorda porque somos pocos y no me parece que haya sido para tanto si nosotros no nos hemos enterado de lo que ocurre. Seguro que mañana la sueltan con una reprimenda o algo así.

—Sí, seguro que sí. —Se metió un montón de espaguetis en la boca que le supieron a gloria, pero se negó a mirar a Roy. Aunque Mary Anne se hubiera pasado, él podía haberle dicho lo que había ocurrido en lugar de decirle que no le interesaba. Iba a hacer caso a Jim en todo. Hacía días que no pedía cartas de recomendación. Entrecerró los ojos. ¿El comandante de la nave se la daría? Tenía que camelarle. A ver cómo le conocía porque ni se lo habían presentado. Se pasó la cena pensando en quién podía ayudarla y sin darse cuenta su mirada cayó sobre Roy que la observaba fríamente. No supo de dónde sacó las fuerzas, pero sonrió inclinando la cabeza, antes de chupar de la pajita del zumo que tenía en la mano.

—¿Puedo pedirte algo?

Miró a Fred a los ojos. —Dispara.

—¿Puedes hablar con el coronel para que me nombre su ayudante durante mi convalecencia?

—Ya tiene ayudante y después de lo que ocurrió con tu madre, con tu novia y todo lo demás, no sé si me haría mucho caso.

Fred se sonrojó. —Sí, tienes razón. Es una estupidez.

—¿Por qué quieres ser su ayudante?

—Me aburro muchísimo. No tengo nada que hacer.

Azahara apoyó los codos en la mesa. —Eres mi compañero. Tienes que cubrirme. —La miró sin comprender. —En nuestra misión en el océano Árabe te necesito a tope.

—Y lo estaré. No te preocupes por eso.

—No me preocupa, pero si estudiaras técnicas y cosas así para cuando terminaran las pruebas, podríamos destacar de los demás.

—Quieres que mientras tú estás ocupada, mejore nuestra técnica.

—Exacto. Estudiaremos cuando tenga tiempo libre y yo las pondré en práctica durante estas semanas.

—Tú ya has estudiado todo eso.

Le miró fijamente. —Te aseguro que sé una mierda comparada con el coronel. No le has visto ahí arriba, pero es lo más impresionante que he visto jamás. Quiero ser como él. Consígueme la información.

—¿Tan increíble es?

Ella levantó las cejas. —Nunca sabía por dónde me iba a salir.

Fred se echó a reír. —¿Cuántas veces te abatió?

—Cincuenta y seis. Cincuenta y seis veces mientras que yo ni sabía dónde estaba. Oh, sí —dijo mirándole a los ojos—. Todavía tengo mucho que aprender, así que ponte a trabajar en lugar de vagar todo el día.

—Entendido, teniente. —Rió por lo bajo. —¿Ha herido tu orgullo?

Parpadeó sorprendida. —No. En realidad no.

Fred la miró con admiración. —Yo estaría hecho polvo. Me lo tomaría como una humillación.

—Quería darme una lección y la he aprendido. Es mejor que yo y tengo mil cosas que aprender. Sobre todo porque aprecio mi pellejo y no quiero que me derriben en combate.

Fred asintió. —Entendido. Mañana me pongo a ello.

—Perfecto.

Vio que Roy se levantaba y en lugar de usar el pasillo central se acercó a su mesa. Se levantaron en el acto. —Descansen. Teniente, ¿ha terminado de cenar?

—¡Sí, mi coronel!

—La espero en mi despacho en diez minutos para hablar de su nueva posición en el escuadrón.

—¡Entendido, mi coronel!

—Buenas noches.

Se volvió saliendo del comedor y Fred hizo una mueca. —Te dará el Raptor.

—Ni de broma. Es su avión. Lo necesita para la misión.

—¿Entonces?

—Ni idea.

Y en realidad no tenía ni idea porque era obvio que no quería nada con ella, así que era una reunión de trabajo. Eso estaba claro. Y respecto a su nuevo puesto... a no ser que hiciera que le enviaran a un nuevo copiloto, no sabía de qué se trataba.

Llamó a la puerta diez minutos después. —Adelante.

En cuanto entró en el despacho, le saludó poniéndose delante del escritorio dejando la puerta abierta. —Coronel...

—Cierre la puerta, teniente —dijo sin levantar la vista de los papeles que tenía en la mano.

Gruñó interiormente cerrando la puerta y volvió a su sitio ante su mesa. —Siéntese.

—Estoy bien, gracias.

Él apretó los papeles que tenía en la mano antes de mirarla. —Muy bien. —Apoyó la espalda en su sillón sin quitarle ojo. —Al parecer usted no tiene copiloto y el compañero de Mary Anne no tiene piloto. A partir de mañana será su compañero.

Eso sí que la dejó de piedra. —¿Y Mary Anne?

—Será enviada de vuelta de inmediato y será trasladada de unidad.

—¡No puede hacer eso! —gritó indignada—. ¡Es una piloto de primera! Ya hemos perdido a Stayce y...

—¡Teniente! —Se levantó de su sillón furioso. —Aquí soy yo quien toma las decisiones.

—Creo que está alejándola todo lo posible para que no abra la boca. ¡Pues es un riesgo que tendrá que correr! ¡Es lo que ocurre por ir metiendo la polla en cualquier sitio, que pasan estas cosas!

—Se está pasando, teniente. Yo sé que es lo mejor para mi unidad y desde luego no lo es una piloto que solo causa problemas en el grupo. ¿Cree que no sé que puso el trozo de bolsa en su alerón? —Le miró asombrada. —¿Cree que no sé que siempre la está provocando?

—Es una rivalidad muy común entre pilotos.

—¡Pero no metiéndome a mí en medio! ¡Se le ha ido de las manos y merece una lección! —le gritó furioso pegando un puñetazo sobre la mesa—. Y tiene suerte que no puedo demostrar lo del alerón, porque eso es para hacerle un consejo de guerra.

Azahara carraspeó. —¿Eso significa que no se ha acostado con ella?

—¡No es problema tuyo!

—¡Sí que lo es!

—Mañana empezará con Claude. Asunto cerrado.

—¡Mi compañero es Fred!

—¡Otro al que le pegaría una buena paliza por gilipollas! ¡Estamos en el siglo veintiuno, joder! ¡No puede comportarse como un imbécil con su novia y cuando le pillan, deprimirse poniendo su carrera en peligro! ¡No merece el puesto que ocupa! Pero hice la vista gorda porque

era tu compañero y le necesitabas. Ahora sus servicios ya no son necesarios. Será enviado de vuelta con Mary Anne.

—¡No!

—Azahara... —le advirtió con la mirada—. Esta conversación se ha terminado.

Ella entrecerró los ojos. —No se ha terminado, coronel. —Dio un paso hacia la mesa. — Como mis compañeros mañana no sigan aquí, le aseguro que el secretario de defensa recibirá una carta muy interesante sobre cierto encuentro que tuvimos en mi camarote. Y tengo a Stayce para corroborar mi historia.

—¿Qué has dicho?

—Lo que ha oído.

—Es tu palabra contra la mía. ¿A quién crees que creerán?

—¿Probamos? Le recuerdo que puede que yo no tenga esos galones en los hombros, pero sí tengo un curriculum intachable.

—¿Vas a echar toda tu carrera por la borda por ellos? ¿Y tus aspiraciones al programa espacial?

—No tengo que darle explicaciones —siseó fríamente—. Mis compañeros se quedan. — Fue hasta la puerta y abrió, pero antes de salir se volvió a mirarle con una sonrisa en la cara. — Por cierto, coronel. Le agradecería que mi carta de recomendación para la NASA estuviera lista mañana por la mañana. Gracias de nuevo por apoyarme en mi carrera.

En cuanto salió sonrió encantada. ¡Le había ganado! Roy se debía haber quedado de piedra. ¡La había plantado cara y había ganado!

Pero el muy capullo se tomó la revancha, como siempre. Al día siguiente les ordenaron presentarse en el hangar a las seis de la mañana y les hizo correr por la pista de aterrizaje como si estuvieran de instrucción, alegando que necesitaban ponerse en forma. Después les llevó al gimnasio y les hizo hacer flexiones hasta que los músculos se tensaron tanto que casi no podían respirar. Pero lo peor venía ahora.

—¿Para qué coño queremos hacer boxeo? —susurró a Fred que sabía que de eso se había librado por su nariz.

—Para que te defiendas a puñetazos del enemigo después de estrellarte. —Soltó una risita. —Esto es ridículo.

—¡Silencio! —gritó Stuart—. Seligman al rin.

Parpadeó sorprendida porque hasta entonces solo habían sido tíos. ¡Ella no podía defenderse a puñetazos! ¡La iban a machacar!

—¡Mary Anne!

Su rival se levantó de un salto de la colchoneta con los guantes puestos. Ahora lo entendía. Subió los cuatro escalones mientras sus compañeros las jaleaban y Stuart comprobó sus guantes. —Señoritas, juego limpio. Pónganse los protectores en la boca.

Miró de reojo a Roy que sentado en un banco sonrió divertido y susurró por lo bajo —Será

imbécil.

—¿Quieres espabilar? —Mary Anne empezó a dar saltitos a su alrededor y ella tomó aire. La bruja le lanzó un puñetazo y se alejó a tiempo de no recibir, pero era obvio que ella estaba mucho más preparada que Azahara para ese deporte. Tenía que aprender y rápido. Se cubrió la cara con los guantes como ella y Mary Anne le arreó un gancho en el estómago. Guau. Cayó de rodillas sin aliento y a cuatro patas escuchó las risas de sus compañeros. Fred se levantó preocupado y le hizo un gesto para que se incorporara. Al volver la cabeza vio a Roy que ya no sonreía. Se puso de pie con esfuerzo y Stuart se apartó dejando de contar. Mary Anne se tiró sobre ella golpeándola donde podía y Azahara no era capaz de cubrirse. Stuart divertido se la quitó de encima. —Tranquila fiera. —La miró y la señaló con el dedo. —¡Espabila Seligman! ¡Defiéndete!

Asintió enderezándose y sintiendo que le dolía todo elevó los puños. El capitán se apartó y ella intentó golpear a Mary Anne, pero sorprendiéndola la cogió por el brazo y la golpeó en el costado con la pierna dos veces.

Gritó de dolor y cayó al suelo del ring apretándose el costado. Los compañeros empezaron a protestar y el coronel gritó que se detuviera el combate. Mary Anne se agachó a su lado y susurró fuera de sí. —¿Crees que no sé que lo de ayer fue por tu culpa, zorra? ¡Esto me lo vas a pagar! —Stuart la agarró del brazo, pero antes de alejarla la golpeó en la cara haciéndole ver las estrellas.

Fred se arrodilló a su lado y la ayudó a sentarse. —¿Estás bien?

—Mierda, creo que me ha roto las costillas —gimió apretándose el costado.

Las botas impecables de su coronel aparecieron ante ella y Azahara levantó la mirada. Él suspirando se acuclilló a su lado. —Al parecer esto no se te da muy bien.

—Señor, le duelen las costillas.

—¿Te duelen Azahara? —preguntó muy serio poniéndole los pelos de punta—. Recuérdalo la próxima vez que defiendas a alguien que no se lo merece. Llévenla a la enfermería.

Sentada sobre el ring se dio cuenta de que ese hombre no sentía ningún aprecio por ella. No le importaba en absoluto. Y lo sabía porque ella nunca dejaría que hicieran daño a las personas que quería. Estaba claro que no la quería ni la apreciaba. Ese descubrimiento la derrotó por completo.

Afortunadamente no tenía las costillas rotas y solo fueron los golpes. Tenía el costado morado y el pómulo hinchado, pero su aspecto dejó de importarla del todo. Durante los siguientes días hacía su trabajo de manera mecánica y no se preocupaba demasiado por ganar o perder aquellos ridículos juegos. Afortunadamente Roy la dejó en paz y eso fue un verdadero alivio. Cuando llegaba al portaaviones repasaba con Fred las tácticas de ataque y se pasaban las horas juntos.

—¿Estás bien? —preguntó su compañero preocupado mientras estaban trabajando en una mesa del comedor.

—Sí, claro —contestó distraída mirando en la Tablet una de las grabaciones de vuelos que

Fred le había buscado—. ¿Has visto esto?

Él puso la mano sobre la Tablet y Azahara le miró resignada. —¿Qué?

—Estas últimas semanas estás muy rara.

—Mira quien fue hablar sobre comportamientos extraños.

—Estaba pasando una mala racha. —Sonrió tímidamente. —Tú me has ayudado mucho y te doy las gracias.

Le miró sorprendida. —¿De veras?

—Sí, de veras.

Se sonrojó. —Oh, cállate.

Su amigo la observó mientras ella intentaba volver a mirar la Tablet, pero al ver que no apartaba la mano le miró exasperada. —¿Qué?

—¿Qué te ocurre? No te voy a dejar en paz hasta que me lo digas.

—Nada. De verdad. Echo de menos a Stayce.

—Es lógico. Sois uña y carne desde hace años. Pero no es por eso. Pareces... triste.

—No digas tonterías. ¿Por qué iba a estar triste?

—Por eso te lo pregunto.

Suspiró mirándole fijamente. —Estoy bien. De verdad. Igual necesito esas vacaciones.

—Pues no estás haciendo mucho por ellas. Más bien te mantienes en el aire.

—Vamos los primeros, ¿no? —Molesta se revolvió incómoda en su asiento.

—Todos saben que vamos los primeros por los días en que pilota Mary Anne. Desde que os turnáis un día cada una en el equipo azul para equilibrar el juego, has perdido el empuje. Parece que tu carrera ya no te importa. —La miró asombrado cuando hizo una mueca. —¿Quién coño eres tú?

—¡Lo único que quiero es que me llamen del programa espacial y largarme de aquí! —gritó dejándole de piedra. Al ver la decepción en los ojos de su amigo se sintió terriblemente mal—. Lo siento.

—Ésta no eres tú. Nunca eres cruel ni egoísta. —Azahara se echó a llorar y Fred se sentó a su lado abrazándola por los hombros. —¿Qué ocurre? Si puedo ayudarte...

—Nadie puede ayudarme. —Sorbió por la nariz y él suspiró.

—Ahora lo entiendo. Esto es un mal de amores. El coronel, supongo. —Azahara negó con la cabeza limpiándose las lágrimas. —Vamos, se veía a la legua que te atraía. Cuando pensabas que era gay, te quedaste lívida. —Azahara agachó la mirada como si estuviera avergonzada. —Eh... No pasa nada.

—Claro que pasa. Soy estúpida.

—Eres una mujer enamorada que pasa por un momento duro, eso es todo. ¿Y él...?

Negó con la cabeza. —No quiere nada conmigo.

—Pues sigue con tu vida y olvídale. Pero olvidarte de él no significa que nos tengas que olvidar a todos. —Sonrió con tristeza. —Al menos no me olvides a mí. Echaría de menos tus

broncas.

Soltó una risita sin poder evitarlo y se miraron. Él acarició su cabello moreno. —Venga, tenemos que conseguir dejarles con la boca abierta, para que nos den un par de medallas y consigas que te llamen de la NASA. Ya verás cuando consigas subirte en el trasbordador. Tendrás a todos los coroneles detrás de ti.

—Me buscaré un novio que no sea del ejército. Como Stayce. Son menos complicados.

—Pues mucho mejor. ¿Sabes que tengo un hermano? —Azahara se echó a reír sin poder evitarlo. —Estaría encantado de salir contigo, te lo aseguro. Es un poco feo y mide metro y medio, pero quién mira esas cosas.

—Serás malo.

—Así me gusta. Ahora me pegas un par de gritos y te quedas tan a gusto.

—¿Y por qué iba a gritarte?

—Me he liado con Harrison.

Le miró asombrada. —¿Estás loco? —gritó con fuerza haciéndole gemir—. ¡Qué mal gusto tienes!

—Igual que tú con cierto...

Se sonrojó con fuerza y se miraron a los ojos antes de echarse a reír. —Ven aquí, gruñona —dijo él abrazándola.

—Gracias —susurró contra su cuello—. Lo necesitaba.

—Hoy por ti, mañana por mí. Para eso están los amigos.

—Pues gracias, amigo.

—De nada. —Él miró la mesa que estaba repleta de papeles. —¿Sabes qué? Conozco cierto marinero que nos venderá una botella de whisky. ¿Te apetece un buen pedo?

—Por supuesto.

Se quedaron dormidos en su habitación y ni se enteraron de la hora. Cuando alguien la tocó en el hombro despertándola, gimió tapándose los ojos al ver a su Coronel mirándola como si quisiera matarla. —Levántate. ¡Llegas tarde!

Fred gimió pasándole un brazo por la cintura y abrazándola a él. —Sigue durmiendo —dijo metiendo la nariz en su cuello y sonriendo como un bobo.

—¡Al parecer ya no le duele la nariz! —gritó el coronel sobresaltándole. Fred se golpeó con la cama de arriba, pero Azahara le ignoró saltando de la cama. Se inclinó hacia la derecha llevándose la mano a la sien y Roy entrecerró los ojos mirándola de arriba abajo. Solo tenía la camisa puesta y se le veían las braguitas blancas. —¿Estás borracha? —El coronel no salía de su asombro.

—Verá, coronel... Estaba pasando por una...

—¡No me cuentes tu vida! —Gimió llevándose la mano a la sien de nuevo. —¡Estás de servicio! ¿Y si hubiera habido una emergencia?

—Tiene razón. Se nos fue de las manos. Es algo totalmente... —Abrió los ojos como platos y se inclinó vomitando sobre las impecables botas del coronel. Mierda.

Fred se agachó a toda prisa limpiándole las botas con la sábana. —¡Debería enviaros a un consejo de guerra! —gritó fuera de sí antes de apartar a Fred por el hombro haciéndole caer al suelo de culo. —Sois una vergüenza para...

—Madre, que mareo —dijo ella interrumpiéndole apoyando la mano sobre el pequeño escritorio.

Fred aún borracho se echó a reír sin poder evitarlo. Roy fue hasta la puerta. —¡Dormid la mona! ¡Ya hablaremos luego!

—¡Sí, señor! ¡A sus órdenes, señor! —dijo Fred con burla llevándose la mano a la frente aún sentado en el suelo.

Roy apretó los puños. —A ti ya te pillaré. Esto lo vas a pagar muy caro. —Salió cerrando de un portazo y Azahara se llevó las manos a la cabeza.

—Me muero.

—Eso se te pasa con otra copita.

Azahara tuvo una arcada y su amigo puso cara de asco. —Menos mal que aún no he llegado a esa fase.

Seis horas después ambos estaban ante Roy, que sentado a su mesa les observaba fríamente. Azahara con las manos a la espalda miró a su compañero que aún estaba algo pálido.

—Me habéis puesto en una situación realmente difícil —dijo el coronel llamando su atención—. Debería expedientaros ahora mismo por emborracharos en unas maniobras. Eso haría que os degradaran y sería una mancha en vuestro expediente de por vida.

—Señor... —Azahara estaba al borde del infarto. —Nunca hemos hecho algo así.

—¡No me interrumpa, teniente! ¡Cómo decía me habéis puesto en una situación muy difícil porque muy a mi pesar, os necesito para la misión! ¡Tengo la sensación de que vosotros creéis que podéis hacer lo que os dé la gana bajo mi mando y esto se ha terminado! —Levantó una hoja. —¿Ves esto? —le preguntó a Azahara—. ¿Sabes lo que es?

—¿Mi carta de recomendación?

—¡Exacto! —La rompió en dos. —¡A partir de ahora cuando no estéis en el gimnasio, de prácticas o estudiando, barreréis la pista de aterrizaje! ¡Me importa una mierda que esté barrida ya! ¡Iréis de un lado a otro con la puñetera escoba y barreréis! ¿Y sabéis por qué lo hago? ¡Para que todo el mundo vea que por muy tenientes que seáis, si os pasáis de la raya, pagareis las consecuencias! Me importa una mierda humillaros. Me importa una mierda que los demás se rían de vosotros. Hasta que lleguemos a Cádiz quiero ver esa escoba pegada a vuestras manos, ¿me habéis entendido?

—¡Sí, señor!

—Fred, retírese.

Su amigo la miró de reojo saludándole antes de salir de allí como alma que lleva el diablo.

Roy suspiró apoyando los codos sobre la mesa. —No pasaste a recoger la carta de recomendación en su momento. —Ella apretó los labios. No la había recogido antes por no verle a solas. —Es obvio que no querías pasarte por aquí y creo que lo que ha pasado hoy, demuestra que no te has tomado bien mi rechazo.

Ese tío era increíble. ¡Qué creído se lo tenía! —No crea, señor.

Él sonrió. —¿Qué tal las costillas?

—Perfectas. Cuando quiera que Mary Anne me dé otra paliza, avíseme.

Roy se levantó de golpe. —¡Espero que aprendieras la lección!

—¿Esa que se basaba en darme una paliza porque le gané con lo de que los chicos se quedaran? ¿Esa lección?

—¡Te demostré que defendías lo indefendible!

—¡Y eso lo dice el que me echó la bronca porque mis compañeros no se fiaban de mí!

—¿Acaso ellos saben lo que hiciste para salvarles el pellejo?

Gruñó interiormente. —No necesito decírselo a nadie.

—No, claro que no. —Se mantuvo unos segundos en silencio mirándola fijamente. —Nena, estás tirando tu carrera por la borda.

—Eso no es cierto.

—Si otro hubiera ido a tu camarote, te habrían abierto un consejo de guerra. Y nadie hubiera podido evitarlo. No tener esta carta de recomendación es el menor de tus problemas. Te aconsejo que te centres en tu trabajo. Olvídate de mí, Azahara. Olvídate de mí y olvídate de la puñetera NASA. Céntrate en tu trabajo y céntrate en la próxima misión. Estas dos últimas semanas has estado desconcentrada cuando estabas ahí arriba y frente al enemigo se necesitan los cinco sentidos en lo que se está haciendo.

Se le puso un nudo en el estómago al escuchar que tenía que olvidarse de él. —Sí, señor.

Se miraron a los ojos. —Sabía que era un error que nos acostáramos. Aunque te dije que solo era sexo, es obvio que tú estás interesada en tener una relación conmigo. Tu comportamiento el día que sorprendiste a Mary Anne besándome fue muy evidente. Eso no va a pasar. Jamás. Así que céntrate en lo realmente importante, porque no quiero tener que traerte de vuelta en una caja y tener que comunicar a tu madre que tu avión ha sido derribado.

Lo dijo tan fríamente que se le erizó el vello. —No se preocupe, señor. Esto se ha terminado.

Él se volvió y sin mirarla fue hasta la cafetera. Se sirvió una taza como si nada y bebió un sorbo. —Puede retirarse.

A Azahara se le rompió el corazón saliendo del despacho a toda prisa. Reprimió las lágrimas hasta entrar en su camarote y se apoyó en la puerta cerrando los ojos con fuerza. Se había acabado para siempre. Esa pequeña esperanza que siempre había estado en su pecho había muerto y el dolor era insoportable. El vacío que había sentido durante esas semanas se había multiplicado por mil. Ahora tenía que descubrir cómo vivir con ello.

Las burlas de sus compañeros por la puñetera escoba se las hacía pagar en el aire. Para no pensar en nada trabajaba a todas horas y al fin llegó el último día de maniobras. Mirando el horizonte veía la costa de Cádiz. Seguramente no podría salir de la base porque los grupos estaban casi empatados. Esas dos primeras semanas y todas las broncas que había recibido, seguro que le pasarían factura en el permiso. Por eso ni siquiera había llamado a su madre para comunicárselo.

Cerró los ojos sintiendo el aire en su cara y escuchó que alguien se ponía a su lado. Abrió los ojos para ver al coronel casi rozándola mirando el horizonte. —Estarás deseando ver a tu familia.

—No les he avisado.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros. —No quería que se hicieran ilusiones.

—Pues vete a avisarles, nena. Tienes una semana de permiso.

Él se volvió alejándose. Parecía tan solo... En ese momento supo que el amor no se puede reprimir. Se ama o no se ama y a ese hombre le amaría siempre. Puede que fuera grosero, borde y no la quisiera ni como amante, pero no podía evitarlo. Por mucho que intentara reprimirse, le amaría siempre.

Capítulo 9

La tripulación estaba a estribor del portaaviones en posición de descanso con las manos a la espalda mientras sus compañeros les daban la bienvenida en el puerto. Varios familiares llevaban hasta pancartas de bienvenida y ella sonrió desde su posición al lado de una de las pasarelas dispuesta a salir corriendo en cuanto atracaran. Fred estaba a su lado. —¿Estás segura de que quieres que me quede con vosotros? Es un momento familiar y...

—Si estás incómodo, no te sientas comprometido. Pero me gustaría que conocieras a mi familia. Ya verás, mi madre hace el mejor gazpacho del mundo.

—¿Qué es eso?

Se echó a reír y al mirar hacia el puerto de nuevo vio llegar a su madre corriendo seguida de sus abuelos. Se emocionó al verla y levantó el brazo saludándola. Estaba preciosa con su largo cabello recogido en una trenza de raíz.

—¿Esa es tu madre? —preguntó sorprendido su amigo—. ¡Sois iguales! Ya sé el aspecto que tendrás dentro de veinte años.

Asintió viendo que llevaba el vestido verde que le había enviado por su cumpleaños. Su madre la saludaba emocionada y su abuelo también. Su abuela lloraba. Se echó a reír al ver que seguía llevando el cabello ahora cano recogido en un moño en la nuca como desde que tenía uso de memoria. Su abuelo estaba igual. Alto y gallardo no demostraba los sesenta y siete años que tenía. Excepto por su cabello. —¡Mi abuelo ha perdido pelo!

—¿Te extraña? Con una nieta como tú...

—Ja, ja.

Se volvió cogiendo su petate y al levantar la vista se encontró a Roy observándola desde la torre de control. Se sonrojó agachando la mirada.

—¿Por qué no le invitas a él? —susurró su amigo—. Seguro que también le gusta el gazpacho.

Se mordió el labio inferior. Aquella era su tierra. ¿Era de mala anfitriona al no decirle nada? Al menos debía invitarle a comer un día. Dejó el petate en el suelo y le dijo —Vengo ahora. Cuídamelo.

Fred sonrió viéndola correr hacia la torre de control y subió los escalones de metal a toda prisa. Roy no había perdido detalle y cuando llegó hasta él, Azahara sonrió radiante. —¿Coronel?

—¿Si, teniente?

—Me preguntaba si quiere venir a comer el domingo. Mi familia siempre hace paella el

domingo después de misa y si le apetece venir, será bienvenido.

Roy no llegó a sonreír, pero casi. —Gracias, pero el domingo tengo trabajo. Una comida con los mandos.

—Ah, entiendo. —Intentó ocultar su decepción porque le hubiera encantado que conociera a su madre. —Bueno, de todas maneras si quiere comer una buena comida casera, pásese cuando quiera. Tiene la dirección en mi expediente, ya sabe. Para casos de emergencia. —Se volvió corriendo escalones abajo y se detuvo casi al final. —¡Por cierto, tráigase el bañador!

El coronel carraspeó mirando a su alrededor, pero ella ni se dio cuenta porque rápidamente fue hacia la pasarela cogiendo su petate. Al cruzar la pasarela corrió hasta su madre que abrió los brazos para recibirla. Cuando se abrazaron se echaron a llorar. Cómo la había echado de menos. Aspiró su olor cerrando los ojos y su madre susurró en español —Estás aquí.

Se apartó para mirar sus ojos negros. —Toda una semana. ¿Te lo puedes creer?

Se echaron a reír como niñas y sus abuelos se pusieron a su lado. —¡Abuelo! ¡Estás calvo!

—Niña, qué lengua tienes.

Se abrazaron mientras reían y lloraban a la vez. —Mi niña, la casa está muy vacía sin tus locuras.

—Haré muchas travesuras para que no me echés de menos.

—Eso no pasará nunca.

Su abuela les abrazó a los dos impaciente. —¡No seas acaparador!

Riendo se abrazaron los tres y su abuela la besó por toda la cara hasta que su madre dijo —Venga, que este apuesto hombre espera impaciente...

—Oh perdona, Fred —dijo en inglés volviéndose. Sonriendo se acercó a él—. Es mi compañero Fred ... Él me cuida las espaldas en el aire, abuelo. Fred te presento a mi abuelo, el sargento retirado del ejército español Alfredo Ramírez, su esposa Marisa y a mi madre Teresa.

Su abuelo enderezó la espalda y se llevó la mano a la frente en señal de saludo. Fred le correspondió. —Señor...

—Es un honor conocerle —dijo en inglés.

—Habla muy bien mi idioma.

—Mi nieta es americana, joven. Me enseñó mi yerno.

—Un héroe.

Su madre asintió emocionada. —Pero mejor marido y padre, se lo aseguro.

—Le he invitado a nuestra casa de San Fernando. No os importa, ¿verdad? Quiero que conozca mi tierra.

—Ah, ¿no viven aquí?

—Somos de Sevilla, pero cuando enviudó mi hija nos mudamos con ella a San Fernando. Trasladaron a mi esposo allí antes de jubilarse —dijo la abuela.

—Eso es estupendo. —Su amigo miró el cielo. —Hace un día maravilloso.

—¿Te has traído el bañador?

—Me compraré uno.

Mientras iban hacia la salida rieron y su madre sugirió mil cosas que podían hacer. Azahara volvió la cabeza sin poder evitarlo y se le cortó el aliento al ver que Roy estaba observándoles. Miró al frente diciéndose que tenía que olvidarse o al menos intentarlo. Tenía que disfrutar de su familia.

Lo pasaron estupendamente. Sobre todo Fred. A su amigo le encantaba Cádiz y disfrutó de la ruta de los pueblos blancos como si fuera un niño. Se hizo mil fotos, pero lo que más le gustó fue el surf. Aunque venían de Hawái, él no se había subido a una tabla en su vida y ella se empeñó. Realmente había creado a la bestia. Se pasó todo un día en el agua intentando mantenerse en pie y Azahara tuvo que amenazarle con echarle de casa como no fuera a cenar. Al día siguiente ya le tenía sobre la tabla de nuevo.

Con un bikini negro estaba sentada sobre la tabla dándole instrucciones y escuchó un silbido. Se puso la mano sobre los ojos mirando a la costa por si su abuelo necesitaba algo, cuando se quedó de piedra al ver a un hombre muy apuesto en bermudas beige y una camiseta gris que marcaba sus músculos. Caminaba sobre la arena acercándose al agua.

—Hostia, el coronel. —Fred sonrió malicioso. —Uy, uy, uy... mira por dónde.

La excitación que la recorrió de arriba abajo la hizo sisear —Cierra el pico.

—¿A él también vas a subirle a la tabla?

—Intenta no ahogarte, ¿quieres? No me lo fastidies.

Fred se echó a reír. —Tranquila, pásatelo bien. He visto por allí un chico muy mono que lo hace muy bien.

—Hablamos luego. —Se tumbó sobre la tabla y aprovechando una ola se incorporó ágilmente llegando cerca de la costa. Roy sonrió poniendo las manos a la cintura y cuando salió con su tabla bajo el brazo allí estaba él.

—Estoy impresionado.

—¿Surfeas?

Se echó a reír negando con la cabeza. —Soy de Alaska.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me lo ha dicho tu madre. —Ella se acercó corriendo. No se daba cuenta de lo preciosa que estaba con su larga melena negra mojada, cayendo sobre su cuerpo apenas cubierto por ese bikini negro. Él la miró de arriba abajo. —Te sientan bien las vacaciones.

—Gracias, coronel. A ti no. Estás muy pálido.

—Es que yo no estoy de vacaciones.

Ella clavó la tabla en la arena. —Hoy sí, ¿verdad?

—Sí, hoy me tomaré un descanso.

Encantada se acercó a él y cogió el bajo de su camiseta. —¡Pues ponte al sol! —Tiró de su camiseta hacia arriba y Azahara la dejó caer a la arena mirando esos músculos. —Madre mía.

Debes tener a las pesas aburridas. —Roy se echó a reír llevándose las manos al cierre del pantalón y ella se quedó fascinada porque era la primera vez que le veía reír tan relajadamente y su risa era embriagadora. Carraspeó al ver que él se detenía mirándola con deseo. —¿Llevas bañador?

—¿Me crees capaz de hacer nudismo?

—No, eres demasiado estirado.

Se quitó las bermudas mostrando un bañador negro. Estaba para comérselo, pensó devorándolo con los ojos. —Nena... —dijo él con voz ronca.

—¿Nos bañamos? —Cogió su mano sintiéndose genial y tiró de él hasta el agua.

La cogió por la cintura y Azara chilló de la sorpresa antes de que la lanzara al agua. Cuando salió a la superficie miró a su alrededor, pero no le vio por ningún sitio. —¿No tiene gracia, coronel! —Sintió que la cogían por el tobillo por detrás y gritó hundiéndose. La madre que lo parió. Se volvió bajo el agua e intentó soltar el tobillo. Pero él no la soltaba y el pánico la recorrió moviendo la pierna de un lado a otro. Al ver su cara bajo el agua la liberó. Salió a la superficie y le miró furiosa. —¿No tiene gracia!

—Ya veo que no te ha hecho gracia.

Se quedó atónita porque parecía que le daba igual. —¿Pero qué coño te pasa?

—No entiendo a lo que te refieres.

—¿Me tratas como a una inútil, pero después te acuestas conmigo! ¡Luego quieres dejarme bien claro que no seremos pareja nunca y ahora te presentas aquí!

—¿Me invitaste!

—¿Quería ser amable! ¡Y me gustas! ¡Pero llegas a la playa y lo primero que haces es burlarte de mí!

—No he hecho eso, Azahara. Ha sido una broma.

—Perdona que no me ría, pero uno de mis amigos del colegio murió por una de esas bromas y no me hacen ni puta gracia.

Él apretó los labios. —Lo siento, no lo sabía.

—¿Porque no te has molestado en conocerme! —le gritó a la cara—. ¿Qué pasa? ¿Quieres un polvo? ¿Tenías ganas de sexo y por eso has venido hasta aquí?

—Te lo dejé bien claro. Pero ahora me doy cuenta de que no ha sido buena idea.

Furiosa le pegó un tortazo con los ojos llenos de lágrimas. —¿Te invito a pasar el día en mi casa con mi familia y tú quieres un polvo?

Sus ojos grises la taladraron. —¿Qué quieres que te diga, Azahara?

Una lágrima recorrió su mejilla. —Quiero que me digas que quieres conocerme...

Él apretó los labios y desvió la mirada. Azahara se volvió hacia la orilla y vio a su madre observando desde las dunas. Levantó el brazo moviéndolo de un lado a otro. Ella le miró con odio. —Ni se te ocurra irte ahora. Te quedarás a comer y después te largarás de mi casa. Te comportarás como un buen invitado y serás agradable. No pienso disgustar a mi abuelo diciéndole que mi coronel ha decidido largarse, ¿me entiendes?

—Has sido muy clara.

Furiosa nadó fuera del agua y cogió su tabla mientras su madre se acercaba. Forzó una sonrisa cuando llegó hasta ella, pero Teresa no la miraba sino a Roy. —¿Qué ocurre aquí, cielo?

—Nada, mamá. Le había invitado a comer y hoy podía.

La miró con sus ojos negros. —Vete a la casa.

—Mamá...

—¡Vete a la casa ya! —ordenó muy seria.

Estaba claro que lo había visto todo y ahora no se tragaba que no pasaba nada. Miró a Roy incómoda y vio que muy tenso se ponía las bermudas.

—Azahara, vete a la casa. ¿No me has oído?

Era peor que el coronel y se sonrojó intensamente antes de salir corriendo hacia su casa. Al subir la duna que llevaba hasta la vivienda familiar, miró sobre su hombro para ver a su madre hablando muy seria con Roy. Él la miró de reojo y asintió mientras parecía que su madre le echaba la bronca. Estupendo. Ahora sí que iba a barrer la cubierta del portaaviones. Llegando a la casa se mordió el labio inferior preocupada. Su abuelo que estaba sacando la ensalada a la mesa del jardín frunció el ceño. —¿Qué has hecho, niña?

Abrió los ojos como platos. —¿Yo? Nada.

—Has puesto la misma cara que cuando le robaste la moto a la vecina.

—¡No se la robé! ¡Solo se la cogí prestada para ir al pueblo! ¡Y María no me lo tomó en cuenta!

Su abuelo se echó a reír al verla entrar en casa refunfuñando que siempre le recordaban ese episodio. Maldita moto.

De la que iba por el pasillo vio a Rufino, el caniche de su madre, con uno de sus viejos vestidos en la boca corriendo hacia su madriguera, la habitación de su madre. —¡Rufino suelta eso!

Dejó la tabla en su habitación y corrió a la habitación de su madre. El muy bicho se había metido debajo de la cama. Al agacharse vio atónita que tenía un montón de cosas, entre ellas una de sus botas del ejército. —¡Rufino! ¡Eres muy malo! —Sacó la bota a toda prisa y tuvo la desfachatez de gruñirla. Gimió al ver que la superficie estaba mordisqueada. —Mierda, mierda.

Su madre entró en la habitación cerrando de un portazo y de rodillas al lado de su cama vio cómo se cruzaba de brazos. Su mirada daba miedo. —Me dijiste que no lo harías. ¡Me lo prometiste!

Se puso como un tomate. —Mamá, tenía quince años. —Se puso de pie a toda prisa. —Es lógico que a mi edad...

—¡No hablo de sexo!

Suspiró del alivio. —Menos mal porque esta conversación sería algo rara con mi edad.

—¡Hablo del programa espacial!

Decidido se lo iba a cargar. —Mamá...

—¡Nada de mamá! Te vas a olvidar del tema, ¿me oyes? Cuando me lo ha dicho tu novio

no me lo podía creer.

La miró incrédula. —¿Mi qué?

—¡No desvíes el tema! —le gritó furiosa—. Te olvidarás de esa estupidez porque no pienso permitir que te subas a esas cosas, ¿me oyes?

—Mamá, es mi vida y...

—¡Yo te di la vida! —gritó cerrándole la boca—. No estaba de acuerdo con que entraras en el ejército del aire y lo acepté porque tu padre y mi padre fueron militares. Pero por aquí no paso. Ni se te ocurra pensar por un momento que vas a meterte en el programa espacial porque por ahí no, Azahara. Eres mi única hija. La persona que más quiero en esta vida y ya es una tortura saber que en el aire pueden abatirte como a tu padre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y Azahara apretó los labios emocionándose. —Pero me digo a mí misma que si eso ocurre, puedes tener una oportunidad de salir con vida. Una oportunidad de salir del avión antes de que te estrelles. Allí arriba esa oportunidad no existe y es algo que ya no podría soportar.

Azahara tiró la bota al suelo y la abrazó con fuerza. Teresa lloró sobre su hombro y susurró —Dime que no lo harás, cielo. Por favor.

—No puedo prometerte eso, mamá —dijo llorando—. También te quiero más que a nada, pero no te lo voy a prometer.

Su madre se apartó mirándola sorprendida. —¿Qué?

—Es mi sueño.

—¡Era el sueño de tu padre!

—No, mamá. También es mi sueño. Lo deseo tanto... He trabajado muchísimo para conseguirlo y lo voy a hacer.

Teresa levantó la barbilla. —Tu novio no te apoyará. Tampoco está de acuerdo.

—¡No es mi novio! —Furiosa salió del dormitorio.

—¡Azahara vuelve aquí!

Salió al exterior y para su asombro estaba tomándose una cerveza sentado a la mesa mientras hablaba con su abuela. —¿Qué le has dicho?

Él bajo la cerveza mientras su abuelo la miraba asombrado. —Niña, ¿y ese tono?

—Le he contado a tu madre por qué discutíamos. Y le he dicho que no estaba de acuerdo con que fueras al programa espacial.

A su abuelo se le cayó la cesta del pan al suelo mirándola con asombro. —¿Qué? ¿Te han admitido en el programa?

Teresa jadeó asombrada. —¿Lo sabías? ¿Sabías que iba a presentarse?

Su abuelo se sonrojó antes de reprender a Azahara con la mirada. —Ahora se enfadará conmigo. —Miró a su hija. —Me lo dijo por Skype hace un año.

—¡Papá!

Azahara les ignoró mirando a Roy a los ojos. —¡Fuera de mi casa!

La abuela jadeó. —¡Es mi invitado, niña! ¡No puedes echarle!

Se acercó a él y le señaló con el dedo. —Ahora entiendo para qué has venido a mi casa. ¡Para convencerles de lo que es mejor para mí! —gritó furiosa—. ¡Pues entérate bien coronel, yo decido lo que hago con mi vida! Por mucho que lo intentes, conseguiré ir al programa espacial.

Los ojos de Roy brillaron divertidos. —Eso ya lo veremos.

El abuelo jadeó. —¡Es la mejor piloto que hay!

—Precisamente por eso. No voy a quedarme sin una buena piloto por ese programa.

Teresa sonrió cruzándose de brazos. —Menos mal. Alguien con buen juicio, tu novio.

—¡Qué no es mi novio, mamá! ¡Solo nos acostamos una vez, pero no quiere nada conmigo! ¡Solo me quiere de piloto!

Todos se quedaron en silencio y Roy carraspeó incómodo. —Nena, eso podrías haberlo omitido.

—¡No me llames nena, asqueroso traidor!

—¿Qué ha dicho mi nieta? —El abuelo miró a su hija pasmado. —Ha dicho lo que creo que ha dicho, ¿verdad? No he traducido mal. Se ha acostado con mi nieta y no va a comprometerse con ella.

—No, papá. ¡No has traducido mal!

Teresa entró en la casa y Roy levantó una ceja. Azahara sonrió. —Yo que tú me ponía a correr. Va a por la escopeta de caza del abuelo. O la pistola, una de dos. Son de la época de Franco, pero funcionan de miedo.

Roy se levantó mientras la abuela le miraba con los ojos como platos. —Mejor me voy.

Al ver que Teresa salía al jardín con la escopeta en la mano Roy levantó las manos. —Eh, eh. Vamos a hablarlo.

—Claro que sí. —Levantó el arma y Azahara chilló colocándose delante de él. —¡Aparta hija, este aprovechado se va a enterar!

—¡Mamá! ¡Baja eso!

—Dispara, hija. ¡La ha mancillado!

Miró asombrada a su abuelo. —¡No la animes!

—¡Y encima tiene la cara de plantarse aquí para sembrar cizaña en nuestra familia! —gritó la abuela—. Cárgatelo.

Teresa guiñó un ojo afinando la puntería. —¡Mamá!

Roy la cogió por la cintura y la puso tras él. —Señora baje el arma.

—¡Te casarás con ella!

—¡Mamá! —Intentó salir de detrás, pero él no la dejaba. —¡Baja el arma! ¡Esto es ridículo! ¡Estamos en el siglo veintiuno!

—¿Y eso significa que puede venir a mi casa y pasarme por los morros que se ha acostado contigo? Ah, no.

—En realidad yo no dije nada.

—¡Eso es cierto, pero no cambia las cosas! Esta es una casa decente —dijo la abuela—.

Cárgatelo, hija. Tengo un primo en la guardia civil. Harán la vista gorda.

Teresa sonrió maliciosa y Azahara gritó cuando la vio apretar el gatillo. Suspiró de alivio cuando la escopeta no disparó. Su padre replicó —Niña, ¿le has puesto los cartuchos?

—Ahora vuelvo. —Le señaló con el dedo. —No te muevas.

Azahara no salía de su asombro, pero no iba a esperar a que volviera. —Tienes que irte.

—Sí, será lo mejor.

Corrieron hasta el coche negro que Roy había alquilado y Azahara miró hacia la casa mientras él abría la puerta del conductor. Cuando la cogió por la cintura pegándola a él y atrapando sus labios, se quedó tan sorprendida que jadeó del susto, pero cuando saboreó su lengua apasionadamente no pudo evitar pegarse a su cuerpo respondiendo con pasión.

—Papá, ¿dónde están los cartuchos? Déjalo, ya cojo la pistola.

Roy se apartó y mirándola a los ojos le acarició la mejilla antes de entrar en el coche y arrancar el motor. Azahara no sabía muy bien cómo sentirse en ese momento y cerró la puerta. Ese hombre era demasiado complicado para ella, eso estaba claro.

Vio como el coche se alejaba y su madre se puso a su lado pasándole el brazo por los hombros. —Ese novio tuyo no me gusta.

—Mamá...

Teresa se echó a reír. —La cara que ha puesto cuando he sacado la escopeta.

—¡No tiene gracia!

—¿Quieres que te diga lo que no tiene gracia? ¡Qué tu hija quiera entrar en el programa espacial! ¡Eso sí que no tiene gracia! Y ese se va a casar contigo como me llamo Teresa.

Azahara puso los ojos en blanco yendo hasta el jardín delantero donde sus abuelos reprimían la risa. —Muy graciosos. ¡Sí, muy graciosos! ¡Casi me muero de miedo pensando que mamá le iba a pegar un tiro entre ceja y ceja a mi coronel! ¡Ya veréis cuando vuelva!

—Sí, te matará a besos —dijo la abuela riendo a carcajadas.

Exasperada iba a entrar en la casa cuando vio a Fred llegando con su tabla de la playa. —¿Qué me he perdido? ¿De qué os reís tanto?

—Ven Fred —dijo su madre—. Vamos a hablar tú y yo de la vida de mi hija. ¿Qué secretillos me está ocultando?

Fred miró con horror a Azahara y ella gimió entrando en la casa porque a su madre ya no la detenía nadie.

Capítulo 10

—Vamos, no te cabrees —dijo Fred entrando en el pasillo del portaaviones que llevaba a sus habitaciones.

—Puñetero chivato.

—Es que tu madre es muy buena. Debería trabajar en la CIA. Lo hace como si nada y antes de que te des cuenta... ¡Zas! Ya lo has soltado todo.

Le miró con rencor. —¡Hasta le has contado que yo te había roto la nariz! ¡Joder, si hasta le has contado mis problemas con Mary Anne! Y que no te apoyé con lo de...

Él le tapó la boca asustado mirando a su alrededor. —Shusss. Estas paredes oyen.

—Capullo.

—Va, no me lo tomarás en cuenta. —La siguió hasta su camarote y vio como tiraba el petate sobre la cama para parpadear asombrada al ver la cama de arriba hecha. —Uy, uy...

—No puede ser.

Mary Anne entró en la habitación mirando a Fred como si fuera un insecto. —¿Y tú que haces aquí? —Les miró maliciosa. —¿Estáis liados?

—No sabes cómo deseo que la primera en estrellarse seas tú, bruja resentida. —Fred miró a su amiga. —Gracias por las vacaciones.

Hizo un gesto sin darle importancia mirando a Mary Anne, que como si nada fue hasta la taquilla y abrió la puerta para mostrar que toda su ropa estaba ya pulcramente colgada. —Reunión en veinte minutos —dijo Mary Anne divertida.

—¿Qué haces en mi camarote?

—Órdenes de arriba. —Cerró la puerta de golpe con la gorra en la mano —Créeme vivía mucho mejor antes, pero al parecer había que hacer sitio a los Seal.

Eso le tensó. —¿Los Seal?

—Empieza el juego de guerra, querida. —Pasó ante ella poniéndose la gorra. —Espero que estés preparada.

—Lo mismo digo y te recuerdo que no es la primera vez que tenemos una misión de este tipo.

—De este tipo no.

Salió de la habitación y ella se quedó mirando la puerta. ¿Qué había querido decir con que de este tipo no? Ella no podía tener información de la misión. Pensó en ello sacando a toda prisa sus cosas del petate. A lo único que Azahara no se había enfrentado todavía era a un combate

real en el aire. Había escapado de aviones de reconocimiento, pero nunca había tenido que defender su posición. Las palabras de Roy recriminándole que no estaba preparada para combatir, la aparición de los Seal que significaba que iban a realizar una misión en tierra y la seguridad de Mary Anne, le dijo que aquello era más gordo de lo que creía. No iban a hacer misiones de reconocimiento por las zonas de conflicto para buscar posibles escondites de sus enemigos. De eso ya no tenía ninguna duda.

Sentados en el hangar con los Seal, vio cómo su Coronel se sentaba tras una mesa con el teniente del otro grupo. —Buenas tardes. Por razones de seguridad no serán informados de todos los detalles hasta el mismo día de la misión. —Ella lo entendía. Tardarían un par de días en llegar a su objetivo y era lógico. —Esta reunión es para que no haya especulaciones ni filtraciones. Por eso se restringirán las comunicaciones con el exterior. Hasta que esta misión no haya terminado, no se permiten llamadas ni internet. Pueden retirarse.

Fred la miró de reojo. —Esto es serio.

—Sí. —Siguió a su compañero como todos los demás y vio por el rabillo del ojo que Roy decía unas palabras muy serio al teniente, que se levantó en el acto para salir como los demás.

—Teniente Seligman, quédese un momento.

Sorprendida se volvió y miró a sus compañeros. Harrison sonrió malicioso. —Ya sabemos quién dirigirá la misión en el aire, ¿verdad chicos?

Ignorándole se acercó a la mesa donde Roy la observaba muy serio. —Coronel...

Él no dijo palabra hasta que no salió todo el mundo y la miró a los ojos. —Vete a ponerte el mono. Tú sales en misión de reconocimiento de inmediato.

Le miró sorprendida. —¿Yo sola?

—Irás en el Raptor y no se lo vas a decir a nadie.

—Pero me verán salir.

—Simularemos maniobras para ti. Para que te hagas con el aparato. Iría yo, pero no quiero que se entere nadie de esto. —La miró a los ojos fríamente. —¿Me has entendido? Nadie puede saber esto.

—Me voy a practicar con el Raptor, señor.

—Perfecto. Y cuando aterrices, dirás que estás probando su capacidad de maniobra. Te daré instrucciones desde la torre de control.

—Allí se enterarán.

—No hay problema. De eso me encargo yo. Ve a prepararte, te quiero en el aire en veinte minutos.

Ella llevó la mano al frente. —Sí, señor.

—No la cagues, Azahara. No dejes que te detecten los radares. Eso les pondría alerta.

—Vuelo rasante, señor. Entendido.

Se volvió para salir mientras él la observaba y apretó los labios cuando salió del hangar

antes de levantarse furioso tirando la silla al suelo.

—Aquí Águila uno, estoy en posición. —Miró por el cristal hacia abajo y vio a lo lejos lo que parecía un poblado en medio del desierto. Eran las seis de la tarde y hacía un sol de justicia. Pero ese poblado parecía abandonado.

—¿Ves algo?

—Ni un alma, señor. Las casas de adobe están medio derruidas y no se ve vida ni animales domésticos por los alrededores. —Volvió la cabeza al otro lado y entonces lo vio. Una botella de agua de cinco litros a la mitad sin un gramo de arena por encima. Parecía que alguien acababa de ponerla ahí. Sacó unas fotos con el zum. —Positivo, señor. Sí que hay rastro.

—Bien, vuelve a la base.

Al elevar el vuelo vio a lo lejos varios puntos negros en lo que parecía otro poblado. — Señor, veo movimiento a un par de kilómetros al norte.

—Vuelve a la base.

—Sí, señor.

Cuando aterrizó Jim le guiñó un ojo cogiendo su casco. —¿Cómo ha ido?

—Voy a pedir uno para mí en Navidad.

Jim se echó a reír asintiendo. —No me extraña.

Al caminar hacia los vestuarios vio que Roy bajaba de la torre de control y pasó de largo como si no se conocieran de nada. ¿Ni buen trabajo ni nada? Vale que no había hecho mucho, pero al menos una palmadita en la espalda... Se quitó el mono enfurruñada y siseó para sí —Lo que tú quieres es otro beso. Eso es lo que quieres. No te pongas excusas estúpidas. Otro beso y algo más.

La noche siguiente los llamaron al hangar a las doce, cero, cero. Cuando vio a Roy con el mono de vuelo se sentó muy tensa en su silla. Al mirar a su alrededor vio que todo el mundo ya estaba preparado para la misión. Se volvió y su mirada se encontró con la de Roy que apretó los labios antes de decir a la sala —Señoras y señores ésta es la misión que realizaremos esta misma noche.

Detrás de él apareció un mapa de la zona. Nada más verlo supo que era el sitio donde había estado la tarde del día anterior. Roy señaló con un puntero láser el poblado al que no le había dejado acercarse. Entrecerró los ojos mirando de reojo a Fred que estaba muy atento.

—Los Seal entrarán en este poblado a las tres y veinticuatro y rescatarán a esta mujer. — La foto de una adolescente que no debía tener más de quince años apareció en la pantalla. Era rubia de cabello largo y tenía los ojos verdes. Estaba abriendo un regalo de Papá Noel porque el árbol de navidad estaba detrás. —Se llama Jacqueline Stuart, en la actualidad tiene veinte años y fue captada por Isis hace cuatro. Salió ilegalmente del país siguiendo al que consideraba su marido y desde entonces no se sabía nada de ella. Después de haber sido secuestrada ha tenido

tres hijos que también serán evacuados.

Varios se tensaron revolviéndose incómodos en sus asientos. —Sé lo que piensan. Creen que la chica ya es una radical debido a estos años de cautiverio, pero afortunadamente para nosotros no es así. Ella misma se puso en contacto con un periodista y le entregó una carta. Esa carta fue entregada a las autoridades y por eso estamos aquí. Tiene información clave que nos será muy útil y debemos sacarla de allí cuanto antes.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa? —preguntó uno de los Seal.

—Jacqueline nos ha dado información en esa carta que ha sido crucial en otra operación. Desea salir de allí cuanto antes y la vamos a sacar como es nuestra obligación por ser ciudadana americana. —Roy la miró de reojo antes de volverse. —Por supuesto deberán tomar las precauciones necesarias. Vive en un campamento de entrenamiento de terroristas y ahora que es viuda, su vida ha cambiado bastante quedando a merced de cualquier hombre que ponga su interés en ella.

—Ella se lo ha buscado —dijo Harrison por lo bajo.

Roy le fulminó con la mirada. —¿Qué ha dicho, teniente?

Harrison se levantó. —¡Ella se lo ha buscado!

—¡Era una niña! ¡Una niña que cometió un maldito error y creo que ya ha pagado las consecuencias!

—¡Eso si no nos está enviando a todos a la muerte!

—Es un riesgo que vamos a correr. ¡Ahora siéntese y cierre la boca!

Harrison se sentó de nuevo furioso. Se volvió hacia su compañero que susurró —Tómalo como una misión de rescate. Da igual a quién vamos a sacar de allí. Haremos nuestro trabajo y nos olvidaremos de esto.

El piloto asintió cruzándose de brazos. Para Harrison era aún más duro porque había perdido a su hermana mayor en el once de septiembre. Ese tema era muy delicado para él.

Se volvió y vio que Roy la observaba. —Estos son los detalles de la misión.

Les explicaron como los Seal iban a acceder al terreno en un helicóptero. Ellos estarían de apoyo porque no se descartaba que los terroristas no tuvieran apoyo aéreo. Se habían visto varios aviones en otros reconocimientos aéreos. Se quedó de piedra cuando Roy dijo que él iría de avanzadilla en el Raptor y que les avisaría cuando tuvieran que entrar en acción.

—Nos mantendremos alejados y solo actuaremos si los Seal tienen problemas al evacuar, cubriéndoles en caso de que sea necesario.

Les ocultaban algo. Eran demasiados aviones para una misión tan trivial.

Pero entonces se dio cuenta. Su coronel iba a ir con ellos para limpiarles el camino y ellos tendrían que protegerle a él. Apretó los puños clavándose las uñas en las palmas de las manos y poniéndose algo nerviosa le miró a los ojos. Roy sabía que iban directamente a una trampa, pero tenía que cumplir las puñeteras órdenes dadas por inútiles que hacía años que no se levantaban de una silla.

—Prepárense para dentro de una hora.

Roy apagó la pantalla y salió por el pasillo con el teniente de los Seal. Nerviosa se levantó

y se pasó la mano por la boca. —¿Qué opinas? —preguntó Fred cogiéndola del brazo y llevándola aparte.

—Esto no me gusta.

—A mí tampoco. Tengo la sensación de que se nos ocultan muchas cosas.

No podía decir nada de lo de la tarde anterior. Sabía que los terroristas estaban muy bien surtidos de armamento y era un campo de entrenamiento. Seguro que armas y equipo no les faltaban.

—¡Eh, chicos! —dijo Harrison haciéndoles un gesto para que se acercaran.

Fueron hasta ellos y Harrison miró a Mary Anne. —Díselo.

—Ella ya lo sabe.

—¿El qué? Suéltalo de una vez. No tenemos tiempo.

Mary Anne sonrió maliciosa. —¿No me digas que nuestro coronel no te ha dicho que al principio la misión no era ésta? Reconocimiento solamente y algo de destruir un campamento. Pero se recibió el aviso cuatro días antes de que embarcáramos en Cádiz.

—¿Cómo sabes eso?

—Me tiro a uno de comunicaciones. —Varios sonrieron. —Pero guardadme el secreto, chicos.

Dio un paso hacia ella. —Vamos a ver. ¿Me estás diciendo que salimos de Hawái con la intención de hacer una misión de reconocimiento, pero que hace unos días cambiaron las órdenes?

—Exacto. Máxima prioridad. ¿Y sabes por qué? Porque la muchachita es la sobrina de cierto senador. Si se supiera que ella está ahí, sería un desastre, ¿no crees?

—¿Y cómo no se ha filtrado a la prensa algo así?

—Porque la chica simplemente es una desaparecida más. Un drama familiar. Se encargaron de ocultar la verdadera razón de su desaparición.

—Vamos hacia una trampa —dijo convencida.

Harrison asintió. —Estoy de acuerdo.

—Y el jefe también lo sabe, por eso vamos de apoyo y él llevará el Raptor.

Todos se quedaron en silencio hasta que Fred murmuró —Para que saquen a la luz su artillería antes de que llegemos y así estén al descubierto facilitándonos el trabajo.

—Será su patito de feria —dijo Mary Anne muy seria—. Porque hasta que saquen a la chica no puede bombardear las viviendas.

—Eso si la chica está allí —dijo Harrison apoyando los pensamientos de Azahara.

—Alguna prueba tendrán de que está allí, digo yo —dijo Fred cada vez más preocupado.

—Nos faltan todos los datos, pero con los que tengo, lo único que sé es que yo voy a dejarme la piel para proteger a mi coronel y a los hombres que están en tierra. Lo demás me importa una mierda. Sabe que vamos a una misión suicida y como es nuestro mando se adelanta para protegernos, pero yo no voy a consentirlo.

—Son órdenes. Te expones a un consejo de guerra —dijo Fred asombrado—. ¿Estás loca?

—Loca estaría si no protejo a mi mando como es mi obligación.

—No cuentes conmigo —dijo Mary Anne—. No voy a poner mi trabajo en riesgo porque tú estés encoñada de ese tío.

Sus compañeros la miraron de otro modo y Fred siseó —Cierra la boca Mary Anne. Aquí la única que se tira a todo lo que se mueve eres tú.

Mary Anne se dio la vuelta. —Esta conversación se ha terminado.

Harrison apretó los labios viendo como todo el grupo se alejaba de ellos y la miró a los ojos. —Me da igual por qué lo haces. Pero Fred tiene razón. No voy a jugarme los galones contradiciendo órdenes directas. Lo siento.

Se volvió dejándoles solos y Fred suspiró. —En cuanto lo dijiste, supe cuál sería su reacción. Estamos solos.

Le miró sorprendida. —¿Me apoyas en esto?

—Eres mi piloto. Estoy contigo hasta el final. —Le miró como si no le conociera y Fred se echó a reír. —¿No te lo esperabas?

—Sí que ha cambiado nuestra relación.

Él asintió. —Sí, ha cambiado mucho. Ahora somos amigos de verdad. Has demostrado que lo eres apoyándome y ahora me toca a mí. Y si todo se va a la mierda, te echaré la culpa porque tú estabas a los mandos.

Azahara se echó a reír. —Perfecto, pues vamos allá.

Estaba al lado de su avión hablando con Jim mientras se ponía el casco y vio como Roy iba hacia su caza. Salió corriendo dejando al pobre Jim con la palabra en la boca.

—¡Coronel!

Roy se volvió mientras un ayudante le daba el casco. —Vuelva a su posición, teniente.

—¿Qué nos ocultas?

Roy la fulminó con la mirada y le hizo un gesto a su ayudante para que les dejara solos. — ¡Vuelva a su posición!

—¿Por qué me enviaste a ese poblado? Está allí, ¿verdad? Es allí donde viven las mujeres.

—Vuelve a tu posición. No te lo digo más.

—Pero los Seals van a buscar en el campamento.

—La posición que les dijo la chica, Azahara.

Se le cortó el aliento. —Por eso sabes que es una trampa.

—Sigue mis instrucciones y todo irá como la seda.

—¿Se lo has dicho? —preguntó angustiada—. ¡Van a la muerte!

—La chica les dio instrucciones precisas la otra vez y salió bien.

—Un cebo.

—Exacto. Y se lo han tragado entero. Han amenazado con destituirme y eso no va a pasar, así que vuelve a tu puesto y sigue mis instrucciones. Todo irá bien.

Azahara asintió mirando sus ojos grises. —Somos tus hombres. No podrás protegernos siempre.

—Es una táctica de combate para mostrar al enemigo —siseó furioso—. No se te ocurra contradecir mis órdenes porque pondrás en peligro la misión, Azahara. Aquí mando yo. Haz lo que te digo que tengo más experiencia. Ahora sube a tu avión antes de que me cabree y te deje en tierra.

—Ten cuidado —susurró sin poder evitarlo.

Furioso cogió su brazo. —¡No sé qué coño se te pasa por la cabeza, pero olvídate de mí y piensa más en lo que tienes que hacer en el aire, joder! Te juro que como metas la pata, te voy a meter un paquete que te vas a cagar y tu carrera estará acabada.

Lo decía como si la odiara. —Pero...

—¡Pero nada! Estás acostumbrada a hacer lo que te da la gana, pero conmigo eso se acabó. ¡Eres una mimada en tu vida personal y en la profesional, que cree que siempre tiene razón! ¡Y no es así Azahara! ¡Te lo demostré con Fred y con Mary Anne! ¡Ahora estás encaprichada conmigo y como te dejé las cosas claras sobre lo que deseaba de ti, no te importó inquietar a tu familia diciéndoles que nos habíamos acostado para dejarme mal ante ellos! —Azahara palideció. —¡Cómo no te importan los sentimientos de tu madre respecto al programa espacial! ¡Eres una puta egoísta que solo piensas en ti y como hagas algo en esta misión que nos ponga en riesgo, jamás volverás a subirte a un avión!

Se volvió para empezar a subirse al avión por la escalerilla e impresionada por sus palabras vio cómo se sentaba en su asiento sintiendo un dolor en el pecho que no se iba, porque le acababa de dejar muy claro que jamás sería importante para ella.

—Vamos Azahara —susurró Fred a su lado mientras Roy mirándola como si la odiara bajaba la cúpula de cristal.

Su amigo tiró de ella y caminaron hacia su F-15. Cuando puso las manos en la escalerilla por encima de su cabeza vio como el Raptor de Roy se elevaba. Cerró los ojos y tomó aire antes de subir hasta su asiento. Fred se sentó tras ella en silencio dando instrucciones a la torre para el despegue.

Azahara intentó controlarse y miró los mandos mientras una lágrima corría por su mejilla. —¿Lista, teniente? —preguntó Fred.

Se pasó la mano por la mejilla. —Lista.

Despegaron detrás de Mary Anne y siguieron las coordenadas. Veía el Raptor ante ella y se mordió el labio inferior recordando una y otra vez las palabras de Roy.

—No eres egoísta, Azahara —susurró Fred—. Yo sí fui egoísta con mi novia y contigo al ocultar algo de mi vida que era realmente importante. Os engañé a las dos. Y Mary Anne es una zorra. Intentaste mejorar las cosas y te pagó con una patada, así que olvídate del asunto. Y respecto a tu madre, todo el mundo tiene derecho a seguir sus sueños. De sueños ha crecido nuestro país y por eso hemos llegado a ser lo que somos. Así que sigue tu instinto.

Apretó los mandos entre sus manos y tomó aire intentando relajarse. Fred tenía razón y ella tenía razón. Jamás había dejado que nadie la hiciera dudar de sí misma y no lo iba a consentir ahora. Pero sí que le había quedado clara una cosa. Alguien que tenía ese concepto de ella no iba a ser su pareja jamás.

—¿Sigues conmigo?

—Siempre preparado, chica águila.

—¿Chica águila? Fred no me gusta. Busca otra cosa.

—Águilas mantengan la posición —ordenó Roy a través del auricular.

—Empieza el juego —dijo su compañero.

Vieron como Roy aumentaba de velocidad alejándose de ellos rápidamente.

Cuando lo perdió de vista del radar y él ya no la veía dijo —Controla el radar, Fred.

—No lo pierdo de vista.

Aumentó la velocidad a tope y su escuadrón se quedó atrás. Vio el resplandor a lo lejos. — ¡Joder Azahara! ¡Ya ha empezado!

Se puso a máxima velocidad viendo la estela de un misil tierra aire subir hacia la posición de Roy. En tierra se estaba desatando un infierno y atacaban desde distintas posiciones. Varios misiles se lanzaron a la vez cuando ella entró en el radio de acción.

—¡A tu derecha!

Expulsó las contramedidas y consiguió esquivarlos provocando que distrajeran a los misiles que explotaron en el aire. Hubo una explosión en tierra y vio que Roy había soltado un proyectil contra una ametralladora.

Vio como varios terroristas corrían hacia una loma armados con ametralladoras para colocarse en posición y ella les disparó eliminándolos. Había cientos. Los Seals estaban perdidos.

—¡Azahara! —gritó Roy.

Al mirar a Roy vio que tenía dos Mig en la cola. Se le cortó el aliento al ver que aparecía otro y otro.

—¡Son seis! —gritó Fred girando la cabeza hacia atrás—. ¡Uno en la cola!

Giró sobre sí misma colocándose tras él y disparó sin pensar. Sin ver si había dado en el blanco fue hacia Roy, pero él consiguió deshacerse de los dos que le seguían porque su avión era mucho más potente. —¡Lo tienes a tiro!

Disparó a toda prisa y la explosión desestabilizó a su compañero. Roy lo eliminó antes de que pudiera hacerlo ella.

Cuando un Mig se acercaba hacia ella Fred gritó —¡Camicace!

Explosionó antes de que ella pudiera disparar y Mary Anne pasó entre ellos. Fred rió de la alegría. —¡Ha llegado la caballería!

—¡Vamos a limpiar para los Seals!

Los aviones no fueron problema y varios proyectiles acabaron con los terroristas que disparaban desde sus escondites. Cuando todo se calmó un poco revisó el perímetro.

—Águila uno, no hay Raptor —dijo Harrison por radio.

Asustada miró a su alrededor nerviosa. —Águila uno a Raptor uno, conteste.

—¿Por qué no contesta?

—Base, Águila uno, situación controlada.

—Vuelvan a la base, Águilas.

—¿Situación del Raptor?

—Vuelvan a la base, Águilas. Ahora.

—¡Stuart no me jodas! —gritó histérica mirando a un lado y a otro—. ¿Dónde está el coronel?

—¡Vuelvan de inmediato, teniente!

Azahara elevó el vuelo y se dirigió hacia el otro campamento. —¿A dónde vas? —preguntó su compañero—. ¿Nos vamos?

—Ni hablar —siseó buscando al Raptor.

Cuando llegaron al poblado vio el Raptor en tierra. No había sido abatido. Había aterrizado allí y apretó los labios al ver sangre en el suelo.

—Mayday. Mayday. El coronel ha sido herido a veinte kilómetros al sur de nuestra posición. ¡Envíen a los Seal!

—Negativo. Todos abatidos. Y la baliza del Raptor dice que está intacto. Vuelva de inmediato, teniente.

—Ha aterrizado y está herido. ¡Hay sangre!

—¡Acate las órdenes! ¡No quiero más bajas en este desastre!

Cerró los ojos e impotente miró a su alrededor, pero allí no podía aterrizar. Además aunque lo consiguiera y encontrara a Roy no podrían volver los dos en el Raptor.

Giró su F-15 y lo puso a máxima velocidad regresando al portaaviones. —¿Qué tienes pensado?

—Necesito el helicóptero de rescates.

—Y armas, amiga. Necesitas armas.

Solo esperaba que Roy estuviera vivo cuando regresara.

Capítulo 11

Al llegar al portaaviones Jim la esperaba en la pista. —¿Qué ha ocurrido?

—¡Una mierda, eso ha ocurrido! —gritó bajando las escaleras dejándose caer a la mitad.

Miró a su alrededor quitándose el casco y dejándolo caer al suelo antes de salir corriendo hacia el helicóptero de rescates. El piloto sentado ante los mandos estaba hablando con una de las marineras sonriendo como un idiota y Azahara la apartó de un empujón antes de coger al piloto del mono tirándolo al suelo. Se subió a toda prisa.

—¿Qué coño haces? —gritó él sentado en el suelo mientras ella levantaba las clavijas sin hacerle caso. —¡Eh! ¡No puedes llevártelo!

Se iba a levantar cuando Fred le pegó un puñetazo y saltó al interior del helicóptero. Jim llegó corriendo con dos fusiles de asalto y cogió la mano de Fred cuando ella empezó a elevarse. —¡Viejo, todavía estás en forma! —dijo Fred a gritos sonriendo.

Jim le guiñó un ojo sentándose al lado de ella en la cabina mientras Fred se ponía a los mandos de la ametralladora del helicóptero. Se puso los cascos. —¿Sabes lo que haces, niña?

—Está herido y nadie va a ayudarle. No voy a dejarle allí como hicieron la otra vez.

—Base a helicóptero de rescate. ¿Qué mierda está haciendo, teniente?

—¡Lo que usted no tiene huevos para hacer! —Cortó la comunicación y miró a Jim que se echó a reír a carcajadas. —Te estás jugando la jubilación.

—Pero tendré la conciencia tranquila. —Jim le tendió un cuchillo. —Métetelo en la bota. No sabes lo útiles que son en ciertos casos. Además, igual tienes que desatarle.

Cogió el cuchillo sin dejar de mirar el horizonte y se lo metió en la bota.

—Ahí están —susurró viendo como los Águilas regresaban.

—No pueden hacer nada, así que es mejor que regresen —dijo Jim levantando el pulgar cuando Harrison se puso a su altura.

Harrison asintió levantando el pulgar antes de alejarse de ellos.

—Joder, me encanta este trabajo, niña.

Azahara sonrió. —Lo mismo digo.

No tardaron en llegar a la localización y todo parecía en calma. Veían el fuego a lo lejos, pero ni se preocupó aterrizando cerca del Raptor, aunque no apagó el motor.

—Esto no me gusta. Todo está en calma —susurró Jim mirando a su alrededor.

—Esa hija de puta se va a enterar. Seguirá ahí —siseó rabiosa.

Se quitó los cascos y Jim le tendió el fusil de asalto, pero no lo soltó llamando su atención.
—Ten cuidado. Te cubro.

Azahara asintió y mientras Fred apuntaba con la ametralladora hacia las casas, Jim la seguía con el fusil preparado para disparar. Azahara miró el suelo y por el rastro de sangre vio que iba hacia la casa en la que había visto la botella de agua. Levantó el fusil y caminó hacia la puerta de la casa. Pegó la espalda a la pared mientras Jim se ponía al otro lado de la puerta. Estaba amaneciendo y en la casa estaría oscuro. Asintió antes de girarse pegándole una patada en la puerta. Vio un movimiento y se pegó a la pared de nuevo mientras una ráfaga de balas pasaba a su lado agujereando la puerta que volvió a cerrarse. Jim le hizo un gesto con la mano diciéndole que iba a rodear la casa. Ella asintió.

—¡Da la cara, infiel! —gritó una voz de mujer al otro lado.

—¡A ti sí que voy a dejarte la cara como un mapa, zorra! —No podía disparar porque no conocía la posición de Roy.

Una risa en el interior de la casa le puso los pelos de punta. Entonces vio un movimiento detrás de una de las casas y gritó —¡Fred! —Su amigo giró la ametralladora y disparó una y otra vez. Una mujer cayó y otra vestida enteramente de negro gritó corriendo hacia el helicóptero disparando con una pistola. No tuvo ninguna posibilidad.

—¡Están todos muertos Jacqueline! ¡Entrégate!

Alargó la mano y la puerta se movió ligeramente. En ese momento escuchó disparos en el interior y entró en la casa. Jim disparaba por una ventana trasera y vio que una mujer caía al suelo. Otra se volvió con una granada en la mano y Azahara le disparó en la sien antes de que pudiera accionarla, cayendo al suelo sobre la otra mujer. Se volvió apuntando con el rifle al otro lado. Se giró inspeccionando la casa.

—¡No está aquí! —gritó asustada.

Vio un catre y tiró el arma al suelo levantándolo de golpe para mirar debajo. Se llevó las manos a la cabeza muerta de miedo cuando escuchó un crujido bajo su gota. Había una alfombra de las que usaban para rezar y se acuclilló apartándola de golpe para ver una trampilla. Tiró del agujero que había en la madera mientras Jim entraba en la casa y suspiró de alivio al ver a Roy sin sentido. Parecía que tenía un tiro en la pierna porque tenía una mancha en el mono en la pierna derecha. —Ayúdame a sacarle.

—¿Qué dices, niña? Pesa cien kilos y es un peso muerto.

—Sustituye a Fred en la ametralladora. Que venga él.

Jim salió corriendo y angustiada porque no se movía, llevó la mano a su pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando sintió el latido de su corazón. El impacto en la espalda la hizo caer sobre él golpeándose la frente con la pata de la cama. Se mareó ligeramente y gimiendo se apoyó en las palmas de las manos para incorporarse cuando escuchó dos disparos más. Miró sobre su hombro y vio a Fred en la puerta con una pistola en la mano. Se acercó a ella corriendo.
—¿Estás bien?

—Sí, ayúdame a sacarle.

—Estás herida.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Ayúdame a sacarle!

Sin perder el tiempo cogió a Roy de los brazos y tiró de él. Azahara haciendo un esfuerzo enorme porque la espalda le ardía, cogió sus piernas y tiró de él para sacarle del agujero. Consiguieron dejarlo en el suelo. Fred tiró de él con fuerza y ella intentó ayudarlo en lo que podía. Cuando se acercaron al helicóptero, Jim se bajó y suspiró de alivio cuando consiguieron subirlo a la cabina.

—Fred sube al Raptor.

La miró asombrado. —No sabré llevarlo.

Cerró los ojos apretando los puños. —Muy bien. Llévate el helicóptero. Pero necesito que me ayudes a subir. No tengo escalerilla.

Fred puso las manos entrelazadas y Azahara colocó allí el pie impulsándose hacia arriba. Gimió cuando se hizo polvo las costillas al caer sobre el costado del avión. Se agarró a los cinturones y tiró de sí hasta meterse en el avión. Fred corrió hacia el helicóptero mientras ella se ponía el casco de Roy y pulsaba los botones que encendían los motores.

Esperó a que el helicóptero estuviera a salvo y elevó el vuelo en vertical. Entrecerró los ojos viendo las casas derruidas y apuntó hacia ellas disparando un proyectil tras otro hasta destruir el poblado por completo.

A mitad de camino se dio cuenta que tenía algo en la nariz y pasó la mano para ver que era sangre. Tenía una herida en la frente. Pero eso no era lo que le preocupaba. Sentía la espalda empapada. Adelantó al helicóptero a toda velocidad porque no se sentía capaz de escoltarlo. Tenía que confiar en que Fred les mantendría a salvo. Cuando vio el portaaviones su mirada se nubló. —Mayday. Mayday. Pilotos heridos. Solicito ayuda médica en pista de inmediato. Heridas de bala. Mayday, Mayday. El coronel y yo estamos heridos. Contesten. —Parpadeó varias veces para centrar la vista y dio gracias a Dios por que el aterrizaje fuera vertical.

Vio a los técnicos de pista haciéndole señales luminosas y no debió calcular bien porque sintió cómo el avión pegaba un bote al llegar al suelo. Pero lo había conseguido. Ni se dio cuenta de que le abrían la escotilla y de que se acercaban a ella levantándole la barbilla. Se sobresaltó. —Tranquila. Ya está a salvo, teniente.

—El coronel...

—Ya ha aterrizado. Lo ha hecho muy bien.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó antes de perder el sentido.

Cuando abrió los ojos se sentía dolorida y le dolía la frente. Volvió la cabeza y vio a Fred sentado a su lado. Había un ruido impresionante y frunció el ceño. —¿Qué es eso?

Fred la miró sorprendido. —Te has despertado... —Miró a su alrededor. —¡Enfermera!

—¿Dónde estoy? —susurró viendo tras él un movimiento.

—Os trasladan a Al Udeid

—¿La base de Qatar? ¿Nos trasladan allí?

Su amigo asintió. —Tienen que operarte.

—¿No me han operado aún?

Fred desvió la vista preocupado y ella le cogió la mano sintiendo un dolor horrible en la espalda. —¿Qué ocurre?

—Tienes la bala debajo del omóplato. —Se miraron a los ojos. —Era una operación muy delicada para hacerla en el portaaviones.

Cerró los ojos. —Mierda.

—Te recuperarás, eso seguro. Tu vida no corre riesgo.

—¿Y Roy? ¿Cómo está?

—Le golpearon en la cabeza después de meterle un tiro en la pierna. Está bien. Se despertó en el helicóptero. Todo está bien. Tiene un tiro limpio y solo le trasladan por precaución. Relájate y duerme que tienes que conservar las fuerzas.

Ella sonrió. —Todo está bien.

—Sí —susurró su amigo emocionado porque era horrible que a ella le pasara eso. Era muy injusto—. Descansa.

Cerró los ojos agotada. —Sí... estoy cansada.

Fred le acarició la frente mientras se dormía y cuando ya estaba descansando, se volvió en su silla para ver a Roy tumbado en su camilla mirando el techo con la cara tallada en piedra.

—Se ha dormido, coronel. —Él asintió. —Se pondrá bien. Ya verá.

—No te separarás de ella mientras me operan, ¿verdad? —Roy volvió la cabeza para mirarle. A Fred se le cortó el aliento al ver que estaba aterrado y estaba convencido de que era por ella.

—Por supuesto. No me separaré de su cama hasta que la operen.

—Gracias. —Le miró a los ojos. —Por todo.

Fred sonrió. —No ha sido para tanto.

—Para ella sí. No lo aceptará.

—No adelantemos acontecimientos. Esperemos a ver qué ocurre.

Roy miró el techo y Fred suspiró pensando que ese hombre debería empezar a abrirse un poco más. Miró a Azahara y le cogió la mano. Ni siquiera se había dado cuenta que estaba atada a la camilla para que no se moviera y desplazara más la bala. Seguro que había pensado que estaba así porque estaban volando.

Se despertó gimió molesta porque no podía mover el brazo y le dolía todo.

—No te muevas, nena.

Abrió los ojos para ver un techo blanco y giró la cabeza hacia la voz para ver a Roy leyendo un periódico sentado en una cama. Ella frunció el ceño. —¿Qué haces en mi habitación?

—No había habitaciones libres —dijo como si nada pasando la hoja.

—Ah... ¿pero no es un poco raro que te hayan puesto conmigo? ¿Los coroneles no tenéis preferencia en habitación vip o algo así?

—No.

—Pues vaya mierda.

—Eso mismo opino yo.

Ella vio que llevaba una bata horrible de hospital y que el muslo que tenía destapado estaba fuertemente vendado. —¿Cómo estás?

—Muy bien. Gracias a ti.

—¿Me darán una medalla? —preguntó divertida—. Quiero esa que tienes tú tan chula.

Él levantó una ceja mirándola a los ojos. —Suerte tendrás de que no te echen.

—Vaya. —Suspiró mirándose el brazo y gimió porque al levantar la cabeza le dolía el cuello. —¿Cuándo pasa el médico?

—Acaba de pasar. ¿Por qué no te duermes?

Le miró asombrada. —¿Te molesto?

Roy suspiró cerrando el periódico. —No, nena. No me molestas.

—¡No me llames así! —Molesta intentó incorporarse, pero no podía.

Él se levantó sorprendiéndola y pulsó un botón para incorporarla. Se sonrojó porque parecía enfadado. ¡Aquello era la leche! —Gracias —dijo con ironía cuando se alejó.

—¿Quieres discutir?

—No, por Dios. —Se volvió a mirar el brazo. —¿Por qué tengo el brazo vendado si me han disparado en la espalda?

—Para que no muevas los músculos.

Esas palabras hicieron que le mirara. —¿Los músculos?

Roy tomó aire. —¿Por qué no esperas a que venga el médico?

—¿Qué músculos? —gritó nerviosa. Al ver que apartaba las sábanas con intención de levantarse, Roy se acercó a toda prisa para retenerla sujetándola por el otro hombro y sentándose a su lado. Aterrorizada le miró a los ojos—. ¿Roy?

—Han tenido que rajar para sacar la bala, que estaba en muy mala posición.

—Pero me recuperaré, ¿verdad? Podré volver a volar.

Roy desvió la mirada hasta su brazo. —Si recuperas la movilidad no habrá problema. Eso te lo garantizo.

Los ojos de Azahara se llenaron de lágrimas. —Pero estoy descartada para el programa espacial.

—Sabes lo estrictos que son. Aunque si te recuperas totalmente lo considerarán. Lo sabes.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad? No crees que me recupere.

—No, no creo que lo hagas totalmente. Esas lesiones siempre dejan secuelas.

Su frialdad, su falta de empatía por lo que sentía en ese momento, hizo que una lágrima rodara por su mejilla y con la mano libre le dio un tortazo que le volvió la cara. Él apretó las mandíbulas antes de mirarla como si nada. —Por una maldita vez —dijo ella angustiada—, solo

por una maldita vez, podrías mostrarme algo de amabilidad después de salvarte la vida. Aunque no es de extrañar que me lo digas así, porque nunca has querido que me aceptaran.

—Azahara...

—¡Déjame en paz! —le gritó a la cara.

Él se levantó lentamente y Azahara se echó a llorar porque ese hombre no tenía corazón. Fue hasta su cama y se sentó en ella mirándola. Avergonzada por llorar ante él gritó —¡Pues estás equivocado! ¡Si te lo han dicho los médicos no tienen ni puta idea porque me voy a recuperar! ¡Te demostraré a ti, os demostraré a todos que voy a conseguirlo! ¡Esto no se acaba aquí!

—Estoy seguro de ello. Harás lo posible para conseguir lo que te propones.

—¡Exacto! ¡Lucharé por esto como he luchado por todo lo que he querido en la vida!

Para su sorpresa Roy sonrió y cogió el periódico poniéndose cómodo. —Muy bien.

Parpadeó asombrada. —¿De qué te ríes, idiota?

—Nena, estás malgastando energías —dijo leyendo otra vez el periódico. Como no decía nada la miró—. ¿Quieres la mitad?

—¡Métetelo por donde te quepa!

—Eso es que no.

Furiosa miró al frente. Le ignoraría. ¿Qué sabía él? ¿Qué sabía nadie! Su cuerpo se recuperaría. Ella se encargaría de que se recuperara. Se pasó la mano libre por las mejillas y al fruncir el ceño sintió algo en la frente. Con cuidado llevó la mano allí para notar que tenía algo pegado a la frente cerca del borde del pelo. Abrió los ojos como platos. —¿Me han rapado?

—Solo un poco para coserte. Casi no se nota. ¿Me dejas leer el periódico de una vez?

—Cerdo insensible de mierd...

—Eh, eh. —Sonrió de oreja a oreja. —Sigo siendo tu coronel. ¿Recuerdas?

—¡Qué te follen!

Él gruñó arrugando el periódico y murmuró algo. Le pareció entender ojalá, pero no estaba segura. Le miró con odio y se mantuvieron así durante varios minutos.

Entró una enfermera sobresaltándola y la mujer sonrió. —Está despierta...

—¡Quiero otra habitación! —gritó haciendo que la mujer se detuviera en seco—. ¡Quiero intimidad! ¡Y quiero perderle de vista!

—Nena...

—¡No soy tu nena, imbécil! ¡No sería tu nena ni por todos los galones del mundo!

La enfermera miró al coronel asombrada y él chasqueó la lengua. —Debe ser la medicación. Le hace decir cosas totalmente inapropiadas.

—Claro que sí —dijo la enfermera acercándose a ella con una bolsa de suero.

—¡Quiero ver al médico!

—Está algo alterada, ¿verdad? —Sonrió como si fuera estúpida.

Fuera de sí cogió a la enfermera por la pechera del traje atrayéndola hasta su cara. —

Escúchame bien. Quiero al médico aquí de inmediato. ¡Y quiero otra habitación! —le gritó a la asustada enfermera que la miraba con los ojos como platos—. ¿Me has entendido?

La mujer asintió y Azahara sintió un pinchazo en el brazo. La soltó y miró su brazo sano para ver una jeringuilla. —Serás zorr... —Los ojos se le cerraron sin poder evitarlo.

La siguiente vez que abrió los ojos vio a Roy comiendo. Con la boca llena levantó una ceja y tragó a toda prisa. —¿Te encuentras mejor?

—Que te den.

—Cielo, tienes que controlar ese carácter. Se supone que somos profesionales con nervios de acero. Nos estás dejando mal. Hazlo por el cuerpo.

Furiosa intentó coger el periódico que había sobre la mesilla para tirárselo a la cabeza, pero asombrada vio que tenía una correa alrededor de la muñeca. —Crean que eres un poco violenta.

¡Parecía a punto de reírse! Uy, qué ganas tenía de cargárselo. —¿Cuánto va a durar esta tortura?

—Me perderás de vista muy pronto. Tengo que regresar al portaaviones.

Sin poder evitarlo le miró decepcionada. —¿De veras?

—Tengo que dirigir las operaciones.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás aquí hasta que te den el alta. Después regresarás a casa.

—Me voy a Cádiz.

Él asintió. —Muy bien. Pero en un mes te quiero en Hawái.

—Sí, coronel —dijo con burla.

Siguió comiendo como si ella no existiera y Azahara miró su gotero. También quería comer algo. —¿Por qué no me dan de comer a mí?

—¿Puedes dejar de protestar por todo? ¿Sabes más que los médicos?

Se sonrojó porque tenía razón, pero estaba disgustada e inquieta. Y encima lo tenía delante. Entonces sintió ganas de hacer pis. Al mirar al frente vio la puerta del baño. Giró la cabeza para mirar a Roy. —¿Puedes llamar a la enfermera? —Como si fuera una molestia pulsó el botón. —Serás borde.

—Sabes que todas estas palabras te las voy a hacer pagar, ¿verdad?

—¡Gilipollas!

La puerta se abrió y la enfermera suspiró sacando una jeringuilla de la bata. —¡No! ¡Quiero ir al baño!

—¿Será buena? Mejor le traigo el orinal.

—¡No! —Se puso como un tomate. —¿Puedo ir al baño por favor?

La enfermera sonrió como si hubiera conseguido un triunfo. —Claro que sí, teniente.

Roy rió por lo bajo mientras la enfermera le quitaba la correa. Llevó su gotero hasta el baño y la dejó sola. Al ver la tapa levantada entrecerró los ojos. —¡Se baja la tapa, Roy!

—Qué bonito. Ya parecen un matrimonio.

—Prefiero un sarpullido en el trasero —refunfuñó haciendo pis.

Al salir arrastrando su gotero se detuvo en seco al ver que la enfermera hablaba sonriendo como una tonta a Roy, que con una agradable sonrisa le respondía en voz baja haciendo que aquella asquerosa se riera como una hiena.

Les miró sorprendida. No porque la enfermera le ligara descaradamente, sino porque Roy nunca se había mostrado así con ella. Agradable y amable.

—Así que llevas cinco años aquí.

—Sí, y estoy muy contenta. —Le guiñó un ojo. —De vez en cuando llegan guapos coroneles y nos alegran el día.

Roy sonrió de medio lado de manera seductora y furiosa fue hasta su cama sentándose de mala manera. —Quiero el alta.

Aburridos la miraron como si fuera estúpida y gruñó por dentro. —¡Pues quiero comer!

—Le compadezco, coronel —dijo la enfermera dejándola con la boca abierta de la que salía de la habitación.

—¿Te compadece a ti?

—Es que soy muy mono. ¿No te has dado cuenta? Por eso te acostaste conmigo.

Siguió comiendo como si nada y le observó comer durante varios minutos. ¿Se había acostado con él porque se sentía atraída sexualmente? No. Se había enamorado de él. Y no sabía la razón, la verdad, porque no había tenido un gesto amable hacia su persona desde que le había conocido. Estaba claro que era masoquista. Pero ahora tenía claro que aquello era imposible por su paz mental. Con la mirada perdida sonrió satisfecha y la miró con desconfianza. —¿De qué te ríes?

—No tienes razón, ¿sabes? Me enamoré de ti en cuanto te vi.

A Roy se le cayó el tenedor a la bandeja mirándola asombrado. —Pero no te preocupes que ya se me ha pasado. —Tomó aire haciendo una mueca de dolor. —Uff, cómo duele esto. —Miró el gotero. —¿Me habrá puesto la medicación esa bruja?

—Nena, ¿qué has dicho?

—Voy a hablar con ella. —Cogió el gotero y se levantó de la cama.

—¡Siéntate! —gritó él sobresaltándola.

Lo hizo en el acto y Roy apartó la mesa sacando las piernas de la cama para mirarla de frente. —Repite lo que has dicho.

—¿Te refieres a...?

—¡Sí!

—No pasa nada. Puedes estar tranquilo. Como te he dicho, ya se me ha pasado.

Roy palideció. —Se te ha pasado.

—Claro que sí —dijo disimulando que estaba incómoda, así que sonrió—. También es lógico, ¿no crees? No puedes querer a una persona que te está gritando siempre, que te recrimina tu actitud a todas horas y que cree que eres una puta egoísta. —Disimuló el dolor de esas palabras. —Es lógico. Supongo. —Le miró a los ojos. —Pero es lo mejor para nuestra futura relación profesional. —Él iba a decir algo. —No tienes que decir nada. Ya sé que esto puede ser bochornoso para ti, que me has dicho hasta la saciedad que no habría nada entre nosotros.

—Nena...

—Mejor nos olvidamos del tema, ¿vale? —Se echó a reír sin ganas. —Tú tranquilo, que ya lo he pillado. Fue sexo y nada más. —Intentó encogerse de hombros, pero solo consiguió mover uno. —Uff, voy a hablar con la bruja.

—Azahara, no creo que seas egoísta.

De pie ante él asintió y cuando Roy alargó la mano para tocarla, se apartó como si tuviera la peste. Roy dejó caer la mano viendo como abría la puerta y gritaba —¡Eh, tú! ¡Tengo dolores! —Miró a un lado y otro del pasillo. —¿Es que aquí no trabaja nadie?

Roy apretó los labios al ver que reprimía las ganas de llorar y cuando salió de la habitación pegando gritos porque nadie le hacía caso, él se llevó las manos a la cabeza porque acababa de ver en sus ojos el daño que le había hecho. Y no se lo perdonaría nunca.

Capítulo 12

Azahara abrió los ojos al sentir un roce en la mejilla. Lo que le había puesto la enfermera la había dejado fuera de combate. Abrió los ojos y sonrió a Roy sin darse cuenta sintiéndose agotada. —Hola.

—Me voy.

Eso la espabiló de golpe y vio que estaba vestido con su ropa de diario. —¿Al portaaviones?

—Sí. Ya he arreglado lo de tu traslado a Cádiz. Tu madre te está esperando.

Asintió sin ser capaz de decir nada por el nudo que tenía en la garganta. Estaría un mes sin verle, pero era lo mejor para ella. —Que tenga buen viaje, coronel.

—Te vendrán bien estos días con tu familia. —Ella asintió y Roy parecía que quería decirle algo, pero no se decidía.

—Cuide a Fred por mí —susurró rota.

Él asintió enderezándose. —Espero que te mejores.

—Eso está hecho.

Fue hasta la puerta casi sin cojear donde un hombre con una bata blanca le esperaba con la enfermera. Iba a cerrar la puerta cuando ella se sentó en la cama. —Coronel...

Él se volvió para mirarla a los ojos. —Cuídese. No estaré para rescatarle de nuevo. Eso se acabó.

Roy sonrió. —Adiós Azahara.

—Adiós.

Cuando se cerró la puerta tragó saliva intentando retener las ganas de llorar. No sabía si iba a volver a verle porque hasta que los médicos no le dieran el visto bueno no regresaría al trabajo, pero ella se iba a dejar la piel para regresar.

—Hija, ¿quieres dejar la puñetera pesa de una vez? —dijo su madre sentada frente a ella —. Se te está enfriando la comida.

—Esta mañana he pasado el reconocimiento, mamá. Estoy algo nerviosa.

Su abuelo reprimió la sonrisa. —Cualquiera te dice que no vuelves.

—Eso no va a pasar. No puede pasar. Estoy bien para volar. Mira. —Levantó el brazo

lentamente en línea recta hasta su cabeza ignorando el dolor de espalda. Ya se acostumbraría.

—¿Y si te retiraran? —Miró asombrada a su madre. —Vale, no digo nada. Pero tampoco sería el fin del mundo.

Gruñó metiéndose el tenedor en la boca. La abuela sonrió al ver su expresión de placer. — La paella está buenísima, abu.

—Niña, ¿qué comes en el ejército?

—Esto no. Te lo aseguro —dijo con la boca llena.

En ese momento llamaron a la puerta y se levantó de un salto para abrir. El abuelo se rió. —Está claro que está llena de energía.

Teresa sonrió, pero perdió la sonrisa al ver a un hombre del ejército al otro lado de la puerta, así que se levantó en el acto.

Vio como a su hija le entregaba un sobre. —Gracias, cabo.

El soldado la saludó antes de alejarse hasta el coche que le esperaba. Dándole la vuelta al sobre cerró la puerta.

—¿Son los resultados?

—El sobre no trae remitente y el cabo no sabía de qué se trataba. —Extrañada abrió la pestaña del sobre y miró en su interior sacando unos documentos. Se le cortó el aliento al ver el logotipo de la NASA y Teresa jadeó llevándose la mano al pecho.

Sintiendo el corazón a mil empezó a leer a toda prisa. —¡Me han admitido! —gritó emocionada—. ¡Estoy en el programa!

Sus abuelos se abrazaron emocionados y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras su madre sonreía. —¡Mamá, me han admitido!

—Me alegro por ti, mi vida.

—¿De verdad?

Teresa asintió sin poder hablar de la emoción y Azahara la abrazó con fuerza. —Gracias, mamá. Sé que es difícil para ti.

—Puede que sea tu madre, pero no tengo derecho a coartar tus sueños.

—¡Gracias, gracias!

Fueron hasta la mesa y empezó a leerlo con atención. Debía incorporarse en la base en dos semanas. Alababan su valor y todo el trabajo realizado hasta ese momento y la felicitaban. Frunció el ceño al ver que debía pasar un reconocimiento médico antes de firmar el contrato y supo que no lo iba a pasar.

—¿Qué ocurre, hija?

Forzó una sonrisa. —Nada. Otro reconocimiento médico.

Todos perdieron la sonrisa. —¿Y no te crees capaz de conseguirlo? Aún quedan dos semanas —dijo su abuelo preocupado. Dejó los papeles a un lado y miró su plato. Su familia se miró confundida—. ¿Qué ocurre, mi niña? ¿No era lo que querías?

—Claro que sí. Llevo soñando con ello años... pero me acabo de dar cuenta de que tendré otra vida totalmente distinta.

—Eso es cierto. Estudiarás mucho, trabajarás mucho y puede que jamás subas a uno de esos chismes por culpa de los recortes de presupuesto.

Ella le miró a los ojos. —Ya no volaré. Ya no habrá maniobras con Fred ni la emoción del juego. Ni...

Se quedó en silencio y la abuela recogió su plato. —Es interesante que te hayan entregado eso antes de que tú supieras los resultados médicos, ¿verdad? —Miró confundida a su abuela. —Quizás ese coronel tuyo ha tocado unas teclas para ayudarte, ¿no crees?

—Roy no estaba de acuerdo. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Quiere perderme de vista?

Todos se echaron a reír. —Parece que te molesta —dijo su madre—. ¿No habías decidido olvidarle? Otro agradecería el favor.

Gruñó pensando en ello y Teresa sonrió viendo que su hija estaba hecha un lío. —A veces ocurren cosas que nos cambian la vida totalmente. Y lo que parece importante, deja de serlo dando paso a otras vivencias que también son fundamentales en la vida. Le quieres, no le has olvidado y te has dado cuenta de que aunque te sigue haciendo ilusión lo de la Nasa te hace más ilusión verle a él, ¿no es cierto?

Asintió molesta consigo misma. —Pero él no me quiere.

—¿Seguro? —preguntó su abuelo—. No quería que te fueras a la Nasa. Después de tu insubordinación durante la misión, lo hubiera tenido muy fácil para que tiraran tu expediente a la basura con un consejo de guerra.

—¡Le salvé la vida!

—¡Contradijiste las órdenes, Azahara! ¡Algo que no se puede hacer jamás! Podrían haberte expulsado del ejército si hubieran querido, pero nada. ¿Crees que él no tiene nada que ver? Él ha sido quien te ha protegido para que no lo perdieras todo. Y no solo eso, te ha ayudado a entrar en la Nasa a pesar de que todavía no sabían si te recuperarías. ¿Crees que eso se ha escrito hoy? Como coronel tenía que haberte acusado de insubordinación, pero como hombre ha protegido a una de sus pilotos. Si estuvieras bajo mi mando, debería sentir algo por ti para hacer lo que él ha hecho.

—¿Agradecimiento?

—¡Esta niña es tonta! —gritó su madre sorprendiéndola.

—¡Mamá!

—¡Hija, el hombre que te devoraba la boca ahí atrás está enamorado!

Sonrió encantada. —¿Tú crees?

—Muy bien. Estás acostumbrada a seguir órdenes, así que ahí va. ¡Vuelve a la base y descubre si te quiere antes de que le pierdas para siempre!

—Pero...

—¡Es una orden!

Se mordió el labio inferior y miró a su abuela que asintió. —No eres cobarde. Eso ya lo has demostrado. Igual no está acostumbrado a mostrar lo que siente. Tu abuelo era igual. Pero cuando un hombre como él te dice que te ama, puedes estar segura de que te ama por encima de

todo. Incluso de su patria.

Tomó aire mirando la puerta y vio que la secretaria la miraba sin cortarse. —¿La anuncio?

—No, gracias. —Golpeó la puerta con demasiada firmeza y gimió esperando.

—Adelante, antes de que me tire la puerta abajo.

Entró en su despacho mirando al frente y le saludó. —¿Qué coño haces aquí?

Se sobresaltó mirándole a los ojos. —¿Perdón?

Parecía sorprendido de verla y se miraron a los ojos durante varios segundos. Él se levantó de mala manera cortando su contacto visual y fue hasta la puerta cerrando de un portazo. —¿Qué haces aquí, Azahara?

—Tenía que presentarme en un mes, señor. ¡Y así lo he hecho!

—¿No se han puesto en contacto contigo?

—¿Habla de la Nasa?

—¡Sí!

—Ah, pues quedan doce días y como usted me dijo un mes... Puedo trabajar diez días.

—¡Largo!

Vio que regresaba a su silla molesto. —¿No me necesita, señor?

—¡No!

—¿Para nada?

La miró como si le hubieran salido dos cabezas. —¿Estás bien?

Sonrió sin poder evitarlo. —¿No me ve bien?

—¡Te veo rara! ¡Y no me gusta! Fuera e incorpórate a tu nuevo puesto en diez días.

—Doce.

—¡Lo que sea! Ahora largo.

—¿Está bien?

—¿Cómo que si estoy bien?

—Está algo más delgado, ¿está bien? ¿La pierna bien?

—¡Perfecta!

—¿Y duerme bien? ¿Por qué tiene ojeras?

—¿Ahora eres mi médico?

—Puedo ser todo lo que quiera.

Roy dejó caer la mandíbula. —¿Estás intentando seducirme?

—¿Funciona?

—¡No!

—¡Es que no tengo mucha práctica y sobre todo con coroneles con mala leche!

—Pues no te esfuerces.

—No, si no me he esforzado mucho, si lo hiciera...

—Azahara...

Sonrió maliciosa. —¿Sabe lo que voy a hacer ya que no me ordena nada?

—Ni idea.

—Voy a hacerle una cenita que se va a chupar los dedos. —Le guiñó un ojo dejándole pasmado.

—No voy a ir.

—Claro que sí. Siempre consigo lo que quiero, ¿recuerdas?

—También dijiste que se acababa.

—Va, estaba cabreada. —Sonrió dulcemente. —Cuando quiero algo me esfuerzo mucho, muchísimo para conseguirlo.

A Roy se le cortó el aliento. —¿Y qué quieres ahora?

—Te lo digo en la cena. —Salió de allí a toda prisa antes de que le diera una excusa.

Tardó tres horas en limpiar la casa que estaba hecha un desastre. Como no vivía en la base estaba tranquila de que nadie les viera. Nadie excepto Stayce que era su vecina.

Abriendo el frigorífico hizo una mueca porque estaba vacío, pero conocía una nevera que siempre estaba surtida, así que salió por la puerta de la cocina, cruzó el jardín y entró sin llamar en casa de su amiga que estaba sentada en la mesa de la cocina con una taza en la mano.

—¿Eso no será café?

—Claro que no.—Vio como iba hasta la nevera y la abría metiendo la cabeza. Soltó una risita. —Tienes rosbiff que sobró de la cena.

—¿Crees que esto estará muy seco para la cena de hoy?

Al ver que su amiga empezaba a sacar cosas de la nevera Stayce la miró asombrada. —Vaya, sí que tienes hambre.

—El coronel viene a cenar.

Stayce jadeó corriendo hacia ella. —¡No puedes ponerle eso!

—¿No? —Sacó el plato y lo olió. —A mí me huele bien.

—¡Serás una piloto de primera, pero eres un desastre de ama de casa!

—¡Oye! Sin ofender que me han aceptado en la Nasa.

Stayce se echó a reír. —¿A qué hora llega?

Se encogió de hombros. —Ni idea.

—¿No le has dicho una hora?

—¡No me ha dado tiempo! Salí a toda pastilla para que no me dijera que no.

—¡Así que tampoco sabes si va a venir!

—Bueno en realidad me dijo que no, pero querrá sacarme información y aparecerá.

—¿Qué información?

Miró hacia un lado y a otro quedándose en blanco. —Algo sobre que me esforzaba muchísimo cuando quiero algo y él me preguntó que quería ahora... —Stayce dejó caer la mandíbula y ella gimió. —Lo sé, esto se me da fatal.

—¡Pues sí! ¿Le has dicho que le quieres?

—¡No podía decírselo a bocajarro! ¡Estábamos en su despacho y no era receptivo!

—¿No estaba receptivo?

—¡Me echó la bronca por aparecer por allí! Debería estar encantado si me quisiera, ¿no crees? Empiezo a pensar que esto no va bien y es culpa tuya porque yo estaba ilusionada con la cena antes de entrar en tu nevera. ¡Hasta he limpiado la casa!

Stayce se echó a reír. —Estás de los nervios.

—Qué va. —Se miró y aun iba con su uniforme. En ese momento se dio por vencida. —No me dará tiempo.

—Claro que sí. —Fue hasta el teléfono de la cocina y lo descolgó de la pared. —Vete a ponerte mona y yo me encargo. Para eso está la comida a domicilio.

—¡Eres la mejor! —Corrió hasta la puerta de atrás, pero se detuvo antes de salir. —Algo que parezca casero y que lo haya hecho yo.

—Sí, claro.

Tres cuartos de hora después vestida con un vestido blanco de tirantes que tenía la falda a mitad del muslo y con su cabello negro húmedo cayendo por su espalda, abrió los envases a toda prisa antes de mirar la hora del reloj de la cocina. Las seis. Al quitar la tapa decidió que iba a matar a Stayce. ¡Comida china! La muy cabrita debía estar partiéndose de la risa. Ya la pillaría.

Cuando sonó el timbre chilló del susto y alargó el cuello sacando la cabeza de la cocina para ver a alguien muy alto en la puerta de su casa. —¡Un momento! —gritó corriendo hacia el comedor y dejando los envases sobre la mesa. Se chupó el pulgar que se había manchado con salsa agri dulce y corrió hacia la puerta abriendo a toda prisa. La impresión fue total porque Roy iba de traje. ¡De traje en Hawái! ¡Y llevaba flores!

Frunció el ceño. —¿Vas a un funeral? ¿Quién se ha muerto?

Él carraspeó incómodo. —Me has invitado a cenar. —Le entregó las flores de mala manera y entró en la casa.

—¡Ah, son para mí!

—Pues sí.

—Como vas con traje y traes estas flores...

—¿Qué pasa con las flores?

—Que son crisantemos blancos. En España se ponen el día de todos los Santos sobre la tumba del fallecido. —Sonrió radiante. —¡Pero tú no lo sabías!

—Pues no —dijo incómodo.

—Gracias, me encantan. ¿Y lo del traje? —Se echó a reír. —Si mi madre te hubiera visto llegar, hubiera pensado que ibas a pedir mi mano. —Soltó una carcajada pensándolo, pero al ver que a él no le hacía gracia carraspeó incómoda. —Quítate la chaqueta, ponte cómodo.

Se quitó la chaqueta de mala manera y Azahara se apretó las manos en la espalda después de tirar las flores a un lado. Aquello empezaba a ser algo incómodo. Él miró la mesa. —Comida china.

—Se me ha echado el tiempo encima. ¿Te gusta?

—La odio.

—¡Esta cita empieza genial!

—No es una cita. Me has invitado a cenar y aquí estoy.

—¿Pido una pizza? ¿Me desnudo? ¡Dame una pista porque ya no sé qué hacer para que me quieras!

Roy sonrió. —Así que quieres que te quiera.

Le miró tímidamente. —¿Si... te hago una pregunta me contestarás la verdad?

—Lo intentaré.

—Sé que antes no querías tener una relación conmigo, ¿pero después de salvarte la vida y demostrarte que no soy egoísta, tendría una oportunidad para que me quieras?

—Si te digo que sí te voy a mentir. —Ella dejó caer los hombros decepcionada. —Y si te digo que no también te mentiría.

Azahara no entendía nada y Roy suspiró acercándose para cogerla de la mano y llevarla al sofá. Sin soltarle la mano sonrió. —En el hospital me dijiste que te habías enamorado de mí desde el principio. Fue mutuo, nena. Nunca había sentido lo que sentí por ti en ese momento. —A ella se le cortó el aliento mirando sus ojos grises. —Por supuesto era tu superior y no te conocía más allá de lo que tu antiguo coronel me había dicho de ti. Que eras ambiciosa y que querías ir al programa espacial. No podía demostrarte lo que sentía y no podía dejar que te largaras al programa espacial cuando no te había conocido siquiera, cielo. Llegaron los problemas con tu compañero que mintió descaradamente, pero yo me lo tragué. Creía que no le apoyabas. Después vi que vuestro grupo no era homogéneo, las rivalidades eran brutales y te responsabilicé a ti porque eras la mejor. Y ya todo se embrolló e intenté alejarme porque pensaba sinceramente que querías aprovechar nuestra atracción para conseguir tu sueño. —Le miró asombrada. —Lo sé, fui un gilipollas, pero cuando me di cuenta de la verdad ya era tarde. Cuando fui a casa de tu familia me moría por verte, preciosa. Y cuando me abofeteaste tenías razón. No sabía cómo comportarme contigo después de todas las cosas que te había dicho y la terminé de fastidiar al revelar tu secreto a tu madre, intentando justificar lo que había pasado en la playa.

—Pero después me dijiste todas esas cosas horribles antes de la misión.

—Porque tenía que impedir que me siguieras, Azahara.

Se le cortó el aliento. —¿Estás loco? —le gritó a la cara—. ¡Nunca vuelvas a hacer eso! — Le abrazó por el cuello. —Creía que no te importaba.

Él acarició su espalda. —Y aun así me seguiste.

—Pero te alejaste de nuevo. Me ayudaste con lo del programa, ¿verdad?

—Si no podía tenerte, al menos sabría que eras feliz. Lo había estropeado tanto que pensaba que ya no tenía arreglo. Vi lo dolida que estabas en el hospital. No querías ni que te tocara ni tenerme en la habitación. Creí sinceramente que no podía arreglarlo después de lo que habías hecho por mí. Quise que tuvieras una oportunidad después de tu lesión. —Se apartó para mirar sus ojos azules y le acarició la mejilla. —Aunque estoy seguro de que lo hubieras conseguido sola. Porque siempre consigues lo que quieres.

—Recuérdalo, coronel. Recuérdalo siempre. —Besó suavemente su labio inferior deseando sentirle, pero él se apartó de golpe sorprendiéndola al verle de pie ante el sofá. —¿Roy? Quiero sexo.

Él sonrió. —Ya me he dado cuenta, nena. Pero antes quiero que todo quede muy claro entre nosotros.

Se puso de pie sobre el sofá y cogió el bajo del vestido levantándolo para quedarse desnuda ante él. Roy carraspeó. —Joder nena, eres preciosa.

—Me alegro de que te guste porque lo vas a ver mucho. —Estiró los brazos invitándole y él dio un paso atrás. —¡Roy!

—Un momento. —Alargó la mano para coger la chaqueta y sacó algo del bolsillo. Asombrada cogió su mano para que bajara al suelo y le vio arrodillarse.

—Ay, Dios.

—No te pongas nerviosa.

—¡Qué no me ponga nerviosa, te has arrodillado, Roy! —Él abrió lo que tenía en la mano antes de darle la vuelta. Era un solitario precioso y le miró a los ojos. Él hizo un gesto hacia el anillo. —¿Qué?

—Te casarás conmigo. —Cogió el anillo tirando la caja y cogió su mano poniéndoselo en el dedo.

—¿Es una orden?

—Por supuesto.

Azahara se echó a reír y se abrazó a su cuello cuando la cogió en brazos. —Muy bien, coronel. Cumpliré esa orden con gusto.

—¿Y el resto?

—Ya veremos.

Roy rió dejándola caer en la cama. —Las cumplirás todas. —Azahara se volvió mostrándole su trasero y él frunció el ceño al ver la cicatriz de su espalda. —Así no volverá a pasar eso.

—Volvería a hacerlo.

Le devoró con la mirada mientras se desnudaba y se sentó ante él tirando de su cinturón hacia ella. Roy se tumbó sobre su cuerpo atrapando su boca y ella gimió de placer cuando sus

pechos rozaron su fuerte torso. Era la mejor sensación del mundo. Rodeó sus caderas con las piernas y gimió en su boca cuando su mano llegó hasta su pecho amasándolo con pasión. Roy apartó su boca y elevó su pecho rodeando su pezón con la lengua, provocando que se arqueara de placer mientras suspiraba. Lo mordisqueó con delicadeza hasta que ella no pudo más, chillando de la sorpresa cuando la acarició entre las piernas de arriba abajo. —Ha pasado mucho tiempo, cielo. No sabes lo que he deseado hacer esto. —Mareada ni se dio cuenta de lo que quería decir hasta que sintió su lengua acariciándola íntimamente. Se sentó de golpe sonrojada como un tomate y Roy se echó a reír. —Relájate, cielo.

—¿Eso te gusta? —preguntó con voz ronca sintiéndose avergonzada.

—¿Darte placer? Sí me gusta. Y es obvio que no te lo han hecho nunca.

—Pues no.

Sin aliento vio que mirándola a los ojos pasaba la lengua por su sexo. Era lo más erótico que había experimentado nunca, pero cuando chupó su clitoris acariciándolo con la lengua fue como si la traspasara un rayo y se dejó caer en la cama gritando de éxtasis.

Roy se levantó quitándose los pantalones. Su mirada decía que se la iba a comer entera y cuando se tumbó sobre ella apoyándose en sus antebrazos Azahara abrazó su cuello y jadeó al sentir como entraba en su interior. Sin perderse cada una de sus reacciones Roy besó su labio inferior —Te amo, preciosa. Eres la mujer de mi vida.

Los ojos de Azahara se llenaron de lágrimas. —Te amaré siempre.

Roy empujó en su interior con ímpetu, haciéndola gritar de placer. Sentir su duro sexo en su interior era lo mejor que experimentaría en la vida. Se aferró a su cuello y Roy atrapó su boca moviendo su lengua mientras entraba en ella una y otra vez volviéndola loca. Cada célula de su cuerpo se tensó buscando la liberación y Roy la miró a la cara cuando arqueó su cuello de necesidad. —Eso es, preciosa. Córrete para mí.

Su cuerpo explotó en mil pedazos y él siguió moviéndose alargando su placer de manera exquisita, llegando a un punto que creyó que se moría de felicidad.

Con la respiración agitada la colocó sobre su pecho. Sus enormes manos acariciaron su espalda hasta llegar a su trasero elevándola hasta él. Azahara con una sonrisa bobalicona en la cara susurró —¿Ves, cariño?

—¿El qué?

—Te conseguí.

—Y no sabes cómo me alegro. ¿Y cuál será tu siguiente objetivo?

—Prefiero sorprenderte.

—Lo estoy deseando.

—Y yo.

Sus ojos grises le dijeron lo mucho que la amaba y se sintió tan feliz que sonrió.

—Te quiero. Pensaba que quería algo en la vida, pero me he dado cuenta de que a ti te quiero más.

Roy la miró emocionado. —Yo también te quiero por encima de todo, cielo.

—¿Y ya no te enfadarás conmigo?

—¿Yo?

Azahara se echó a reír sentándose sobre él. —¿Te molesta que me meta en el programa?

—No, cielo. Pero no me dejes.

Le miró con amor. —¿Es una orden?

—Por supuesto.

Epílogo

Stayce la vio llegar y frunció el ceño cuando la vio con el mono azul salir del coche corriendo antes de coger la bolsa de plástico que tenía en la parte de atrás. Como una gacela saltó el seto de su casa para correr hasta el porche.

—Azahara, ¿qué tal las nuevas instalaciones para la misión a Marte? —preguntó acariciándose su abultado vientre.

—¡Ahora no puedo! —gritó entrando en la casa a toda prisa.

Stayce atravesó el jardín entrando en su casa. Le importaba un pito que no pudiera. La escuchó en el baño y fue hasta allí colocando una de las fotografías de la boda de Azahara donde salían los cuatro riendo.

—Azi, ¿qué pasa?

—¡Ahora no puedo!

Sin cortarse abrió la puerta para verla sentada en el wáter. —¿No puedes darme un poco de intimidad?

—Has estado en el ejército y quieres subir al espacio. Sabes que allí tampoco hay intimidad, así que no te pongas quisquillosa conmigo. —Se cruzó de brazos apoyándose en el marco de la puerta cuando la vio sacar un palito de entre las piernas. Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡No!

Gimió dejando el palito sobre el lavabo después de ponerle el tapón. —Lo sé...

—¿Lo sabes? ¿Y el programa?

Se mordió el labio inferior. —Es que lo deseaba tanto...

—¡Tus deseos un día nos meterán en un lío! ¡Cómo ahora!

—Serás pesimista. —Se quitó el mono del todo y en ropa interior miró el palito impaciente. Su amiga pegó su cabeza a la suya mirando la rayita rosa. —Venga, venga.

—Ya verás cuando se entere tu marido.

—¿De qué tengo que enterarme? —Roy sonrió a su mujer y a la que era como una cuñada. —Me ha dado la sensación de que voy a enfadarme.

—Cariño... —Se apretó las manos. —No lo he podido evitar. Todos estos meses viendo a Stayce me pusieron los dientes largos.

La miró sin comprender mientras Stayce protestaba —Lo que me faltaba por oír. ¡No me eches la culpa!

—¿La culpa de qué? —Divertido se acercó a ellas y Stayce se alejó haciéndole espacio.

Cuando vio la prueba de embarazo sobre el lavabo con el signo positivo rosa resaltando, perdió todo el color de la cara.

—¡Cariño, es positivo!

—¡Eso ya lo veo!

Stayce carraspeó. —Uff, tengo un montón de cosas que hacer.

Roy se llevó las manos a la cabeza despeinando sus rizos castaños y Azahara perdió la sonrisa poco a poco. —¿No te alegras?

La miró sorprendido y dejó caer las manos. —Cielo, cómo no me voy a alegrar. Vas a darme un hijo, pero tú...

—No te preocupes por mí.

—El programa. Ibas a irte en tres meses en tu primera misión. —Se encogió de hombros y él entrecerró los ojos. —No te gusta, ¿verdad? ¡Lo has hecho a propósito!

Se puso como un tomate. —¡No es lo que creía! ¡Es muy aburrido! ¡Yo quiero volar!

La miró sorprendido y de repente se echó a reír a carcajadas cogiéndola por la cintura y pegándola a él. —Te quiero, preciosa.

—¿No estás decepcionado?

—No. Cada día me haces más feliz.

Sonrió radiante. —Espero que sean dos, o tres.

—Empecemos con uno. —Besó sus labios con amor. —Aunque si te empeñas eres capaz de tener cinco.

Azahara se echó a reír. —Solo si me lo ordenas, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Busca la felicidad” o “Esa no soy yo”. Próximamente publicará “Un buen negocio” y “Mi alfa”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Allí encontrarás más de noventa novelas para elegir de distintas temáticas.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.